CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA
SECCION DE TRADICIONES POPULARES

REVISTA
DE
DIALECTOLOGIA
Y
TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCÍA DE DIEGO

TOMO II—1946—CUADERNO 4.º

DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1946

REVISTA DE DIALECTOLOGIA Y TRADICIONES POPULARES

Se publica en cuadernos trimestrales de unas 170 págs. cada uno.

SUMARIO

Págs.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—Cuentos populares marroquíes..... 515

LUIS DE HOYOS SÁINZ.—Cómo se estudian las fiestas populares y tradicionales..... 543

JULIO CARO BAROJA.—¿Es de origen mítico la «leyenda» de la Serrana de la Vera?..... 568

CONSTANTINO CABAL.—Temas de Asturias. El agua. 573

GABRIEL M.ª VERGARA.—Voces segovianas..... 594

ARCHIVO

M.ª CARMEN LÓPEZ PIÑEIRO.—Nombres de la vaina de las legumbres. 641

M.ª ANGELES GÓMEZ PASCUAL.—La Gacería..... 648

PILAR GARCÍA DE DIEGO.—Algunas fiestas de Llanes (Asturias)..... 654

Págs.

NOTAS DE LIBROS.—HOYOS SÁINZ, LUIS, Y HOYOS SANCHO, NIEVES, *Manual de Folklore*, V. García de Diego.—MARÍA CLEMENTINA, *Contos populares*.—SAUBIDET, TITO, *Vocabulario y refranero criollo*, Castillo de Lucas.—GIBERT, J., *Girona: Petita historia de la ciudat i de les seves tradicions y folklore*.—HOSMANN, ELENA, *Ambiente de Altiplano. Fotos de Perú y Bolivia. Tipos y costumbres populares. La nota colonial. El acento incaico y preincaico*.—FRANCISCO, ALMELA VIVES, *El traje valenciano*, N. de Hoyos Sancho.—GOY, JOSÉ MARÍA, *Susarón*. (Novela de paisajes y costumbres de la Montaña Leonesa), María Concepción Casado.—JUARISTI, VICTORIANO, *Las fuentes de España*, Castillo de Lucas.

BIBLIOGRAFÍA..... 680

SUSCRIPCION:

En España y Portugal.....	30,00 ptas.	al año.
En los demás países.....	40,00 »	»
Cuaderno suelto sencillo, en España y Portugal.	8,00 »	»
En los demás países.....	9,00 »	»
Cuaderno doble.....	16,00 »	»

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA
SECCION DE TRADICIONES POPULARES

REVISTA
DE
DIALECTOLOGIA
Y
TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCIA DE DIEGO

TOMO II—1946

DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1946

INDICE DEL TOMO II

1946

INDICE DE AUTORES

Páginas

ALMAYOR GONZÁLEZ, OLIVA.—Carta geográfica de «álara»... 148
ALONSO, DÁMASO.—El sauco entre Galicia y Asturias (Nombre y superstición) 3
ASENJO, V.—Alimentación. Pontevedra... 499
BRIS, PILAR.—Alimentación. Albacete... 496
BOUZA BREY, FERMÍN.—Analogías gallego portuguesas en el cancionero popular 69
— — Cancionero popular gallego de Moscoso 171
— — Paremiología jurídica de Galicia 240
CABAL, CONSTANTINO.—Los temas maravillosos 183
— — Temas de Asturias. El agua 573
CARO BAROJA, JULIO.—«Olentzaro». La fiesta del solsticio de invierno en Guipúzcoa oriental y en algunas localidades de la montaña de Navarra 42
— — Notas de folklore vasco 373
— — ¿Es de origen mítico la «leyenda» de la Serrana de la Vera? 568
CHICO Y GÁRATE, MERCEDES.—La fiesta de la «Sierra Vieja» en Amaya (Segovia) 306
DOMÍNGUEZ, SARA.—Carta lingüística de «tiragomas» 292
FRAGUAS FRAGUAS, ANTONIO.—Máscaras y semones de Carnaval en Cotobad (Pontevedra)... 435
GALMÉS DE FUENTES, ALVARO y DIEGO CATALÁN MENÉNDEZ PIDAL.—Un límite lingüístico... 196
GARCÍA BERMEJO, SARA.—Contribución al vocabulario de la Tierra de Campos 474

Páginas

García de Diego. Pilar.—Algunas fiestas de Llanes (Asturias). 654
— — Cuentos 294
García de Diego, Vicente.—Cuestionario sobre la noche de San Juan 157
García Martínez, Ginés.—El habla de Cartagena y sus aledaños marítimos 458
García Sanz, S.—Cuentos... 302
Gómez Pascual, M.ª Angeles.—La gacería 648
González Palencia, A.—Cuentos populares marroquíes... 331 y 515
Gutiérrez, M.ª del Carmen.—Carta de carcoma de madera 150
Hoyos Sáinz, Luis de.—La etnografía y el folklore en el último decenio 33
— — Cómo se estudian las fiestas populares y tradicionales... 543
Hoyos Sancho, Nieves.—Alimentación. Asturias 499
Izquierdo Moya, Juliana.—Cofradías típicas en las Pedroñeras (Cuenca) 493
Fuente, José de la.—El Jueves de todos 317
López Piñeiro, M.ª del Carmen.—Nombre de la vaina de las legumbres 641
Muelas, Aurelia.—Sinónimo de «azada»... 278
Nuevo Zarracina, Daniel G.—Cancionero popular asturiano.. 98 y 246
Risco, Vicente.—Creencias gallegas. La procesión de las ánimas y las premoniciones de muerte 380
Teresa León, Tomás.—Romances 489
Veres D'Ocón.—Carta lingüística de «umbría»... 286
Vergara, Gabriel M.ª.—Algunas palabras de uso corriente en la provincia de Guadalajara que no se hallan en los diccionarios. 134
— — La Catorcena. Tradición segoviana... 430
— — Voces segovianas... 594

INDICE DE MATERIAS

Parte general

Páginas

CABAL, C.—Temas de Asturias. El agua 573
GARCÍA DE DIEGO, V.—Cuestionario sobre la noche de San Juan. 157
HOYOS SÁINZ, L. DE.—La etnografía y el folklore en el último decenio 33
— — Cómo se estudian las fiestas populares y tradicionales... 543

Dialectología

ALMAYOR GONZÁLEZ, O.—Carta geográfica de «álara» 148
ALONSO, DÁMASO.—El sauco entre Galicia y Asturias 3
DOMÍNGUEZ, S.—Carta lingüística de «tiragomas» 292
GALMÉS DE FUENTES, A. y CATALÁN, DIEGO.—Un límite lingüístico... 196
GARCÍA BERMEJO, S.—Contribución al vocabulario de Tierra de Campos... 474
GARCÍA MARTÍNEZ, G.—El habla de Cartagena y sus aledaños marítimos 458
GUTIÉRREZ, M.ª DEL C.—Carta de carcoma de madera... 150
MUELAS, A.—Sinónimo de «azada»... 278
LÓPEZ PIÑEIRO, M.ª DEL C.—Nombre de la vaina en las legumbres. 641
VERES D'OCÓN.—Carta lingüística de «umbría»... 286
VERGARA, G. M.ª.—Algunas palabras de uso corriente en la provincia de Guadalajara que no se hallan en los diccionarios... 134
— — Voces segovianas 594

Literatura

BOUZA BREY, F.—Analogías gallego portuguesas en el cancionero popular 69
Cuentos.—GONZÁLEZ PALENCIA, A.—Cuentos populares marroquíes ... ... 331 y 515
Cuentos enlazados 294
Romances... ... ... 152 y 489
Refranes.—BOUZA BREY, F.—Paremiología jurídica de Galicia ... 240

Música, canto y baile

BOUZA BREY, F.—Cancionero popular gallego de Moscoso 171
NUEVO ZARRACINA, D. G.—Cancionero popular asturiano ... 98 y 246

Páginas

Costumbres familiares y sociales

Risco, V.—Creencias gallegas. La procesión de las ánimas y las premoniciones de muerte 380

Derecho consuetudinario

Bouza Brey, F.—Paremiología jurídica de Galicia 240

Vida sobrenatural

Alonso, Dámaso.—El sáuco entre Galicia y Asturias 3
Cabal, C.—Los temas maravillosos 183
Caro Baroja, J.—¿Es de origen mítico la «leyenda» de la Serrana de la Vera? 568
Risco V.—La procesión de las ánimas y las premoniciones de muerte 380

Religión

Izquierdo, M.—Cofradías típicas de Pedroñera 317
Vergara, G. M.ª—La Catorcena. Tradición segoviana 430

Fiestas

Caro Baroja, J.—«Olentzaro». La fiesta de solsticio de invierno... 42
Chico y Gárate, M.—La fiesta de la «Sierra Vieja» en Amaya (Segovia) 306
García de Diego, V.—Cuestionario sobre la noche de San Juan... 157
Fraguas, A.—Máscaras y sermones de Carnaval en Cotobad... ... 435
Hoyos Sáinz, Luis.—Cómo se estudian las fiestas populares y tradicionales 543
Izquierdo, J.—Cofradías típicas de Pedroñera (Cuenca)... 493
Fuente, J. de la.—El Jueves de todos (carnaval) 317
Vergara, G. M.ª—La Catorcena. Tradición segoviana 430

Alimentación

Albacete... 496
Asturias 499
Galicia 499

INDICE GEOGRAFICO

Galicia

Páginas

ALONSO, DÁMASO.—El saúco entre Galicia y Asturias... 3
BOUZA BREY, F.—Analogías gallego portuguesas en el cancionero popular 69
— — Cancionero popular gallego de Moscoso 171
— — Paremiología jurídica de Galicia 240
RISCO, V.—Creencias gallegas. La procesión de las ánimas y las premoniciones de muerte 380
Pontevedra.—FRAGUAS, A.—Máscaras y sermones de carnaval en Cotobad... 432
Alimentación 499
Lugo.—Romances 152

Asturias

ALONSO, DÁMASO.—El saúco entre Galicia y Asturias 3
CABAL, C.—Los temas maravillosos 183
— — Temas de Asturias. El agua... 573
GALMÉS DE FUENTES, A. y CATALÁN, D.—Un límite lingüístico... ... 196
GARCÍA DE DIEGO, P.—Algunas fiestas de Llanes (Asturias)... ... 654
NUEVO ZARRACINA, D.—Cancionero popular asturiano ... ... 98 y 246
Alimentación 499

Vascongadas y Navarra

CARO BAROJA, J.—«Olentzaro» 42
— — Notas de folklore vasco 373

León

León.—Romances 154

Castilla la Vieja

Burgos.—FUENTE, J. DE LA.—El Jueves de todos 317
Palencia.—GARCÍA BERMEJO, S.—Contribución al Vocabulario de la Tierra de Campos 474
Romances 489
Santander.—Cuentos enlazados. El gallo 296
Segovia.—CHICO GÁRATE, M.—La fiesta de la «Sierra Vieja» en Amaya (Segovia) 306

Páginas

VERGARA, G. M.ª.—La Catorcena. Tradición segoviana 430
— — Voces segovianas 594

Castilla la Nueva

Madrid.—Cuentos enlazados. El lobo 298
La mora 302
Cuenca.—IZQUIERDO MOYA, J.—Cofradías típicas en las Pedroñeras.. 493
Guadalajara.—VERGARA, G. M.ª.—Algunas palabras de uso corriente que no se hallan en los diccionarios 134

Extremadura

Badajoz.—Cuentos enlazados. La cabrita 294

Valencia y Murcia

Albacete.—Alimentación 496
Murcia.—GARCÍA MARTINEZ, G.—El habla de Cartagena y sus aledaños marítimos 458

Marruecos

GONZÁLEZ PALENCIA, A.—Cuentos populares marroquíes. ... 331 y 515

Páginas

ALMELA VIVES, FRANCISCO.—*El traje valenciano*. Valencia [1946].—N. DE HOYOS SANCHO... 674
ALVAREZ DELGADO, JUAN.—*Los trajes canarios de Alfredo Distón*.—N. DE HOYOS SANCHO... 166
— — *Las canciones populares canarias*.—N. DE HOYOS SANCHO... 167
Arquivo de Medicina Popular. Dirigido por F. Castro Pires de Lima.—A. CASTILLO DE LUCAS 162
BARREDA, FERNANDO.—*Del folklore marítimo santanderino*.—N. DE HOYOS SANCHO... 168
CARO BAROJA, JULIO.—*Los pueblos de España. Ensayo de Etnología*.—V. GARCÍA DE DIEGO 501
CUZCOY, LUIS DIEGO.—*Tradiciones populares II. Folklore infantil*.—N. DE HOYOS SANCHO 322
FILGUEIRA VALVERDE, JOSÉ.—*Archivo de mareantes*.—Pontevedra, 1946.—N. DE HOYOS SANCHO... 508
GARCÍA DE DIEGO, VICENTE.—*Manual de Dialectología Española*.—Madrid, 1946.—M. MUÑOZ CORTÉS... 503
GELLA ITURRIAGA, J.—*Antología marinera*.—Madrid, 1945. -A. CASTILLO DE LUCAS... 163
GISBERT, J. -*Girona: Petita historia de la ciutat i de les seves tradicions i folklore*.—Barcelona, 1946.—N. DE HOYOS SANCHO... 671
GOY, JOSÉ M.ª—*Susarón*.—Novela de paisaje y costumbres de la montaña leonesa.—Madrid, 1945. Luz.—M. C. CASADO 678
HOSMANN, ELENA.—*Ambiente de Altiplano. Fotos de Perú y Bolivia*.—Buenos Aires, Peuser, [1945].—N. de Hoyos Sancho... ... 672
HOYOS SÁINZ, LUIS DE, y HOYOS SANCHO, NIEVES DE.—*Manual de Folklore*.—Madrid, «Rev. de Occidente», 1947.—V. García de Diego 666
IPIBARREN, J. M.ª—*Refranes y adagios. Cantares y jotas*.—N. de Hoyos Sancho 510
JUARISTI, VICTORIANO.—*Las fuentes de España*.—Madrid, 1944.—A. Castillo de Lucas 678
MORÁN, P. CÉSAR.—*Reseña histórico artística de la provincia de Salamanca*.—J. Caro Baroja 319
PÉREZ VIDAL, JOSÉ.—*Contribución al estudio de la medicina popular canaria*.—N. de Hoyos Sancho 165
PIRES DE LIMA, J. A.—*O corpo humano no adagiario portugués*.—A. Castillo de Lucas 161
[PIRES DE LIMA], MARÍA CLEMENTINA.—*Contos populares*.—Porto,

Páginas

1946.—A. Castillo de Lucas... 668

Fla Cargol, Joaquín.—*Tradiciones, santuarios y tipismo de las comarcas gerundenses.*—Gerona, 1946.—N. de Hoyos Sancho... 506

Régulo Pérez, Juan.—*Cuestionario sobre palabras y cosas de la isla de la Palma.*—Tenerife, 1946.—V. García de Diego... 318

Sánchez Castañer, F.—*Pregón de la Semana Santa sevillana.*—Sevilla, 1945.—B. S. C. 511

Saudibet, Tito.—*Vocabulario y Refranero criollo.*—Buenos Aires, 1946.—A. Castillo de Lucas 669

Serra y Rafols, E.—*De los trabajos folklóricos del Instituto.*—«Tagoro», año I, núm. 1.—N. de Hoyos Sancho 164

«Tagoro», Anuario del Instituto de Estudios Canarios.—Año I, núm. 1.—N. de Hoyos Sancho 163

Verger, Pierre.—*Fiestas y danzas en el Cuzco y en los Andes.*—Buenos Aires, 1945.—N. de Hoyos Sancho 320

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA
SECCION DE TRADICIONES POPULARES

REVISTA
DE
DIALECTOLOGIA
Y
TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCIA DE DIEGO

TOMO II—1946—CUADERNO 4.º

DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1946

C. BERMEJO, IMPRESOR.—GARCÍA MOPATO, 118.—TELÉFONO 23-11-99.—MADRID

Cuentos populares marroquíes

10.—CUENTO DE UN HOMBRE QUE VIVIA EN EL BOSQUE

Había un hombre que vivía con su hermana en la ciudad y que tenía grandes posesiones en el campo. Un día se dijo:

—Yo soy apasionado por la caza y necesito construirme una casa en el monte, para cuando esté cazando allí ir a la casa y pasar allí la noche.

Conforme lo pensó, construyó la casa en el campo. Tomó una prima suya, se casó con ella y se la llevó a la casa que tenía en el campo. Y la prima era hermosa, divina (1).

Cuando salía, la vió un judío y se enamoró de ella. Este judío era mago (2) y se dijo:

—¿Qué haré para encontrarme con esta mujer?

Y compró perfumes de tocador (3), salió y se fué buscándola a la casa que había en el campo. Cuando llegó a la casa gritó:

—¿Quién necesita perfumes de tocador?

Lo oyó ella, bajó hacia él, empezó a tratar con él y vió que venía su marido. Hizo entrar al judío a una alcoba, lo cerró y se sentó.

(1) Literal: «De la forma del Señor».

(2) «Hakim» es el que domina las ciencias ocultas, aplicándolas a la práctica.

(3) «Aaqál ennesá» son los coloretes, collares, etc.

Poco después llegó su marido. Entró, comieron, bebieron y se volvió a marchar de caza. Ella lo dejó hasta que se fué, abrió al judío y lo sacó de la alcoba.

—Es preciso que te marches—le dijo—antes que venga mi marido.

—¡Oh, señora!—le contestó—. Yo soy mago; te haré algo para que tu marido te quiera, porque tú no te mereces pasarte la vida sola en el campo.

—¿Qué he de hacer?—dijo ella.

—Yo te enseñaré—le contestó el judío—lo que has de hacer. Dame un cuarto que tengas donde nadie vaya, y yo te prepararé en él el asunto.

—Está bien—le dijo.

Y lo entró al cuarto del carbón, encerrándolo allí.

Se estuvo allí siete días, y el judío se dedicó a trabajar sus picardías. A los siete días, cuando se había marchado a cazar su marido, abrió el cuarto al judío, y éste le sacó un vestido y se lo dió, diciéndole:

—Dale este vestido al marido para que se lo ponga, y una vez que se lo haya puesto verás las maravillas que van a ocurrir.

—Está bien—le contestó.

Y lo volvió a meter al cuarto, cerrándolo de nuevo.

Poco después vino su marido, entró a la casa, comió y bebió. Cogió ella el vestido, se lo dió a su marido y díjole:

—Todo el día estás ocupado en el campo con la caza; entra ahora al baño, lávate y ponte este vestido, y siéntate hoy a descansar.

Cogió el vestido y la dijo:

—¿De dónde te ha venido este vestido?

—¡Oh, primo!—le contestó—. Cuando tú sales y estás cazando, me siento yo a trabajar en él. He puesto en él mi entendimiento, por tener que pasar el día sola en casa.

—Está bien—la dijo.

Y entró a lavarse. Se lavó, terminó, empezó a ponerse el vestido. Se lo puso, se subió los zaragüelles, se los puso,

echó mano a la *rezá* (4), se lo empezó a liar a la cabeza, y conforme se lo estaba liando, aleteó y se volvió cuervo. Se subió a la esquina de la azotea y allí se estuvo. Abrió la mujer al judío, lo llamó y le dijo:

—¿Qué has hecho? Cuando estemos comiendo, bajará él a comerse las migajas que se nos caigan.

—Todo está preparado—la contestó.

Volvamos al que se volvió cuervo. Su hermana tenía una niña y la niña se le puso enferma. Su madre temió por ella que se le muriese, y empezó a llorar todo el día. Una vez sus vecinas [los genios] (5) de debajo de la tierra, subieron a ella y la dijeron:

—¿Qué tienes? Todo el día nos estás haciendo ruido; ¿por qué?

—Tengo mi hijita enferma—les contestó.

—Me parecía—le dijo la otra—que llorabas por tu hermano el que se ha vuelto cuervo, y no por tu hija, que no tiene nada.

—¿Por qué sobre mi hermano?—le contestó.

Y le contó todo lo que había sucedido.

Ella arrojó ante la otra la venganza (6) y le dijo:

—Mira lo que me haces para que mi hermano se vuelva como era.

—Está bien—le contestó, y se bajó debajo de la tierra.

Esta que se bajó debajo de la tierra, arrojó la venganza ante su marido y le dijo:

—Mira a ver lo que haces por este hombre vecino nuestro.

(4) «Rezá»: pieza de tela, blanca de ordinario, que se lían a la cabeza encima del gorro, para formar el turbante.

(5) Los genios, unos son masculinos y otros femeninos, y unos viven sobre la tierra y otros debajo de ella.

(6) «Aar»: venganza. «Igual—dijo el moro—que si coge un pañuelo, se lo arroja y le dice: Esto venganza sobre ti». La frase equivale a nuestro juramento.

—Voy—le contestó—a buscar un mago que me dé consejo.

—¡Oh, Benuqariqera!

—¡Presente!—contestó.

—¡Hijo mío!—le dijo—, quiero que tú me hagas una obra por Dios y libres a un hombre.

—Tengo noticias de él—le replicó—. Ahora es preciso que vayas al alcázar llamado Cheldún. Mira que te encontrarás un árbol a tu mano derecha; corta de él dos varas, vete al alcázar y golpea con la vara; verás que se abre; entra y encontrarás muchachas, la mitad de pie en un lado y la otra mitad al otro; ellas estarán de pie y en filas. He aquí que cuando entres, comenzarán a echarse sobre ti; sigue, no hables con ellas ni digas palabra, y llega hasta la puerta segunda; golpea con la vara y se abrirá sola; entra y te encontrarás muchachas iguales que las otras, guapas, tocando el tamboril, que querrán cogerte para que te estés con ellas; no te sientes con ellas, ni hables ni digas palabra, y sigue hasta la tercera puerta (6 bis), tócala con tu vara y se abrirá; entra y encontrarás dos alcobas, y en cada alcoba, una muchacha: en una alcoba, una muchacha blanca, con un niño blanco en sus brazos; en la otra, una muchacha negra, teniendo en sus brazos un niño negro. Y te dirá la blanca: «¡Mírame! ¡Yo soy blanca, mi hijo es blanco y las camas blancas!» Si tú te callas, te gritará la negra: «No has visto mi negrura y la del hijo que tengo en mis brazos.» Acércate a la negra y la encontrarás teniendo en sus manos una taza de leche y una taza con dátiles. Toma de sus manos la taza de la leche y bebe de ella tres sorbos y devuélvesela; toma de ella tres dátiles, comételos, y entra con ella en la alcoba.

(6 bis) Tiene cierto parecido con un episodio del cuento de *Chaudar el Pescador*, de las *Mil y una noches*. Véase mi traducción *Los cuatro talismanes*, en el vol. IV de la Bib. de Cuentos Orientales, Madrid, Maestre, 1930, pág. 47.

Quítale el niño que lleva en sus brazos y entra al fondo de la alcoba, donde encontrarás un sótano; baja a este sótano y encontrarás allí un huerto, en el que hay un árbol, en el cual árbol verás una mujer y un hombre; este hombre cortará del árbol y le dará a la mujer para alimentar al niño que tiene en sus brazos. Degüéllalo (al niño) delante del hombre; cuando él te vea que has degollado al niño en su presencia, degollará también a la mujer que está a su lado y le sacará sus entrañas y te dará el sebo. Este sebo que él te dará, se lo darás tú a la mujer vecina vuestra, ella se lo llevará a su hermano que se volvió cuervo, se lo derretirá y lo llamará para que lo beba. Una vez que lo haya bebido, se volverá hombre como era.

Cuando oyó estas palabras de parte de Benuqaraqera, se marchó, hizo todo lo que le había dicho; trajo el sebo y se lo dió a la mujer, y ésta se lo llevó a su hermano. Cuando ella iba, el judío murió. Bajó la mujer del cuervo, se encontró con la que venía a ella y le dijo:

—Tu hermano ha muerto (7).

(Pues ella, muerto el judío, lo había enterrado y lo había considerado como el hermano de la otra.)

Se calló (la hermana), entró, derritió el sebo encima de la lumbre y llamó al cuervo, su hermano, diciéndole:

—¡Ven aquí, oh hermano, el que te has vuelto cuervo! Yo te libraré por la libertad de mi corazón.

El cuervo oyó estas palabras, bajó, bebió de aquel sebo, aleteó y se volvió hombre como era. Cogió a su prima, la degolló y se sentó con su hermana. Y estornudó y gritó:

—¡Gloria a Dios, creador de la noche y del día, del sol y de la luna, de la gloria y del fuego!

(7) La mujer del que se había vuelto cuervo no dice que se había vuelto cuervo, sino que entierra al judío como si hubiera sido su marido.

11.—CUENTO DEL SULTAN HANURRAXID (1)

Un hombre entró a la ciudad en que estaba el Sultán Hanurraxi. Y se dijo:

—¿Qué haré yo para volverme comerciante?

Y alquiló una tienda, escribió un papel y lo colgó en la puerta de la tienda. En él decía: «El dueño de esta tienda vende sentencias a diez mizcales cada una».

Un día pasó el Visir de Hanurraxi y vió esta tienda en donde se vendían sentencias. Fué el Visir, se lo contó al Sultán, y éste le dió diez mizcales para que comprara una sentencia a aquel hombre. Se fué el Visir al dueño de la tienda, le dió diez mizcales y le dijo:

—Dame una sentencia de diez mizcales.

Los cogió de su mano y le dijo:

«No obres hasta que hayas pensado.»

Se marchó a casa del Sultán, se lo dijo, y el Sultán cogió y la escribió en un papel y la colgó en la puerta de la casa.

Un día quiso el Sultán afeitarse, llamó al Visir y le dijo:

—Anda y búscame un maestro barbero de fuera.

Se fué y vió un maestro que estaba sentado como, por ejemplo, en Bab Echchedid (2); lo vió y lo trajo. Se detuvo [éste] en la puerta de la casa. Y dijo [el Visir] al Sultán:

—Aquí está.

Mientras él decía esto al Sultán, un hombre que estaba de pie a la puerta dijo al forastero que había traído el Visir:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy—le contestó—un maestro barbero, que me ha traído el Visir.

(1) Claro en que se refiere al célebre Harūn Arraxid; pero en la actualidad su nombre ha degenerado en Marruecos en esta forma que conservamos en el relato.

(2) «Puerta nueva», una de las de Rabat.

—¿Tienes buenas herramientas?—le preguntó.

—No—contestóle.

—Aquí están mis herramientas número uno; aféitalo con ellas.

Las cogió de sus manos, y el Visir, en esto, salió y le dijo:

—¡Adelante, maestro barbero!

Se adelantó, entró, levantó sus ojos y vió la inscripción que estaba escrita y colgada. Leyóla y encontró en ella: «No obres hasta que hayas pensado».

Entró con el Visir hasta donde estaba el Sultán; sacó todas las herramientas y las dejó en el suelo; sacó las que le había dado aquel hombre que estaba a la puerta y las abrió. Y al abrirlas, se acordó de la sentencia que estaba escrita a la puerta, y volvió a liar las herramientas que había sacado, las guardó, sacó las suyas y las colocó en el suelo. El Sultán que vió esto le dijo:

—¿Por qué has sacado unas herramientas buenas, las has guardado; has vuelto a sacar otras herramientas malas, y con ellas quieres afeitarme?

—¡Señor!—le respondió el barbero—. Estas herramientas nuevas no son mías y temo no haya en ellas alguna cosa; he visto esta sentencia que tienes escrita en la puerta, «No obres hasta que hayas pensado», he reflexionado, y no trabajaré sino con las mías.

Y el Sultán llamó:

—¿Hay alguien aquí?

Vino el Visir de prisa, y le dijo:

—¡Trae ese hombre que está a la puerta!

Se lo trajo corriendo al Sultán, y éste dijo al maestro barbero:

—Aféitalo con las herramientas que él te ha dado.

Comenzó a afeitarlo, se le cayó la piel hasta los huesos y murió. El maestro barberó afeitó al Sultán con sus herramientas, le dió su sueldo y se marchó. Y el Sultán, reflexio-

nando, vió que la sentencia que compró por diez mizcales lo salvó juntamente con Dios.

Un día el Sultán Hanurraxi salió a distraerse por la noche y halló a tres hombres que hablaban entre sí y decían:

—¡Ojalá el Sultán me diese cien duros! Con ellos haría lo que me viniese en gana.

Y otro dijo:

—¡Ojalá que el Sultán me permitiese que me estuviese paseando en sus jardines y me enviase todos los días el almuerzo!

Y el tercero dijo:

—Pues a mí, que no me diese sino pan y aceitunas.

El Sultán oyó esta conversación de los tres hombres, se marchó y al día siguiente preguntó por ellos, envió cerca de ellos y dió a cada uno la cosa que había pedido. Se calló durante tres días, cavó una fosa (3), puso encima de ella una plancha de hierro, encendió en ella fuego, hasta que se puso la fosa de modo que el que subiese encima se derritiera, y envió por aquellos tres hombres.

Vinieron ante él y les dijo:

—Al que le haya dado alguna cosa, que suba encima de la fosa y me diga lo que le he dado.

Subió el de los cien duros y principió a decir al Sultán:

—Me diste cien duros y compré con ellos carne y trigo y carbón...

Y murió sin haber podido terminar esta conversación.

Subió el segundo, y le sucedió como al primero. Subió el tercero y dijo:

—Pan y aceitunas.

Y voló su barba encima de la lumbre, pero quedó vivo.

En cuanto al dueño de la tienda que vendía las sentencias, ganó dinero, alquiló un local grande, lo derribó, lo edificó de nuevo y lo adornó con colchones nuevos y puso en él un

(3) «Xubia»: «un pozo de la extensión de un hombre» (Mohámed).

café. Trabajaba en él con dos criados: uno preparaba [el café] y [otro] lo repartía. El se compró dos vestidos superiores, se puso uno de ellos, sacó una silla a la puerta y se sentó en ella.

Por la noche, la hija del Sultán y la hija del Visir salieron a media noche, llegaron a este café en el que estaba este joven y se lo encontraron tocando el violín. Se acercaron a él, se sentaron con él a pasar la noche divertidas, hasta que se aproximaba el alba. Y le dijeron:

—¿Vendrás con nosotras a nuestra casa?

—No podré ir—les contestó.

—Está bien—le dijeron.

Y se marcharon a su casa. Al día siguiente por la mañana llamaron a unos esclavos de la casa y les mandaron cavar un camino por debajo de tierra. Estuvieron cavando hasta que llegaron al café; ellas mataron a los esclavos que lo habían cavado (4), comenzaron a ir por este camino que habían abierto y pasaban la noche con el [joven] en aquel lugar [café].

Un día paseaban el Sultán y el Visir, y llegaron al café. Oyeron en él instrumentos número uno, y el Sultán dijo al Visir:

—¡Hola! Veamos este lugar.

Se quitaron los vestidos que llevaban puestos, se pusieron otros de andrajos y llegaron al café. Llamaron en él diciendo:

—¡Huésped de Dios! (5).

Se levantó el joven, les abrió, les hizo entrar, entraron y vieron a las hijas. El Sultán miró al Visir, el Visir miró al Sultán, y las chicas se miraron mutuamente. Estuvieron un poco tiempo el Sultán y el Visir, y dijeron al joven:

—Queremos marcharnos.

(4) Para que no lo dijeran a nadie.

(5) Fórmula para pedir la entrada en una casa. Equivale a nuestro ¡Deo gracias! ¡Avemaría!, ¡Alabado sea Dios!, etc.

Salieron, anduvieron un poco, se pararon y comenzaron a hablar entre sí. El Sultán dijo al Visir:

—Vamos a irnos a nuestras casas a ver si nuestras hijas están en casa o no.

Se marcharon. Y las hijas, cuando vieron que sus padres se habían marchado, se levantaron, se metieron bajo tierra y se fueron corriendo hacia sus casas. Cuando llegaron sus padres, las encontraron durmiendo, y dijeron:

—¡Esto es maravilloso!

Se durmieron, y al día siguiente se levantaron el Sultán y el Visir y dijeron:

—¿Qué medio habrá para que sepamos quiénes son las muchachas que había en el café?

El Visir dijo:

—Haremos dos caftanes que sean de un mismo color y de un paño que haya poco en la ciudad.

Buscaron el paño; encontraron como para dos caftanes en la ciudad. Los tomaron, se los llevaron a los sastres, que se los arreglaran y cosieran de prisa. Subieron los caftanes, se los llevaron al Sultán. Este los cogió, pagó a los maestros y se los llevaron a las muchachas, diciéndoles que se los pusieran. Los cogieron las chicas y por la noche hablaron entre sí, y la hija del Sultán dijo a la hija del Visir:

—Hoy vamos a ir a casa de nuestro amigo con los vestidos nuevos.

Se pusieron los caftanes y se marcharon.

El Sultán volvió a salir a la calle con el Visir, se vistieron con harapos y se marcharon al sitio conocido donde estaban las muchachas. Llegaron, llamaron, gritaron: «¡Huésped de Dios!» Se levantó el joven, les abrió y entraron. En cuanto entraron vieron las muchachas con los caftanes nuevos que les había hecho. Y el Visir miró al Sultán. El Sultán miró al Visir y de la misma forma se miraron mutuamente y hablaron entre sí. El Sultán pidió al joven que les abriera la puerta (6) para marcharse.

(6) Literal: «el lugar».

Salieron, fueron andando un poco, se pararon, hablaron y el Sultán dijo al Visir:

—Hemos visto que son nuestras hijas; este joven no se ha atrevido sino a lo que ha podido (?). Acaso sea este joven hijo de algún hechicero, tenga alguna cosa. Examinaremos, pues, a nuestras hijas a ver si están vírgenes o no y luego hablaremos con el otro.

Se callaron hasta el día siguiente por la mañana, en que enviaron por la comadrona.

Vino y le dijo el Sultán:

—Reconoce a estas chicas.

Las reconoció y las halló todavía vírgenes como eran antes. Y dijo el Sultán al Visir:

—¡Cosa extraña! ¡Las chicas con él y él no las ha tocado!

Envió por él y le dijo:

—¿Qiénes son las chicas que estaban en tu casa ayer?

—¡Por la gracia de Dios sobre mi Señor! (?). No son sino tu hija y la hija del Visir, pero yo no las he tocado y aun están como salieron del vientre de su madre. Ahora, señor, dádmelas a mí las dos y seré tu yerno y el yerno del Visir.

—¿Podrás [mantener] a las dos?—le dijo el Sultán.

—Sí, señor—le contestó—. Yo tengo inteligencia y de esta inteligencia mía se reparten otras (7).

El Sultán se las dió, se casó primero con la hija del Sultán y al día siguiente con la hija del Visir. Las tomó y vivió con ellas. Y la paz.

12.—CUENTO DE UN HOMBRE RICO

Había un hombre rico, que estaba en buena posición, vendiendo y comprando. Un día se sentó en su pueblo y dijo para sí que necesitaba divertirse y viajar por las ciudades.

(7) O sea, que tiene muchísima inteligencia, que le rebosa.

Se vistió unos andrajos, montó en un barco y marchó hasta llegar a un pueblo. Bajó en él, se hospedó en un fondaq, salió a pasear por la ciudad y vió que por mano de un pregonero se vendía una estatua o retrato, que se decía ser de los tiempos antiguos, por trescientos duros, y que nadie compraba si no eran los ricos que la entendían. Mas he aquí que este comerciante, vestido con harapos, llamó al pregonero. Este volvió, vió al que lo llamaba, notó que era un hombre vestido con andrajos y se dijo: «¿Este hombre pobre y forastero va a comprar esto? Con lo que tiene y quiere comprar esta estatua que vaya y se vista.»

Se marchó, dejándolo atrás. Volvió a llamarlo, y el otro (el pregonero) le dijo:

—¿Sabes lo que es esta estatua? El dinero por el que la vas a comprar échalo en un vestido para tu espalda.

—¿Qué te importa a ti—le replicó el otro—si yo voy vestido o me quedo desnudo? Tú no eres más que el pregonero; aquel que te llama acude a él y en paz.

—¡Aquí lo tienes!—le dijo—. Mira: ¡trescientos duros! ¡Hala!

—Aumenta y ponle cuatrocientos duros.

Los comerciantes que estaban delante de él se guiñaron el ojo concertándose contra él y comenzaron a pujar, hasta que la hicieron llegar a mil duros. Quedó por el de los andrajos, y el pregonero consultó con su dueño. Este la vendió y vino a cobrar. Con él vino el pregonero y le dijo:

—¡Vengan los dineros!

Y el vestido de harapos echó mano al bolsillo, sacó un jacinto y le dijo:

—Mira quien me cambia este jacinto.

Quedaron los comerciantes con la boca abierta y admirados, y el pregonero recorrió todos los comerciantes para que se la cambiasen y no encontró ninguno que lo hiciese. Entonces el de los andrajos dijo al pregonero:

—Paga con este jacinto al dueño de la estatua y el resto, propina para ti.

Cogió la estatua y se marchó al lugar donde él dormía. Y al día siguiente volvió a salir de viaje y se marchó a su pueblo. Entró, llevó la estatua, la escondió en una cámara en la casa y contó a su mujer lo que le había pasado con la estatua. Se estuvo en su pueblo. Y él tenía un hijo. Pasaron los días que Dios quiso y murió.

Veamos lo que hizo su hijo. Después que hubo muerto su padre subió un día a la cámara a ver qué había en ella y se encontró la estatua. La bajó, se sentó admirándola, preguntó a su madre, quien le contó la historia conforme sucedió. La cogió, viajó con ella, buscando quien fuese la modelo. Andaba de ciudad en ciudad y preguntaba en todas las que entraba. Uno le dió noticia de ella diciéndole:

—¡Señor! Esta es la hija del Sultán, y ella ni entra ni sale.

En resumen, que oyó estas palabras, se quedó pensando qué haría para verla. Y miró a la estatua y se enamoró de ella. Envió a su padre pidiéndosela en matrimonio y éste no quiso dársela.

El se dijo: «¿Qué haré? Mi cabeza—dijo—está marcada; buscaré alguno que sea listo y con entendimiento para que me dé consejo de lo que he de hacer.»

Se encontró con uno más joven que él que tenía mucho talento, y consultó con él. Aquél le dijo:

—¿Tienes muchos dineros?

—Los tengo—le contestó—, y no se acabarán aunque los queme.

—Envía por ellos—le dijo—; que te traigan todos los que tengas.

—Yo mismo—le replicó—voy a viajar para traerlos.

Viajó, fué, los trajo y díjole:

—Aquí he traído los dineros.

—Echa un pregón—le dijo—de que aquel que quiera trabajar por un duro diario que venga.

Oyó la gente lo del duro y comenzó a venir. En el primer

día se le reunieron mil; pasaron tres días, la gente seguía viniendo y se reunió con mucha gente.

Llegó la noticia al Sultán, temió que aquél se volviese Sultán y lo reemplazase en el reino. Envió por él, vino y le dijo:

—¿Qué es esto que estás haciendo?

—Te he enviado—le replicó—a pedir tu hija y no me la has querido dar, pues yo he querido volverme Sultán y pedirte la hija para que me la dés.

El Sultán temió y le dió su hija. La tomó y se casó con ella. Y la paz.

13.—CUENTO DEL MUSULMAN, EL JUDIO Y EL CRISTIANO (1)

Eran tres hombres, uno moro, otro judío y otro cristiano, que iban de viaje y se encontraron en un camino. Entraron en una ciudad, se quedaron en ella y alquilaron un local, donde vivían los tres reunidos. Un día echó el Sultán un pregón buscando astrónomos. Oyólo el judío y se presentó ante el Sultán, quien le preguntó:

—¿Sabes de astronomía?

—Sé—le contestó con firmeza.

—Cuéntame—le dijo—cuántas estrellas hay en el cielo, dónde cae el centro del mundo y cuántos pelos tiene mi barba.

—Esto—respondió el judío—jamás lo he visto en los libros.

Mandó el Sultán que le dieran sesenta azotes, y se marchó el judío mohino a su casa.

(1) Este cuento tiene un remoto parecido con el titulado generalmente en la literatura folklórica *El Rey Juan y el abad de Cantorbery*. El primero que lo reprodujo en castellano fué Timoneda en el *Patrañuelo* (1566?), patraña 14. (Cf. M. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, volumen II, pág. 57.)

Luego que se enfrió de la paliza vino el cristiano, y el hebreo le preguntó:

—¡Hijo mío! ¿No has oído que el Sultán ha pregonado buscando astrónomos?

—¿Cómo? ¿Has ido tú acaso?

—Sí—le replicó—, y me ha dado sesenta duros.

—¿Y qué le has dicho?—le preguntó.

—Lo que se me vino a la boca.

Se presentó el cristiano al Sultán y le dijo:

—Yo sé astronomía.

—Cuéntame—le ordenó—cuántas estrellas hay en el cielo, dónde cae el centro del mundo y cuántos pelos tiene mi barba.

—Esto—respondí—nunca lo he visto, ni siquiera en los libros.

Mandó darle una paliza doble que al otro, y el cristiano se marchó a su casa. Se reunió con el judío y éste le preguntó:

—¿Qué? ¿Cuánto te ha dado?

—De la misma ceca que a ti—le replicó—me ha dado a mí, sólo que doble. Ahora vendrá el moro y lo engañaremos.

Vino el moro y el cristiano le dijo:

—¿No has oído, querido, lo que el Sultán ha pregonado?

—No he oído nada, hijo. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—El Sultán busca astrónomos.

—¿Qué? ¿Es que habéis ido?

—Sí, y nos ha dado mucho dinero.

—Partidlo conmigo.

—No, no. Prueba tu suerte y vete a verlo; acaso también te ganes tú algunos dineros.

Montó el moro en su borriquilla y se marchó. Cuando llegó ante el Sultán le dijo muy tranquilo:

—Yo soy astrónomo.

—Cuéntame, pues—le dijo el Sultán—, cuántas estrellas hay en el cielo, dónde cae el centro del mundo y cuántos pelos tiene mi barba.

—Estas cosas—le replicó—que me preguntas todas las contesto con mi burra. Señor—dijo—, el número de estrellas que hay en el cielo es igual al número de pelos del lomo de mi burra, y si dices que esto no es cierto ordena que suban los soldados de tu guardia, que vuelen por el cielo, cuenten las estrellas que hay en él y vengan luego a contar los pelos del lomo de mi burra, y verán si es igual su número.

—Y el centro del mundo—le preguntó el Sultán—, ¿dónde cae?

—Es precisamente el mismo sitio—contestó el moro—sobre que está mi burra de pie, y si me dices que no es verdad manda a los soldados que den la vuelta al mundo y vengan, y se comprobará.

—¿Y cuántos pelos tiene mi barba?—le preguntó el Sultán por fin.

—El número de pelos que hay en ella—respondió—es el mismo número de pelos que hay en la cola de mi burra, y si dices que no es verdad aféitate la barba y afeitaremos la cola de la burra, contaremos sus pelos y veremos si no tienen el mismo número.

Oyó el Sultán estas cosas con agrado, le dió dinero y el moro se marchó a su casa.

14.—HISTORIA DE LA MUJER QUE HABIA JURADO COGER AL DEMONIO

Una mujer echó mano a una alcuza para coger al demonio, se marchó a un sepulcro, comenzó a llorar y a decir:

—¡Ah, ah! El demonio ha muerto.

He aquí que el demonio pasó, y le dijo:

—¿Qué te pasa, que lloras?

—Mi hermano el demonio ha muerto—le respondió.

—Yo soy él—le replicó.

—Si eres tú—dijo ella—entra en esta alcuza, porque mi hermano había entrado en ella.

Se adelantó, bajó y ella entonces lo tapó, y le dijo:

—Quién es el maestro, ¿tú o yo?

—Tú eres la maestra—le dijo—. ¡Ea, suéltame!

Ella le abrió y lo soltó, y él le dijo:

—Vamos que veas en lo que yo me ocupo.

Iba marchando por la calle y se encontró a un burro que venía cargado con una tinaja de miel, y dijo a la mujer:

—¡Cuidado! Mira lo que voy a hacer.

Y se fué entre las patas de la bestia, las enredó, hizo caer la bestia; la miel se derramó y todo el que pasaba por la calle mojaba sus dedos y los chupaba, y decía: «¡Dios maldiga al demonio!» (1).

Se fué [éste] hacia la mujer y le dijo:

—¿Has visto lo que he hecho?

—Esto que has hecho—le respondió—no es nada: verás lo que hacen las mujeres.

Y se marchó ella al zoco de abajo (2), compró un caftán, se fué a su casa, se puso unos vestidos buenos, colgó un rosario a su cuello, cogió un bastón entre sus manos y salió de su casa. Y dijo al demonio:

—Vamos que veas lo que hacen las mujeres.

Entró en una casa y le salió al encuentro una mujer joven, a la que dijo:

—¡Dios! ¡Hija mía! Cara que no es fácil que cambie (3). Ahora te enseñaré que has de hacer a tu marido para que te quiera.

—¡Dios te bendiga!—le replicó—. También yo me gastaré algo y te daré algún dinero para que me digas una palabra de suerte (4).

Entró en la habitación, se sentó y dijo:

—¡Hija mía! Anda y tráeme un sorbo de agua.

(1) «¡Dios maldiga al demonio!» Expresión corriente cuando ocurre alguna desgracia y en riñas.

(2) «El zoco de abajo». Nombre de uno de los zocos de Rabat, próximo al Consulado español, donde venden los tejidos, sedas y retales.

(3) Expresiones familiares.

(4) «Baraka», bendición, palabra que alivia un apuro.

Salió y la vieja sacó el caftán y lo metió debajo de la almohada. Entró la mujer con el agua y le dijo la vieja:

—Cuando venga tu marido córtale un pelo de su barba cuando esté dormido.

—Está bien—le contestó.

Salió [la vieja], se fué al marido a la tienda y le dijo:

—¡Hijo mío! ¿No sabes la noticia?

—¿De qué?—le contestó—. ¿Qué pasa?

—Tu mujer—le dijo—te va a degollar cuando estés durmiendo, porque tiene un amigo, y sabe que tiene un caftán oculto debajo de la almohada.

—¡Dios te bendiga!—le contestó él.

Y le dió dinero.

Por la noche se fué [el hombre] a su casa, hizo como que estaba enfermo y dijo a ella [a su mujer]:

—Yo estoy cansado.

Preparó ella cena, comió sola. Después que se levantó, le dijo:

—Levántate a comer.

—No tengo ganas de comer—le dijo—, estoy malucho.

Hizo como que dormía y estaba despierto. Ella subió hasta el dormido (5), comenzó a levantarlo y lo encontró muy dormido. Echó mano a la navaja para cortarle el pelo, lo agarró por su barba y quiso cortarle el pelo; pero él la cogió, la empujó, la echó al suelo, cogió la navaja y la degolló.

Llegó la noticia a su familia, vinieron, entraron a la casa y comenzaron a golpearse con hierro. A la vez llegó la noticia a la familia del marido, y se reunieron todos en la casa, principiaron a pelearse, matándose unos a otros, hasta que cayeron veinte personas (6) de entre ellos. Fueron al gobierno y los separaron.

La mujer vieja se fué al demonio y le dijo:

(5) Las camas en Marruecos están excesivamente altas.

(6) «Raqba», cuello, nuca, esclavo, siervo (Belot).

—¿Qué te parece lo que he hecho?

Y él le replicó:

—Lo que el demonio hace en un año lo haces tú en un día (7).

15.—HISTORIA DE HANU RAXI (1)

Había un Sultán llamado Hanu Raxi. Una vez, paseando por la noche, se encontró a tres hombres y les dijo:

—La paz sea con vosotros. (Buenas tardes.)

Y se marchó. Estos tres hombres, que habitaban en una misma casa, cuando se separaron, cada cual se fué con su mujer. Y el primero dijo a su mujer:

—¡Hija mía! (2). Anda..., vístete lo mejor que tengas, sube a la azotea y diviértete: he aquí que el Sultán me ha dicho: «¡Buenas tardes!»

Lo mismo que dijo el primero dijeron los otros dos a sus mujeres. Resumen: que al principio del mediodía subió [la mujer del primero] a la azotea y se divirtió. En seguida subió la segunda, y empezaron a insultarse, diciendo la una a la otra:

—El Sultán ha dicho a mi hombre: «¡Buenas tardes!»; no se lo ha dicho al tuyo.

Resultado: que aun estaban peleándose cuando subió la tercera, y les dijo:

—¿Qué os pasa? El Sultán ha dicho a mi hombre, al mío: «¡Buenas tardes!», y no lo ha dicho a los vuestros.

Y se pelearon [todas] allí. Bajaron a la casa y cada una se peleó con su marido y los maridos salieron a pelearse entre ellos, y cada cual decía:

(7) Remotamente parecido al cuento del *Syntipas*, *Gadrif* o *El velo quemado*. Véase Chauvin, *Bibliographie les ouvrages arabes*, VIII, 57, número 23.

(1) Con ligeras variantes está publicado este cuento en Alarcón, *Textos árabes de Larache*, Madrid, 1913, cuento número segundo, con el título de *Historia de tres cortos de genio*.

(2) Frases familiares.

—A mí me ha dicho el Sultán: «¡Buenas tardes!»; no os lo ha dicho a vosotros.

Y ellos salieron a preguntárselo al mismo Sultán.

Se marcharon, llegaron ante el Sultán y le dijeron:

—¡Por la verdad de la virtud de mi Señor! Ayer por la tarde pasaste y dijiste: «¡Buenas tardes!» ¿A quién se lo dijiste?

El Sultán respondió:

—Dije: «¡Buenas tardes!» al más corto de genio de vosotros, y al que tenga alguna historia que me la cuente.

Se levantó el primero a contarle la historia y le dijo:

—¡Señor! Tengo una suegra que no le doy de comer bellota... Un día vino (3), entró por donde quiso y encontró un huevo. Lo metió en la boca y cuando ella llegó, temió de ello y lo ocultó en su garganta. «¿Qué es esto—le dijo ella—que tienes en tu garganta?» «Mi garganta está enferma», le replicó. Echó ella mano a... y comenzó a abrirle la garganta, y le sacó el huevo. «Mira—la dijo—de lo que estaba tu garganta enferma.» ¡Señor!—dijo el hombre—. Y estuve paciente en sus manos.

—¿Esta es tu historia?—le preguntó.

—Sí—le respondió.

Se adelantó el segundo a contar y dijo:

—¡Señor! Un día compré carne y dije a ella: «Prepáramela y que cuando venga a la noche la encuentre arreglada.» Cuando vine encontré la carne arreglada y le dije: «Has abierto la puerta de la casa y todavía no la has cerrado. Levántate—le dije—y cierra la puerta.» No quiso cerrarla y le dije: «Haremos una cosa.» «¿Qué?», dijo ella. «La cena se quedará puesta en medio, no comeremos y nos callaremos, y el que hable se levantará a cerrar la puerta de la casa.» ¡Oh, Sultán!—dijo él—. Ella se quedó callada y yo también. Al

(3) Todo el relato está muy oscuro; respeto el texto y con él los cambios del estilo directo al indirecto.

poco rato vino un pobre a pedir. Al fin se cansó de pedir y de que no le respondiera nadie, encontró la puerta abierta, la empujó y entró. Llegó hasta nosotros, quitó el paño [que tapaba la comida] y vió que nadie le hablaba. Se acercó a la comida, comió hasta terminarla y cuando la hubo acabado sacó un cordel de la espuerta, me lo ató a la barba, ató un hueso a la barba, salió con la cuerda, ató un hueso junto a otro, salió a la puerta de la casa y ató la cuerda con el picaporte y se marchó.. Poco después pasó un perro, le dió el olor del hueso y entró a la casa tras el hueso hasta que llegó a mi barba, y la mujer me dijo: «¡Hombre! Que ha llegado un perro hasta tu barba.» Yo le dije: «Tú has hablado; levántate y cierra la puerta.» Se levantó y cerró la puerta. Esta es mi historia—dijo al Sultán.

Dijo el Sultán al otro:

—¿Y tú?

Y le contó su historia:

—Un día pasaba por la calle de los carniceros y compré en casa de uno de ellos tres pares y medio de patas. Las llevé a casa que las guisaran. Cuando las guisaron dije a ella: «Aquí no están todas las patas.» Has traído—contestó—dos pares y medio.» «He traído tres pares y medio», le repliqué. Resumen: que nos peleamos y yo me caí al suelo y me hice el muerto. Me amortajaron y me llevaron a enterrar. Cuando yo pasaba por delante de la tienda del carnicero les preguntó: «¿Quién es el muerto?» «Fulano de Tal», le contestaron. «¡Hijo mío!—dijo él—. Ayer precisamente me compró tres pares y medio de patas.» Y yo me senté sobre las parihuelas y dije: «¿Verdad, señor, que compré en tu casa tres pares y medio de patas?»

Y el Sultán les dijo:

—Al de enmedio es a quien dije: «¡Buenas tardes!»

16.—HISTORIA DE UN HOMBRE QUE LLEGO A CASARSE CON UNA MUJER QUE NO TENIA DOTE

Era un hombre que se casaba todos los años; tomaba una mujer que traía dote y la repudiaba, hasta que en cierta ocasión vió una mujer que había dado a luz una niña, y ésta era de pecho y aún mamaba. Este hombre se dirigió a ella y le dijo:

—Mujer, quiero, ¡Dios te bendiga!, que me vendas esta niña.

—Mi hija—le contestó ella—es todavía pequeña; sus ojos están cerrados y aún mama.

—¡La bendición de Dios venga sobre ti! Yo he jurado no tomar por mujer sino una niña cuyos ojos estén cerrados y que todavía mame: haré que la críen en mi casa, crecerá ante mis ojos y luego que se haya hecho mayor me casaré con ella, la tomaré por esposa.

La madre se la entregó, recibiendo a cambio cien duros.

El hombre llevó la niña a su casa y la vió crecer en su presencia. Sus ojos se abrieron viendo a aquel hombre, a quien comenzó a llamar padre, y le decía:

—¡Padre! ¿Hay en el mundo alguna cosa o no?

Y él le respondía:

—En el mundo no hay más que yo, tú y Dios.

Cierto día salió el padre al zoco y vino una vieja mendiga a pedir a la puerta de la casa, diciendo:

—¡Una limosna por Dios, señora!

La niña se puso detrás de la cerradura y le dijo:

—¿De dónde has salido tú, anciana?

—Del mundo, hijita—le respondió.

—¿Cómo?—replicó la niña—. ¿Hay algo en el mundo? Mi padre me dice: «Sólo existe en el mundo yo, tú y Dios.»

—Si tú vieses el mundo, hija mía...—le insinuó la vieja—, y los buenos mozos que hay en él... Si quieres uno, yo te lo traeré a tu misma casa.

—¿Cómo me arreglaré, viejecita?—contestó la niña—. Mi padre me cierra la casa con llave.

—Yo te diré lo que has de hacer con tu padre. Cuando lo sientas llegar tomas un poco de *nejala*, untas con ella tu rostro para que se ponga amarillo y te acuestas en la cama. Después que haya entrado te dirá: «¿Qué te pasa, hija, que estás acostada?» Y tú le respondes: «Padre, estoy enferma.» «¿Y de qué estás enferma, hija mía? ¿Qué te duele, querida?»

Y la niña le respondió (1):

—No lo sé, padre.

Vino la vieja a pedir a la puerta de la casa y la chica dijo a su padre:

—Mira, esta mujer sabe de lo que yo estoy enferma.

El hombre se levantó, abrió la puerta y dijo a la mendiga:

—Entra a mi casa, anciana; tengo a mi hija enferma y yo no sé de qué.

La vieja entró y miró a la niña de qué estaría enferma; la examinó y la tocó el pecho con las puntas de los dedos. Entonces la muchacha exclamó:

—¡Este es el lugar en donde está mi enfermedad!

La vieja, dirigiéndose al padre, le dijo:

—Yo tengo un baúl con medicinas; voy a traértelo. Tú saldrás de la casa desde ahora hasta siete días; que no te vea tu hija hasta después que hayan pasado.

Cogió el cofre, ocultó en él un mozo, hijo de un comerciante; fué y ajustó a cuatro hombres, que cargaron con él y lo llevaron a casa de la enferma.

El padre salió, cerró la puerta con llave y se marchó. Abrió la vieja el baúl, sacó al galán y lo entró con la niña. Con ella estuvo, se le pasó la enfermedad y curó. Y pasaron los siete días.

(1) Dejo el relato como lo refirió el moro para ahorrarse repeticiones.

Al final de ellos vino a su casa el hombre, alegre para ver a su hija sana. La vieja lo oyó entrar en la casa, metió al galán en el cofre y lo cerró. Entró el hombre y preguntó a la vieja:

—¿Cómo está mi hija? ¿Curó?

—Está bien—le contestó ella—; entra y mírala.

Así lo hizo, y la chica le salió al encuentro diciéndole:

—Mira, ya estoy bien.

El hombre dió dinero a la vieja. Vinieron cuatro mozos de cuerda, que cargaron con el baúl. Pero, ¡el Señor había visto la traición de la vieja!, a los mozos se les cayó el baúl, que se rompió, y el padre conoció toda su desgracia: su razón entonces se desvaneció y se volvió loco.

Perdonó la muchacha, la casa, los dineros, todo, y andaba loco por los pueblos. La hija se quedó en la casa con el galán y la vieja y derrocharon los bienes del hombre, mientras él, desgraciado, seguía loco. Ella gastó el dinero de su padre, vendió la casa y no le quedó nada; entonces salió a pedir limosna por las casas y por las calles (2).

17.—HISTORIA DE UN HOMBRE TALEB (1)

Que había casado con otra mujer también *talba* y habían tenido hijos y vivían tranquilamente.

Un día salió el hombre al zoco, cogió la mujer el libro, se sentó a leer y encontró una página en la cual estaba su nombre: Fulana, hija Fulana. En la página se encontró [que decía que] un año estaría prostituída, que otro año pediría

(2) Publicado en el «Homenaje a Menéndez Pidal», Madrid, 1924, volumen I, págs. 417-423, con el título *Un cuento popular marroquí* y *El celoso extremeño de Cervantes*. Reimpreso, con el título *El celoso engañado*, en el volumen *Historias y Leyendas*, primero de mis Estudios literarios, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942, páginas 161-173.

(1) *Táleb*, estudiante, hombre de letras; femenino *talba*, plural *tolba*.

limosna, que moriría y que la resucitaría el Señor de la muerte, que robaría el pan en la calle otro año y que la seguirían los chiquillos por las calles con piedras, por razón de no haberse conformado con el decreto de Dios.

Cuando hubo visto el castigo que Dios le había decretado en el libro llamó a la criada diciendo:

—¡Ah, Mbarca! (2).

—Presente, señora—contestó.

—Tráeme la cuerda y la escalera—le ordenó—y sube a la escalera y ata la cuerda al techo.

Ató la criada en el techo la cuerda, en contra de su voluntad, y la señora le dijo:

—Sal de la habitación, ciérrame y que Dios te proteja.

Arrojó el libro de su mano, subió a la escalera, lió la cuerda a su cuello, apartó su cuerpo de la escalera, se apretó con ella y cayó.

Vino el marido y llamó:

—¡Mbarka! ¿Dónde está la señora?

—Señor—contestó ella—, está en el cuarto; la he cerrado con llave.

Se fué el hombre a la habitación, llamó y nadie le contestó. Salió a la calle, buscó al maestro carpintero, al que le dijo:

—Abreme este cuarto.

Trajo el carpintero el martillo, el escoplo y la sierra; empezó a trabajar y abrió el cuarto.

Entró el hombre y se encontró a su mujer.

Llamó a la muchacha y le dijo:

—¡Mbarka! ¿Qué sucedió a tu señora, que está muerta?

—Señor—le respondió—, no sé. Estaba leyendo el libro y se levantó desvanecida diciéndome: «Mbarka, ven acá!» «Presente, señora», le respondí. «Tráeme una cuerda—me ordenó—y la escalera; sube a ella, ata la cuerda en el techo.» Señor, yo no quería atarla, pero ella me pegó y me dijo: «Si

(2) «Mbarka», nombre aplicado a las criadas; al criado, «mbarek».

no la atas te desolláré de la paliza.» Tuve miedo de ella y até la cuerda. Entonces me dijo: «Sal de aquí.» Y salí y le cerré la puerta.

Vinieron las gentes de ella, hicieron el entierro y la lloraron diciendo:

—¿Qué le ha sucedido a nuestra hija? Ayer la dejamos buena y hoy venimos y la encontramos muerta.

El marido les respondió:

—Lo que Dios le ha dado. Estaba leyendo en el libro y encontró en esta página esta frase de lo que iba a suceder; no se conforma con lo que Dios le daba y se mató.

Vinieron los *tolba*, rezaron sobre ella; vinieron los embalsamadores, y la lavaron; vinieron los amortajadores, y la amortajaron; trajeron las parihuelas, la pusieron en ellas, la llevaron con el «La illahu ila Allah, Mohámed Rasul Allah»; llegaron al cementerio y la enterraron.

Se marcharon, la dejaron y la olvidaron (3).

Vino una *mehalla* del Sultán y acampó en el cementerio, en las afueras, levantando allí las tiendas. Un caíd puso su tienda sobre el sepulcro de esta mujer. Cierta noche estaba durmiendo y oyó a un hombre que se quejaba en la tierra debajo de él y que decía: «¡Dios, Dios!» Se quedó el caíd escuchando y llamó a su criado y le dijo:

—¡Mbarek!

—¡Señor!

—Tráete el pico, la azada y la espuerta; entra en la tienda y cava esta sepultura para ver a este hombre que está enterrado y está todavía vivo.

Cavó el siervo, sacó esta mujer. Por mandato de Dios la encontró y por el mismo mandato volvió a ella el espíritu y vivió.

El caíd la envió al baño y se lavó. Le preparó un vestido de seda y paño y se sentó con este caíd, que fué el primero

(3) Descripción sucinta y precisa de la forma de un entierro.

que la empujó por el camino de la prostitución. Comenzó a hastiarse de ella y la apartó de sí.

Ella se marchó y pasó un año en la prostitución, no quedándole sin poseería ni siquiera los perros. Perdida, comenzó a pedir, y pidió durante un año, hasta que se cansó, comenzando a robar el pan por el zoco, y los chiquillos la seguían y la tiraban piedras gritándole: «¡Guiliana (4), robaste el pan!». Hasta que una vez pasó un hombre y les dijo:

—¡Chiquillos! ¿Qué hacéis con esta mujer? ¿Por qué la apedreáis?

—¡Dios te bendiga, señor!—replicó ella—. Estos chiquillos me atormentan.

—Buena mujer—dijo él—, si quieres ir conmigo a mi casa te daré en ella un trabajo, donde comerás un trozo de pan y dormirás en la cocina.

Se marchó con él y se aposentó en la cocina.

Un día vino la familia de ella a visitar a su marido con sus hijos, y sentados estaban llorando. Fué la criada a llevar a la forastera un poco de pan y ésta le preguntó:

—¡Mbarka! ¿Qué sucede a tus señores, que lloran?

—Lloran—le replicó—por la señora, que era una mujer *salha* muy versada en la ciencia, que conocía los secretos del mundo y de Dios. Cierto día estaba leyendo en el libro y se encontró ciertas palabras en una página de lo que le iba a suceder en el mundo; no se contentó con el decreto de Dios y se mató.

Comenzó también la pobre a llorar. La muchacha se fué a su señor y le dijo:

—Esta mujer también llora.

—Mira qué le pasa—dijo el señor.

Preguntó la criada a aquella pobre:

—¿Por qué lloras?

—Hija mía—le respondió—, lloro por mi marido y por mi hijo. Fulano [yo soy hija de Fulano], y por las hermanas y

(4) «Guiliana», voz familiar.

por mi hermana, y por mi familia y parientes, y por mi gente y mi casa.

La criada se fué a su señor y le dijo:

—¡Señor! Esta es la señora que murió.

—¿En qué la has conocido, hija?—le preguntó.

—¡Señor! Después que la he visto y la he preguntado: «¿Por qué lloras?», me ha dicho: «Yo soy, hija la que llora», y me ha dado señas del señor joven, de la señora joven, del señor viejo y de la señora vieja.

Se levantó el marido, fué a ella, la sacó de la cocina, llevándola a la sala; la abrazó y todos lloraron con ella.

La entraron en el baño, se lavó; la vistieron con vestidos de oro y plata y se sentó con sus hijos, con su marido y con sus parientes.

«Y yo sentí que se marchó con ella el río, el río..., y quedé con los nobles señores.»

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA

Cómo se estudian las fiestas populares y tradicionales

El campo más rico, variado e interesante del folklore es sin duda el de las fiestas tradicionales populares, incluídas como una de sus esencias, la música, el baile y los cantos, no sólo en las características rítmicas esenciales de estas tres manifestaciones, sino en las plásticas, inseparables y tan determinativas como las anteriores para estas actividades artísticas, pero no constituyendo estas manifestaciones de las artes rítmicas todo el folklore, ni siquiera la esencia del mismo, como con evidente error se viene propagando en España por algunos eruditos polarizados en un solo sentido del conocimiento de la vida popular, por musicógrafos y especialistas del arte teatral.

Ejemplo típico del daño a que se ha llegado con la ultraespecialización en la investigación y la excesiva división del trabajo en los estudios, que felizmente van quedando limitadas a su exigible necesidad, es el que presenta la penuria y escaso valor de la bibliografía general comparada y sintética de las fiestas populares; en ningún caso se cumple mejor la frase de que cada investigador por mirar *su* árbol no veía el bosque, o sea el complejo conjunto que suponen las fiestas en su unidad total, sólo con daño del concepto disecado y atomizado.

La excesiva separación que en los estudios etnográficos se hace entre los elementos, datos y objetos de la cultura material y la espiritual, ha llegado a prescindir con evidente error del conocimiento y análisis de un esencial grupo de hechos

etnográficos, considerándolos meramente como folklóricos, siendo uno de los más evidentes ejemplos las fiestas populares. Además se ha hecho una disociación analítica de ellas, estudiando solos y aisladamente sus elementos constitutivos, como son las danzas, el canto, la música y los juegos o diversiones concretas que las integran, degradando así el interés y valor explicativo de las mismas al romper su unidad total de complejo y constante geográfico y folklórico, que eleva su interés como el de todos los hechos conexionales.

En el conocimiento de las culturas elementales o primitivas y en los elementos que ellas aportan al de las superiores y actuales, las fiestas populares nos dan una de las fases más interesantes de la cultura de los pueblos para la investigación de su psicología, sociología y estética, y por ello merecen con tanto o más interés que la casa, el traje o la ornamentación, la aplicación del método folklórico a su estudio.

Realizado hace muchos años este ensayo acerca de las fiestas populares en España, hemos visto las posibilidades de que nos den elementos para el establecimiento de zonas y regiones tan características como las que hemos publicado, fundadas en el reparto peninsular del traje, los medios primitivos de transporte, la ornamentación y los otros trabajos y datos de la etnografía y el folklore hispano.

No quiero omitir que la orientación para iniciar estos, me la dió, en una honrosa petición solicitando un trabajo mío acerca de ellos, aquel gran don Marcelino Menéndez y Pelayo, como presidente de un Jurado para las fiestas montañesas celebradas en Santander en el primer año de este siglo, recordándome con benévola indicación de maestro unos párrafos míos publicados pocos años antes en el tomo de «Etnología» de la *Antropología* que publiqué con aquel novador científico del folklore en España Telesforo de Aranzadi. Otro gran nombre se une a mi adscripción a estos estudios: el de Ramón y Cajal, quien al recibir dos trabajos míos, uno de Antropología y otro de Etnografía, me escribió que le había interesado más, porque le evidenciaba la necesidad de acabar de

buscar un método de estudio, el ensayo de fiestas y diversiones populares.

El interés del tema

El interés del estudio de las fiestas populares nace al confluir en ellas todas las artes de la vida emocional o estética popular: las rítmicas, creadas en el baile, regido en sus movimientos por el canto o la música vocal y acompañado posteriormente por la instrumental, y todas ellas, en estado de cultura ya más superior, servidas o sirviendo a la poesía: las artes plásticas, nacidas del adorno y del traje y perfeccionadas en los variados objetos empleados en juegos y diversiones: los datos folklóricos por manifestarse como esencia creadora de las artes: los fondos tradicionales y culturales del pueblo, lo que éste propiamente piensa y sabe: los criterios sociales, en bien diversas manifestaciones de la convivencia y alegría colectiva y altruista, añadiéndose, y ello es de mucho interés, las actividades económicas en ferias y mercados, con exhibición y venta de los productos indígenas más característicos, excluídos actualmente del comercio urbano y cosmopolita, siendo, además, esta nota utilitaria lo que mueve desde bien pretéritos tiempos a la organización de fiestas por las ciudades, que ya en el Ática iniciaron la atracción de forasteros y hoy se organiza en las instituciones protectoras y propagadoras del turismo.

Esta continuidad de buscar en las fiestas un interés económico se ha vivificado o recrudecido en el último quinquenio y tal vez antes en determinadas regiones y más aún ciudades españolas, por evolución transformadora de la antigua díada de feria y fiesta que en ciudades y villas era tradicional, pues atenuadas y aun desaparecidas a veces las ferias o mercados coincidentes con las fiestas, se ha buscado en éstas la asistencia de forasteros atraídos y organizaciones festeras que valiéndose ya de lo popular y espontáneo son verdaderas organizaciones municipales para explotar al máximum eco-

nómicamente la celebración de una fecha conmemorativa histórica, religiosa o aun simplemente biográfica de la ciudad, ampliando y exornando a veces demasiado las ceremonias, juegos o fiestas tradicionales con la aditamentación muchas veces verdaderamente anómala y en contraste con lo que era de uso y costumbre en la localidad.

No es inútil destacar que tanto mayor es el interés de las fiestas cuando éstas se celebran en inferiores clases, social y económicamente consideradas, es decir, en las propiamente folklóricas. Es natural que las fiestas ocupen y hasta preocupen más a los pueblos de vida sencilla y monótona, tanto que en ellos el vivir diario no es más que una espera entre las fiestas, y convendría no olvidar que es frase o refrán bien conocido «por las fiestas nos amamos y por las luchas nos odiamos».

Al interés general se agrega en España el que las fiestas populares alcanzan en la península la máxima variedad, por la convergencia y estabilización de culturas que no sólo pasaron—como por la mayoría de la Europa Central y países de marca—, sino que se «iberizaron», degradándose unas y elevándose otras, las primitivas, pero siempre hispanizándose.

Esta hispanización débese a que es una realidad física la unidad peninsular, pero afectada en regionales distinciones, por las variedades del geoclima, ya que tierra y ambiente presentan una síntesis de la heterogeneidad europea y aun norteafricana, contando además por ello la península con las máximas posibilidades de variación y especificación, por el contraste y riqueza del paisaje, como lo ha demostrado el profesor Hernández Pacheco en sus originales estudios acerca de la interpretación científica de la estética de los paisajes españoles.

Una última causa de variación, rarísima vez mejorada, son las «alteraciones» que las fiestas populares sufren y han sufrido en España como en toda Europa, degradadas por diversas causas, entre ellas la verdadera municipalización, al intervenir con mejor voluntad que acierto las Comisiones de

festejos; otro error con apariencia de patriotismo ha sido el de la españolización, que las ha uniformado en parte, por hacer de los toros y del andalucismo, halagando la curiosidad extranjera, los núcleos esenciales de nuestras diversiones; en igual sentido, aunque esto era inevitable, se ha verificado una verdadera «uniformización», por influencias litúrgicas, aun en fiestas inicialmente desprovistas de toda finalidad religiosa. Por último, la extranjerización ha hecho perder casticismo por un falso concepto de superioridad en algunos motivos de las fiestas, introduciendo en ellas elementos alienígenas, «muy científicamente higiénicos» los unos y muy «educadores y socializantes» los otros, pero totalmente extraños a medio ambiente, tradición y gustos o criterios estéticos de nuestro pueblo.

Una demostración evidente del interés del estudio de las fiestas populares, es la de que fué este el tema planteado en la reunión de la Comisión Internacional de Roma en 1929, a la que asistí como delegado de España, y que acordó que en el segundo Congreso Internacional de Artes Populares que se celebró en Amberes en el verano de 1931, se estudiara y desarrollara, como lo hizo con asistencia de etnógrafos, sociólogos, artistas y folkloristas, los múltiples temas nacidos o conexionados con las fiestas tradicionales populares, siendo de lamentar que no estuviera representada España, que hubiera dado plena prueba de la riqueza y variedad de sus tradiciones festeras, como lo hizo en el primer Congreso celebrado en Praga en 1928, en el que por el número y valor intrínseco de sus aportaciones, fué estimada como la primera de las ventisiete naciones asistentes.

Un último valor finalista tienen estos estudios: el del sostenimiento y reviviscencia de nuestras fiestas tradicionales; valor patriótico que tiende a conservar una de las facetas más características y perdurables a través de los cambios y modificaciones de nuestra historia externa. Interés que ha movido a las organizaciones nacionales de Italia, Francia, Alemania, Portugal y otros Estados a la restauración de lo tradicional

en fiestas y juegos, fundamentalmente en lo popular y en la vida del obrero, creando para éste formas de utilización de sus horas libres de descanso y esparcimiento, que llegaron a ser uno de los motivos de estudio de la Oficina Internacional del Trabajo en Ginebra, donde la emulación de múltiples naciones dieron motivo no sólo a variadas publicaciones, sino a la aplicación del principio general del casticismo y la raigambre de cada una de ellas, destacando su personalidad para no caer en un uniformismo cosmopolita, monótono y abrumador, al estar cadente de matices y tonalidades.

Momentos son los presentes para las máximas posibilidades de restauración de lo que posible sea y no pugne ni se salga del actual ambiente cultural y social. Hay, pues, que plantear y resolver con el más aproximado acierto y las menores variaciones en el fondo esencial de estas fiestas, ya que renovarlas no es crearlas, y romper del todo con los modos y formas tradicionales, con el plausible deseo, pero erróneo criterio de hacerlas modernistas y actuales, sería romper el nexo que con la tradición las une y que es a la postre la verdadera solera que crea un particular aroma, particular y a veces hasta localista. Claro es que no enfocamos el concretísimo tema de las castizas verbenas madrileñas, especies del mismo género que las veladas andaluzas y catalanas, actuales restos de fiestas estacionales, míticas de Oriente e Italia, o finales recuerdos de ceremonias religiosas de gentes nórdicas, si bien los dos orígenes fueron absorbidos por la hispanización, que creó siempre hechos significativos en todas las fiestas, aportados por las múltiples culturas que a la península llegaron.

La principal dificultad para redactar este trabajo ha sido la de buscar un método adecuado y eficaz de estudio, que no puede ser otro que el método etnográfico, y no los sistemas de aislados criterios particularistas, que deben ser fundidos todos en aquél, como una síntesis investigadora y explicativa del hecho de las fiestas populares.

No desarrollamos los detalles de la exposición del método, por estar expuestos en diversos trabajos que desde hace vein-

ticinco años hemos publicado, al sugerir en el Congrès International d'Anthropologie la adopción del método etnográfico para esta clase de estudios.

Un intento de clasificación de las fiestas

Cuando el número de las cosas o de los hechos crece, impónese para su conocimiento claro y el de sus analogías o diferencias entre sí un principio de orden, que no es otra cosa a la postre que la clasificación de los objetos o los hechos en grupos y secciones. Y como las fiestas y los juegos que en ellos intervienen son, no ya varios, sino múltiples, preciso nos ha sido intentar este ensayo de clasificación, aunque sólo fuera para su exposición y sin llegar a buscar su intrínseca interpretación, ya que de otro modo sólo cabía el exponerlas cronológicamente en un calendario festero o relacionarlas por provincias y regiones en una verdadera guía geográfica de las fiestas y juegos espectaculares de España.

Estos dos conceptos son la base de las llamadas clasificaciones cronológicas o geográficas de las fiestas, y bien claramente se destaca que los dos refiérense a circunstancias o condiciones extrañas al fondo esencial de las mismas y que hay que emplear otro proceso que llegue a la esencialidad de la clasificación y ordenación de ellas.

En España, como en todos los países, pueden corresponder o mejor coincidir en su más completo desarrollo con alguna época histórica, y así las habría prerromanas, incluyendo en ellas las protohistóricas y clásicas de las colonizaciones de todo origen mediterráneo, no sólo griegas, como presumían la mayoría de los autores; otras propiamente romanas o latinas, algunas tal vez del período visigodo, más numerosas las de origen arábigo y ya posteriormente las medievales y contemporáneas. Pero la continuidad y sucesión en diversos períodos es evidente, y, por tanto, muy difícil la fijación

concreta de su cronología. Este hecho se da, por ejemplo, en las americanas, divididas en precolombinas, coloniales o de influencia hispánica y contemporáneas o ya más propiamente criollas, pero allí como aquí la mezcla de diversos orígenes es evidente y no nos da un concepto bien determinativo para la clasificación.

El criterio geográfico es aún menos valedero para la clasificación festera, pues su reparto, como el de todos los hechos etnográficos o folklóricos, está complicado por la mezcla y difusión de diversos orígenes y culturas, por la difícil limitación de las áreas en que se celebran y por una evidente tendencia a la universalidad del origen en muchas de ellas, y en nuestra patria, por ejemplo, es un criterio complementario valedero para establecer regiones y aun comarcas, llegando a veces a poder determinar el foco o punto de aparición de una fiesta o juego.

Hace ya algunos años, en el II Congrès International des Arts Populaires celebrado en Amberes, presentamos un boceto de clasificación, que hoy modificamos y completamos por la continuidad de los estudios y ampliación de los hechos en los varios tipos de fiestas y en múltiples localidades de toda España. La idea rectora de esta clasificación, como hemos anticipado, es la tipología, con los caracteres esenciales tendentes a una determinada finalidad o dedicación de cada fiesta, pues estos son los caracteres intrínsecos de las mismas, antes y mejor que su mera limitación espacial en un determinado lugar o su intercalación más o menos exacta en una época cronológica.

En tres distintas categorías fúndase la toxonomía que distingue el total de las fiestas y las actividades lúdicas. Puede considerarse una primera categoría o sección con las fiestas que iniciaron en lo muy pretérito esas actividades *naturales* de la vida emocional del hombre verdaderamente primitivo, con dos grupos fundados en la admiración y aun sujeción a los fenómenos o actividades naturales del tiempo o del clima, y otro derivado de ellos en un concepto ya más espiritual al

originarse la mítica o creencia precisamente por las interpretaciones populares de aquellos hechos.

El primer grupo dentro de esta sección es indiscutiblemente el nacido de los fenómenos meteorológicos o climáticos, que no aislados, sino seriados o rítmicos en el transcurso del año originan la verdadera unidad de las fiestas estacionales, universales por su mismo origen y presentación y las más ricas en formas, correspondientes cada una de ellas a una diversa mentalidad primitiva, aunque en el fondo unidas todas ellas por la propia unidad universal de esta mentalidad.

Nacidas como aplicación utilitaria y práctica consuetudinaria de esta variación de estaciones, originadora de las fases de la vida de los vegetales y en pequeña parte de los animales, aparecen las fiestas o dedicaciones agrícolas o ganaderas, creadas por los grandes hechos de aquella vida vegetal, floración o fructificación, o la suspensión aparente de la misma en la vida latente o invernal.

Por último, y no es ocasión de plantear aquí el problema de si fueron anteriores o posteriores a las ya dichas, aparecen las fiestas míticas, tal vez inseparables de las anteriores, salvo por la intervención de un espíritu explicativo o trascendente de los hechos naturales.

Más obligados por la multiplicidad y por la variación que por la esencial diferencia de las mismas, establecimos la segunda categoría o sección de fiestas *sociales*, aunque sólo damos este nombre por la estructura superior de los hechos de la sociabilidad, genéticamente existentes en el grupo anterior. Es fácil la separación en tres grupos de estas fiestas sociales: uno el de las que podemos llamar religiosas, continuador de la mítica de la anterior sección, que en nuestro país, por ejemplo, han captado la mayoría de sus manifestaciones en el concreto grupo de las fiestas religiosas cristianas y aun mejor católicas, aunque en ellas perduren hechos y personalidades anteriores y extrañas a nuestra liturgia, y que son precisamente los que dan la acentuación folklórica y por esto llamativa a las mismas.

Por exclusión o atenuación de su carácter precatorio o de canto admirativo, resulta el agrupamiento de las fiestas profanas que realmente no pueden confundirse con las civiles, que se separan de las religiosas en muchos programas y concursos de nuestra tradición festera. En este grupo entran, aunque con su característica particular, las un poco en extinción fiestas críticas o carnavalescas, realmente como tolerancia política o civil y cierta licencia religiosa.

Innecesario es destacar el carácter y la definición de las fiestas históricas, que en realidad pueden acoger las últimas manifestaciones de las antes llamadas guerreras y aun de las particularísimas que pudiéramos estimar como militares, con que el ejército de los modernos Estados suele contribuir a estos espectáculos públicos o generales.

Queda un último agrupamiento, seguramente no muy homogéneo, de las llamadas *fiestas privadas* o *familiares*, que si en las pequeñas entidades de población, como en las aldeas, llegan a tener carácter público, no lo son en toda la extensa complejidad de las entidades sociales y demográficas, porque en realidad quedan dentro del bien definido tipo de las costumbres familiares, con el nacimiento, el bautizo y la boda. Entran a medias aquí y a medias en las sociales las celebradas por niños o mozos y algunas muy particulares que perpetúan hoy remotos usos de ginecocracia o matriarcado, entre las que se conservan principalmente las celebradas el día de Santa Agueda.

Como hay pocos ensayos de clasificación, para comparar con la anteriormente propuesta, bástenos señalar algunos errores, al menos para nosotros, del criterio de alguna clasificación intentada: así, por ejemplo, no generalizando el tipo de las religiosas, como pretenden algunos folkloristas ser el origen de todas las fiestas, concretamos este nombre para las de religiones actuales, y quedan las llamadas totemicas en las míticas por esencia, y primitivas por su cronología. Las guerreras, que destaca muy esencialmente el señor Valcárcel, cultísimo director del Museo de Lima, entran ciertamente en las

históricas, al menos en nuestra península, aunque con las religiosas forman los dos fondos esenciales de origen de las fiestas, fundadas en los dos grandes hechos de la creencia que da la confraternidad humana y de la lucha o separación, cualquiera que sea su causa, motivadora de las fiestas guerreras.

Las llamadas gremiales o de profesiones, pudieran dar nombre a todo el grupo en que se desarrollan las agrícolas y ganaderas fundamentalmente, y como complemento las de otras actividades de trabajo humano, aunque ciertamente es más esencial la derivación o dependencia de las fuerzas naturales protectoras o dañosas, que permiten incluir la mayoría de las profesionales en una derivación de las míticas o estacionales. Claro es que no hay distinción entre las llamadas satíricas por algunos autores y las que nosotros, como concepto más general, estimamos como críticas. Como una secuela de ellas son las pantomímicas, aunque en general en toda fiesta late este carácter. Y por el contrario, no hay asimilación ni pueden formar grupo especial las llamadas fiestas regionales, por lo que hemos demostrado anteriormente.

Geografía de las fiestas

La evidente demostración de la localización geográfica de las fiestas, y más aún de sus elementos constitutivos, que son los juegos, es una realidad que la veremos trazando los mapas de distribución de unas y otros. Vese claro que este reparto espacial es secuencia natural de la variación de tierra y clima, formando esas regiones naturales que han sido complementadas por las humanas, y aun determinado su medio geográfico por terreno, vegetación, luz y calor se une como derivado un medio humano y social por el hombre, las costumbres y tradiciones que crean su historia.

Hay, pues, en el solar nacional, zonas y regiones de fiestas y juegos propios creados por la geografía física y la geografía humana, como las propias regiones etnográficas y folkló-

ricas, que en principio hemos determinado en sus once áreas, distribuídas en tres grandes zonas, y esta concentración en áreas muy generales, se explica porque de todos los elementos de la cultura folklórica las fiestas son los más difusivos e intercambiables, y por ello desbordan la geografía espacial que nosotros llamamos regiones, hasta constituir esas grandes zonas, aunque por antítesis a esta expansión, esencia del carácter grato de las fiestas, podemos señalar verdaderos acantonamientos comarcales y aun locales, que presentan un tipo de fiesta que pudiera llamarse exclusivo o aislado.

La primera de las zonas, propiamente *nórdica*, incluye las tres regiones Galaica, Cantábrica, con Asturias y Santander y Vasca, con parte de Navarra, advirtiendo que no corresponden exactamente a las divisiones políticoadministrativas, pues Galicia y Cantabria desbordan hasta León y Castilla por toda la zona montañosa húmeda y verde que desciende por la solana de la cordillera, hasta las tierras secas y llanas de la meseta del Duero y de la fosa del Ebro, siendo, por el contrario, de área más reducida que sus cuatro provincias la región vasconavarra, ya que por Alava no llega a los llanos y por Navarra no incluye más que el tercio montañoso occidental, pasando el resto a tierras de Rioja y de Aragón.

La segunda gran zona es la *Central*, que en su parte superior abarca León, Castilla la Vieja y Aragón, y en la inferior Extremadura y la Mancha, con lindes tan poco coincidentes con las provinciales y la afirmación de ser León cabecera de una región del Oeste bastante uniforme desde las lindes con Asturias hasta las que señalan, mas que separan Badajoz de Huelva. De análogo modo Extremadura y la Mancha rompen las provincias de Toledo y Ciudad Real e incluye la región manchega a la provincia de Albacete, separándola del artificial reino de Murcia.

Otra precisa advertencia que rige desde lo antropológico o racial hasta estos concretos datos folklóricos de las fiestas, la música y el baile, incluyendo a todos los hechos etnográficos, es la de la existencia supletoria de estas cinco regiones

de la gran zona central de las dos comarcas, nacidas ambas fundamentalmente de la altitud creadora de la vida forestal y pastoril, que son: la zona serrana central, desde Cáceres y Avila por Segovia hasta Soria, y la pirenaica que desde Navarra a Lérida constituye un país homogéneamente típico.

La tercera gran zona es la *Mediterránea*, que se desglosa en tres regiones también de área en reducción respecto a sus límites provinciales, igualmente en la región catalana que en la valenciana o levantina y aun en la andaluza, no exigiendo más aclaración que Andalucía, por los hechos etnográficos y folklóricos, pasa en buena parte a ser levantina, manchega y extremeña, como son aragoneses varios partidos judiciales catalanes, de modo igual al reino de Valencia, que también se reduce por la extensión de la zona manchega en sus tierras altas e interiores.

Dentro de ese croquis general se encuadran los datos de fiestas y juegos y muy concretamente los elementos tan esenciales de ellos como la música, cantos y bailes populares tradicionales, y como simple prueba de estas superposiciones geográficofolklóricas, podían presentarse unos croquis de la distribución de algunas fiestas y juegos.

Las fiestas de moros y cristianos marcan, geográficamente representadas en un mapa provincial, o mejor aún en los antiguos reinos, la perduración del recuerdo de aquellas luchas de la Reconquista; allí donde ésta se retarda o donde fué eficaz la acción guerrera y cultural de los sarracenos, pues son dominantes por su número y su interés plástico en toda Andalucía, el viejo reino de Murcia, todo el de Valencia y entran por Castellón y Teruel por toda Aragón, quedando, sin embargo, fuera de su área y con muy escasos y degenerados motivos toda Cataluña.

Podría, claro es, reforzarse el gráfico de las fiestas históricas con aislados signos que representen fiestas conmemorativas de la lucha contra Napoleón, en ciudades y villas de Cataluña y Aragón y varias otras de toda la zona norte y castellana. Rellénase el mapa con algunos signos de las lu-

chas de liberación de ataques ingleses en Galicia y Vasconia, y aun en la primera, contra la piratería normanda, y complétase con minucias con las conmemoraciones de las luchas con Portugal y de nuestras guerras civiles, amén de algún signo que representara fiestas dedicadas al descubrimiento de América.

Un segundo mapa, que daría lugar al *examen de ingenios* iniciado por aquel nuestro gran doctor Juan Huarte, da el reparto de las manifestaciones de tipo cultural, más que intelectual, por la presencia de improvisadores, poetas o músicos, en cantares, frases y acertijos que desde los *versolaris* vascos se extienden a uno y otro lado de todo el Norte, desde Cataluña a Galicia, bordeando también todo el litoral mediterráneo, con intrusión muy marcada por Aragón, con los cantadores de jota, y cerrando el perímetro peninsular con toda Andalucía.

Es de notar que en Galicia son mujeres las improvisadoras y realmente las directoras de toda festividad de canto y y música popular, hecho que ya destacó el P. Sarmiento como demostración del gran valor de la mujer gallega, que hemos comprobado por datos no sólo de la vida artística, sino de todas las formas consuetudinarias de la actividad y el trabajo en aquella región.

En oposición a estas zonas de improvisadores y repentistas está la de los actores y rememoradores de la producción ajena, que organizan farsas escénicas y repeticiones poéticas por toda la España central, las dos Castillas y León, con la Mancha y Extremadura, dándose la coexistencia de las dos formas de lides artístico-poéticas en Andalucía y Aragón.

Análogos mapas podrían trazarse con la distribución apuntada de las fiestas y juegos de luz y ruido, con los diversos modos de las de fuego, muy característicamente comarcales; la distribución de los juegos físicos de fuerza, agilidad y destreza, tan adaptados al ambiente y a la raza de cada región; los propios juegos y luchas de animales, incluso el de toros, en su manifestación de juegos populares, y, por último, la dis-

tribución de las artes rítmicas, que con música regional, cantos comarcales y bailes castizos tipifican cada una de nuestras zonas, aunque en este punto sólo haya una distribución esencial entre lo andaluz y el resto de España, entre el *cante jondo* y todo lo demás incluído en el gran ciclo franco-italo-hispánico, que con el germano se reparten la característica artística de la Europa occidental, mediterránea y central.

Las unidades y motivos constitutivos de las fiestas

Establecida ya la esencia de la complejidad de las fiestas, no sólo por sus elementos estéticos, rítmicos y plásticos y por la infinita manera de agrupar y utilizar estos motivos, sino por utilizar lo que pudiéramos llamar unidades elementales de las fiestas, que son los juegos en todas sus infinitas formas, multiplicadas por la variación en el tiempo y más aún por la diferenciación en el espacio, a punto tal que podemos decir que cada comarca o país natural tiene un juego propio o determinativo, nacido de la conjunción de la raza en un medio dado y esta duplicidad en una cultura definida y concreta

Una excepción de esta particularidad comarcal puede hacerse en España con los toros, que de un juego natural, por elevación y complicación hase convertido en una fiesta que forma parte de todos los programas festeros en España.

La utilización de los juegos como criterio para ordenar y clasificar las fiestas no puede, sin embargo, aceptarse, pues si bien, repetimos, pueden dar las fiestas un coeficiente particular o distintivo en cada tiempo o en cada lugar, no sirven como reactivo particularizador de cada fiesta, pues fácilmente se ve que se mezclan de tal modo en todas ellas que no hay posibilidad de agruparlas por los juegos que utilizan, aunque sean dominantes, pues los mismos juegos de fuego y luz son manifestaciones de la utilización de un elemento esencial por un criterio mítico o religioso y constituyen, por tanto, grupos de fiestas más que unidades de juegos.

El grupo de juegos intelectuales o de cultura va en realidad desapareciendo en su utilización en las fiestas populares, quedando sólo para las llamadas regionales, en una categoría superior de cultura, que no sólo no utiliza, sino desecha el poeta o versificador anónimo para destacar con verdadera escenografía al ganador de la flor natural, pero estos actos de los juegos florales, muy típicamente regionales, no pueden incluirse en el folklore, quedando, pues, reducido lo que por anónimo tradicional y popular conserva las esencias de lo folklórico. Quedan, pues, en este epígrafe lo que en todo el Norte de España pueden denominarse improvisadores, muy destacados los versolaris del País Vasco, que suelen manifestarse al cantar, haciendo improvisaciones oportunas que son controladas hasta que se agota el ingenio de los contendientes. Esta forma de la improvisión se extiende por los litorales, ya que se presenta en Cataluña, Levante y Andalucía, contrastando con la zona central, de recitado en verso de romances y de formas teatrales primitivas y sencillas.

Tal vez con demasiada laxitud, pueden incorporarse a estos llamados juegos intelectuales ciertas manifestaciones de las artes rítmicas en la música y en el canto y aun los movimientos expresivos que en las danzas o bailes estilizan para algunos la representación del alma regional, coincidiendo en esto con la exagerada supervaloración que se da por algunos fisio-psicólogos a la actitud y al gesto, pretendiendo sustituir a los caracteres raciales de la antropología con estos elementos expresivos de la tipología para formar un grupo nacional que a nosotros más bien nos parece nacionalista.

Fácil tránsito de lo psíquico a lo físico, para nosotros de imposible separación en estas actividades que se manifiestan en una sinergia funcional indisoluble, son los juegos de emulación física, que unas veces lucen la destreza y otras demuestran la fuerza, variadísimos, que corresponden a las aptitudes de cada grupo racial, y con diversificación de ellos por la variación de los ambientes medios geográficos en España, se han multiplicado, destacando lo característico de lo que todo es-

pectador puede ver en las fiestas de las tres grandes zonas, que por estas aparentes minucias de la actividad lúdica popular, pueden distinguirse en el litoral atlanto-cantábrico, separado del mediterráneo por la gran región de toda la España central.

Como distinción entre zonas, podemos citar toda la ladera meridional de la región cántabro-pirenaica, desde León a Burgos, al aparecer perfectamente separada la región montañesa de la castellana por la fiesta de las capeas en esta ultima y el de los juegos de bolos, pelota y otros varios en la primera, marcándose también al extremo oriental de esta zona la región vasco-navarra, destacada por el predominio de los juegos de fuerza que en todas las fiestas de dicho país ejecutan los tipos escogidos de la raza, en el lanzamiento del *barrón*, cortadores de árboles, levantadores de grandes piedras, ganadores en tiempo y destreza de la faena de la siega y tantos otros que demuestran la admiración por la fuerza y la resistencia, que trasladada a la que realizan los animales dan una característica prueba del arrastre de grandes piedras por una o más parejas de bueyes.

No faltan, claro es, en las demás regiones ejercicios de fuerza, pero son más bien admirados por la agilidad y destreza que en ellos se pone, como los andarines de las tierras aragonesas, los saltadores en los pasiegos de Santander, los que forman las torres de hombres en toda la región catalana, los trepadores a las altas mayas y cucañas en ambas Castillas y León y los precursores del boxeo, que ejercitan en los *aluches* de León y en las luchas en toda la región que se extiende hasta Navarra, con mejor demostración en la diestra fuerza que la de los golpes del cosmopolita juego moderno. En total, la tradición de los juegos de estas categorías en España es verdaderamente rica y ya demostrada desde el curioso libro de Rodrigo Caro, que recogió los más típicos juegos en el siglo XVI, así como otros autores en muy escaso número lo han hecho de los posteriores; esta falta de bibliografía no indica relajamiento y pérdida de la gran demostra-

ción vital que son los juegos, aun en las épocas en que parecen éstos más perdidos, como lo demuestra el catedrático y académico señor Ballesteros al decir: «No fué menos distraída ni disipada la existencia del español de las dos centurias anteriores, pero el exagerado influjo de la Inquisición, la crudeza de la intolerancia religiosa y la aparente rigidez de la corte de los Austrias, unido todo a la penuria producida por guerra sin cuento y bancarrotas financieras, ensombrece el ambiente y motivan que no se piense que aquellos hidalgos y los vasallos de entonces también se divertían a ratos, tanto como los payos y majos de la época borbónica.»

Interesantes son en España los juegos de animales, entre o con animales, siempre admirados por las clases populares y especialmente las campesinas al presenciar las luchas entre toros y entre gallos y aún más al admirar la agilidad y destreza de los caballistas, que en Andalucía y Extremadura son insuperados, ya como simples jinetes o en las carreras de cintas, anillas, sortijas, en que al pleno galope obtienen el premio de su agilidad o destreza, o en las grandes *caballadas* que forman parte de muchas fiestas, generalmente de carácter histórico, y aun en las propias cabalgatas, que en Andalucía y Levante son dignas de admirar por su fastuosidad y maestría.

Cerrarían esta sección de los juegos de o con animales, los que más concretamente representan la tradición española, que son las fiestas de toros antes de las corridas, es decir, antes de su organización en espectáculo, tema concretamente tradicional y popular, probatorio de la primitividad de ellas en España.

Un ejemplo típico de fiestas: las míticas y estacionales

Sólo a título de ejemplo de uno de los grupos que creemos muy destacado de las fiestas folklóricas, damos algunos datos muy sucintos del grupo de las míticas y estacionales, aunque sea imposible por limitación del trabajo, completarlas con las

agrícolas, formando la tríada festera más tradicional y general de toda España.

Constituyen las fiestas y los juegos de este grupo las más antiguas y arcaicas diversiones populares, que no dudamos arrancan de las edades prehistóricas en nuestra misma patria, y perduran en formas primitivas en toda el área española, aunque matizadas de diferente modo según la región en que se celebran; a pesar de su adaptación cristiana resurgen sus orígenes míticos o de regiones primitivas, las formas paganas de Roma y del Oriente y las manifestaciones célticas, germánicas y nórdicas, como señalaron hace tiempo los estudios de Costa y otros autores.

Ni aun relato podemos intentar hacer de estas fiestas pueblerinas, que se escapan de la curiosidad del turista y aun del viajero, por la doble razón de su dispersión por pequeñas villas y aldeas y de su celebración en todos los meses del año, señalando exclusivamente algunas muy destacadas y que pueden ser apreciadas por el viajero curioso en su más particular modo de vida.

Fiestas de fuego, agua y ruido

Dentro del gran grupo de las fiestas míticas primitivas y dedicadas a la Naturaleza o creadas por admiración a las grandes fuerzas de ésta, están las fiestas y juegos que, aparte de su finalidad precatoria, admirativa o de culto a esas grandes fuerzas, las utilizan o emplean para adueñarse de ellas o rendirlas tributo, en una manifestación minúscula como humana de las mismas. Por ello las fiestas y juegos de fuego, agua y ruido, esencialmente excitadoras de las más elementales sensaciones de la vista, el oído y el tacto, son de excepcional interés y manifiestan una diversidad tal en su presentación que no ha sido aumentada en número por las jerarquías superiores de la estética, al crear las propias artes rítmicas y plásticas del canto, el baile y la música.

La más elemental fiesta de este grupo es la de las fogatas o las hogueras de los solsticios: el de verano, caracterizado por el de la noche de San Juan, y el de invierno, menos centrado, pues desde la Purísima, en diciembre, a San Blas, en febrero, con una verdadera exaltación en Santa Lucía y San Antón, arden según las regiones estas hogueras, que se anticipan en varias fiestas del Rosario en octubre y se prolongan hasta otras coincidentes con la celebración de las Cruces de Mayo.

Desde el baile en rueda alrededor de la hoguera, los saltos sobre ella dados, el paso bajo arcos de fuego formados por capachos ardientes, las piras constituídas en las poblaciones por los restos del vivir invernizo y de los materiales de trabajo inservibles, y en los pueblos por ramas, troncos y aun árboles enteros, hasta manifestaciones ya de tipo técnico y artístico, como los fuegos artificiales y las tracas, hacen variar al infinito los juegos de fuego, luz y ruido.

Hemos de reducirnos a destacar en este tipo de fiestas populares la muy notable celebrada en la provincia de Soria, divulgada hace años por el señor Iñíguez como rito celtibérico y que no es ciertamente única y menos lo ha sido en nuestra patria. San Pedro Manrique es una vieja villa en decadencia que en la noche de San Juan celebra esta fiesta de fuego, presidida por las autoridades y las Móndidas, que son tres doncellas vestidas de diferente y particular modo la víspera y el día de San Juan, y llevan en la cabeza unos canastillos con pan ácimo y muy adornados, para ofrecer a las autoridades y notables del pueblo; recitan una larga tirada de versos historiando y enalteciendo la fiesta, pero que en realidad no deben ser muy antiguos. Encendida una gran hoguera delante de la iglesia, siempre en el sitio tradicional, se esparcen las brasas, teniendo cuidado de retirar las piedras, y entre la admiración del público y el asombro de los forasteros, pasan lentamente pisando las ascuas hombres del pueblo llevando a otro mozo sobre sus hombros, y atribuyen a gracia particular el no quemarse los allí nacidos.

Son *las fallas valencianas*, celebradas festejando a San José y la terminación del invierno, las que merecen unos renglones, y que constituyen el núcleo de las fiestas primaverales de la capital levantina, que como ninguna otra organiza fiestas en número tal que han permitido publicar una *Biblioteca de Fiestas Valencianas* al señor Carreres Vallé. Organizábanse estas fallas por los barrios, y actualmente en colaboración con los Sindicatos, y nacieron seguramente al quemar todos los residuos del trabajo familiar o gremial al fin del invierno, aunque pudiera admitirse que tienen un origen más remoto, correspondiente a alguna de las creencias primitivas de que hemos hablado.

La transformación en verdadero juego de fuego o fiesta, que pudiéramos llamar social en vez de familiar o privada, y la elevación a un tipo artístico de espectáculo se debe a las Juntas falleras, que actuaban recaudando fondos durante todo el año hasta el momento de su celebración, llegando a crear por el artístico genio valenciano si no siempre fino, sí chispeante, verdaderos tablados de la farsa y de la crítica, en los que con representación de figuras humanas puestas dentro del más adecuado ambiente al motivo de cada falla, se hacían verdaderas sátiras generales o locales, algunas con riqueza de materiales, y que si en varios casos traspasaron el natural derecho de motejar y criticar los hechos públicos en la mayoría de las establecidas en los múltiples puntos de la bella capital levantina, crearon cuadros artísticos de gran teatralidad, rica escenografía y elevado coste; son consumidas por el fuego en la noche de San José, después de su exposición al público en los dos o tres días que transcurren desde la «plantá» o acto de instalarlas.

Lo que sería difícil expresar aquí es la jubilosa y alegre noche de las fallas, en que valencianos y forasteros recorren la ciudad visitando la mayoría de las instaladas, y la bulliciosa algazara que desde que se las prende fuego hasta que terminan los ruidos ensordecedores de tracas y cohetes, al quedar todo reducido a cenizas, llena todo el ambiente de la no-

che primaveral en la ciudad de más continuado espíritu plástico de España; pero sí digamos que el recuerdo de ella es imborrable y que, parodiando al dicho sevillano, bien puede decirse que quien no vió las fallas valencianas no vió fiestas bulliciosas y brillantes.

Revisten el más variado carácter las *fiestas de agua*, desde la rogativa procesional, que es la más corriente, hasta la inmersión de los santos en el río y aun en el mar, como en Almería, o la sustitución de la imagen por un pelele que es arrojado por el puente al río en algún pueblo de Granada, y aun el abandono del santo en el campo, que no era recogido hasta que la lluvia caía, como en Olivenza.

Más corriente aún son las abluciones en determinadas fuentes en la noche de San Juan, principalmente por mozas y solteros en todo el Norte de España, y muy especialmente en la zona de riegos de Cataluña, en que se meten en los brazales del canal. El beber con fervor el agua de otras fuentes estimadas como sagradas, no sólo en dicho día, sino en los de los Patronos del pueblo en que la fuente mana. La inmersión o baño de niños o enfermos, buscando una buena vida o la curación, y la superstición de buscar la suerte o augurios del porvenir en la forma que toma el plomo, la cera u otros materiales fundidos al caer en el agua, en varios pueblos de Andalucía.

Las *fiestas de ruido*, más bien juegos, que se celebran con ocasión de las grandes festividades religiosas: Semana Santa o Corpus, o de las patronales o votivas de cada localidad, son especialmente típicas en todo el litoral desde la desembocadura del Ebro hasta la del Segura, y tierra adentro, por Aragón y por la Mancha, es decir, en la España más soleada, y adoptan dos formas esenciales: la producida por la detonación de explosivos, que desde los cohetes aislados o formando tracas, hasta las bombas detonantes de sin igual riudo, acompañan y son el principal elemento de todas las fiestas en estas regiones, en que puede decirse que es característico el quemar la pólvora y aun el correrla en algunos casos, como

en sus análogos de estirpe de toda la morería desde Marruecos hasta Argelia.

Los otros modos de producir el ruido son variados, pero domina específicamente el de las *tamboradas*, que se verifican en Semana Santa en Hellín y en Albarracín, en que procesiones de tamborileros y tocadores de trompa, formadas por miles de ejecutantes, recorren constantemente las calles desde mediodía del Jueves Santo hasta las tres de la tarde del Viernes, de modo igual a como lo hacen en múltiples localidades y muy especialmente en Tobarra y Jumilla, en la misma región murciano-manchega y en Híjar o Alcañiz, en Aragón, siendo tan estruendoso el ruido, que salen de dichas localidades algunas personas que no pueden soportarlo en tal tono y tan seguido.

Fiestas estacionales

En realidad, la generalidad de las fiestas agrícolas pertenecen a este grupo, pero le limitamos a las que representan una tradición o costumbre derivada de civilizaciones primitivas y culto naturalista a los fenómenos de cambio de estación o del desarrollo de la vida.

Someramente indicadas las de los solsticios de verano e invierno en las del juego, señalaremos las que conservan más originalidad y tipismo, a la cabeza de las cuales figuran las fiestas del mes de mayo, llamadas también *Mayas* y *Mayos*, y derivación manifiesta de las Mayunas del paganismo y con tan clara tradición en España saludando a la entrada del buen tiempo, según se menciona en la trova de Alfonso IX, así como en las *Cantigas* de Alfonso el Sabio: «Bien vengas, mayo, trayendo bô bras.»

Es signo general de estas fiestas la colocación de un alto mástil o árbol desbastado para realizar el juego de la cucaña, concediendo al que con fuerza y destreza asciende por ensebado palo y retira el gallo, dinero o frutos que representa el galardón.

Plantado el Mayo en la plaza del pueblo inicia la fiesta, que a veces suele durar todo el mes o al menos la primera quincena del mismo, pues, ya Guzmán de Alfarache decía: «Tanto duran las Mayas como Mayo», debiendo señalarse que esta costumbre es castellana, extremeña y serrana, es decir, de toda la España central fundamentalmente, que no se presenta en Galicia y que es rara en Cataluña y todas las comarcas mediterráneas y andaluzas.

Cierto es que la cucaña se erige no actuando como en mayo, pues en Castilla se planta para los juegos que se celebran por los agosteros al final de la recolección; en la Mancha, al fin de la vendimia, y en otras regiones, al dar por terminadas sus principales cosechas.

Es también llamada «maya» una niña o jovencita que no sólo en Andalucía, donde es más dominante la tradición, sino en Extremadura, todo el centro de España y algunas regiones del Norte, figura vestida de blanco y coronada, iniciando así la costumbre del culto en el mes de María, pero conservando curiosas reminiscencias que no podemos ni apuntar, como esa petitoria en que postulando las niñas recogen para la fiesta o para el culto, cuando no para ellas mismas, al transeunte, como ocurre en Toledo y algunas localidades catalanas y andaluzas y en el propio Madrid.

De esta fiesta, con originales cantares de mayo que en Galicia recita un coro de niños, contestando a un solista adornado con hinojo y en la Montaña santanderina y en Extremadura rondas de mozos, que el último día de abril inician sus conciertos, alternando los dedicados a las solteras y a las casadas.

Destacamos como una de las pocas monografías publicadas en España con motivo de las fiestas, el libro metódicamente erudito de E. Mele y González Palencia *Las Mayas*, Madrid, 1944.

Ya como plena festividad católica está la de la *Cruz de Mayo*, como ocurre en Lara de Verín (Orense), en que el núcleo de la fiesta le constituye el grupo de mujeres hilando

y de hombres con arada, declarando así el origen agrícola de la misma, o en Caravaca (Murcia), que en sus fiestas intercala la lucha de moros y cristianos, con las ceremonias de la bendición de las aguas, en las que se inmergen para su curación muchos enfermos, y del vino, mediante el baño de las reliquias, que se mezcla después en odres con el vino corriente y sirve para bendecir las lloras, repitiéndose la fiesta el 14 de septiembre, exaltación de la Santa Cruz.

Señalaremos de estas típicas fiestas religiosas la de Liébana (Santander), con la adoración del Lignun Crucis, bajándole en procesión desde el antiguo monasterio de Santo Toribio a la villa de Potes.

El culto a la cruz crea las fiestas de San Miguel in Excelsis (Sierra Alarar, Navarra) y las que durante todo el mes embellecen con sus adornados altares las calles de Málaga, así como los actos puramente religiosos en los innumerables Cristos y cruces que por toda España son objeto de veneración o a las improvisadas cruces de flores que en Valencia y Granada, espléndidamente adornadas en los barrios populares de ambas capitales.

Indiscutiblemente, secuelas de las anteriores son las innúmeras fiestas agrícolas, que con múltiples facetas y variaciones celebran todas las comarcas españolas, repartidas en todos los meses del año, aunque predominen en los otoñales, pues se anticipan desde las dedicadas a las flores en primavera a las de la recolocción de la aceituna en pleno invierno.

Escribimos este artículo para la Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, con el fin fundamental de ofrecer una guía metódica para el estudio de las fiestas y los juegos populares, para cuantas personas de buena voluntad y de espíritu de observación, movidas por el natural amor a la comarca o a la región, puedan recoger datos que salven el protocolo festero de España, evitando no sólo la pérdida, sino hasta el recuerdo, ante la invasión de formas cosmopolitas que borran las evidentemente nacionales.

Luis de Hoyos Sáinz

¿Es de origen mítico la "leyenda" de la Serrana de la Vera?

Don Ramón Menéndez Pidal y su esposa doña María Goyri, publicaron hace tiempo una hermosa edición de la comedia de Vélez de Guevara *La Serrana de la Vera* (1), a la que siguen observaciones y notas llenas de interés, como debidas a la pluma de tan grandes autoridades. Apenas hay en ellas, sin embargo, alguna indicación acerca de los orígenes de la historia que sirvió de base para los romances y las otras obras literarias que tan cumplidamente estudian; hay que reconocer —no obstante—que una de las observaciones que hacen sobre el particular está llena de hondo sentido y es base sobre la que nosotros vamos a plantear una investigación: «Se ha dicho que la leyenda de la Serrana (de cuyas manifestaciones populares hablaremos después) tiene un fundamento histórico. Los escritores extremeños creen que el nombre que Vélez da al seductor de la Serrana, don Lucas de Carvajal (v. 58), tiene un valor histórico, pero esta creencia carece de fundamento» (2).

Don Vicente Barrantes (1829-1898), erudito autor de libros y folletos muy curiosos, fué el principal defensor de la historicidad del tema de *La Serrana*... En 1871 publicó un traba-

(1) Teatro antiguo español. Textos y estudios. J. Luis Vélez de Guevara: *La Serrana de la Vera* (Madrid, 1916).

(2) Op. cit., pág. 130.

jo en el que quería demostrarla a toda costa (3). Esta tesis la defendió, después, otro investigador, extremeño como el anterior, don Vicente Paredes, que creyó encontrar el nombre de La Serrana. Pero en su obra *Orígenes históricos de la leyenda «La Serrana de la Vera»* (4), dicen Menéndez Pidal y su esposa que no supieron hallar nada que tenga relación con dicha leyenda (5). A mí me ha pasado lo mismo.

Los escritores extremeños, siguiendo un criterio muy común entre los eruditos regionales, han sido muy evhemeristas al tratar el tema. El pueblo, antes que ellos, lo fué también. Aquí está, a mi juicio, la clave del problema que planteo. Para mí no hay duda sobre la verdad de la siguiente proposición: *El tema de la Serrana de la Vera no es un tema histórico; se trata de un tema mítico que ha quedado en el folklore de una región bajo formas especiales, pero del que se pueden encontrar también vestigios en el folklore de otras partes. Los romances y las comedias basados en él no son sino una elaboración final del tema por un pueblo con tendencias evhemeristas, a través de la cual se ven muchos de los elementos míticos primitivos, que se podrán fijar mediante otros testimonios de carácter típicamente folklóricos, que deben buscarse en las localidades donde se dice que ocurrió el hecho.* Esta proposición se defiende e ilustra en las siguientes líneas.

Hasta el momento en que se publicó la edición citada de la obra de Luis Vélez de Guevara se conocían 21 versiones de un romance popular que trata de la Serrana de la Vera. Estas versiones eran: unas del siglo XVII, otras del siglo pasado y otras actuales, recogidas en la tradición oral de toda España (6). Comparada con estos romances la comedia de Vélez de Guevara, escrita a lo que parece en 1613 y no en

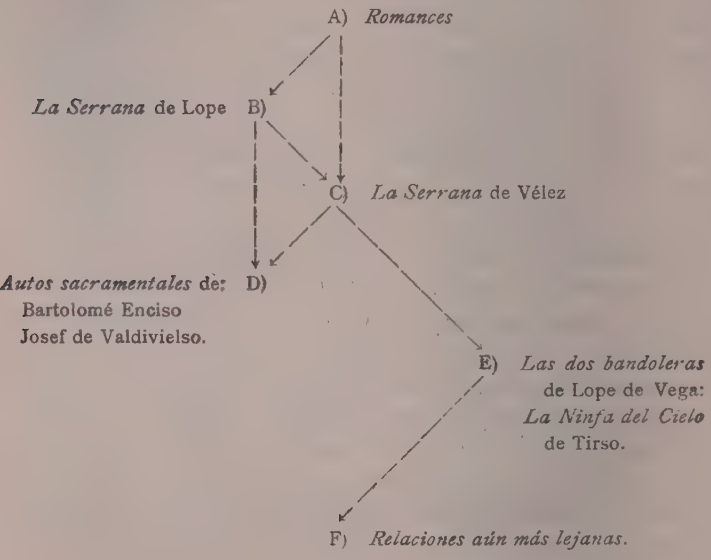
(3) Vicente Barrantes: *La Serrana de la Vera* en «La Ilustración de Madrid», año II (1871), págs. 19-22, 35-36, 50-51, 71, 90-91, 103-106, 114-117.

(4) Plasencia, 1915.

(5) Op. cit., pág. 130, nota.

(6) Menéndez Pidal, op. ct., pág. 134-135.

1603, guarda mayor fidelidad «tradicional» que otra de Lope de Vega, titulada también *La Serrana de la Vera*, escrita antes de 1603. Del estudio comparativo de los romances con las dos comedias y otras piezas literarias se puede llegar a establecer esta serie de relaciones y derivaciones (7).


A) *Romances*
La Serrana de Lope B)
C) *La Serrana* de Vélez
Autos sacramentales de: D)
Bartolomé Enciso
Josef de Valdivielso.
E) *Las dos bandoleras* de Lope de Vega: *La Ninfa del Cielo* de Tirso.
F) *Relaciones aún más lejanas.*

En primer lugar hay que colocar a los romances, sin género de duda. Los romances son la expresión literaria más vieja de la tradición. Pero con todo ya corresponden a una fase muy tardía: fueron hechos, sin duda, tomando elementos determinados de ella, dejando al margen otros. En las tradiciones recogidas del pueblo en la época actual no nos chocará, como folkloristas, que se hallen elementos anteriores a los que aparecen en los romances.

Así, pues, tendríamos que añadir al esquema anterior y colocar—aunque pudiera parecer paradójico—«antes de los ro-

(7) Op. cit., págs. 131-151.

mances y de las comedias del siglo XVII», como fuente de toda, a la tradición folklórica actual, rompiendo como siempre con el criterio unilateral y progresivo que tienen la mayor parte de los historiadores. Debemos de hacernos la cuenta de que en la Extremadura actual tienen que hallarse datos *más antiguos* que los que nos dejaron autores de hace trescientos años. Pero yo ahora estoy imposibilitado para demostrar la verdad de esto. De todas suertes, tomando como punto de partida los romances, de los que hay variantes muy notables y dignas de tenerse en cuenta, puedo señalar unas pautas a los folkloristas regionales para que comprueben o nieguen mi proposición.

Con un simple examen de los romances y de la tradición oral recogida en la edición citada, obtenemos la lista de rasgos siguiente como característicos de «La Serrana»:

1) Es una mujer selvática, que vive en la sierra.

2) Rubia, blanca, de ojos negros y gran belleza.

3) Carácter viril y cruel.

4) Cazadora.

5) Reside en un antro, cueva o espelunca.

6) A todo hombre que encuentra lo seduce, lo lleva a su vivienda y lo sume en un estado grande de erotismo.

7) Después de gozar con amantes así escogidos, los mata, arrojándolos por un precipicio.

Es una mezcla de sensualidad y de odio, muy generalizada en el folklore.

Entre las tradiciones populares particulares a ella referentes, son dignas de tenerse en cuenta:

1) La que la hace hija de una yegua.

2) La que le atribuye el transporte de grandes masas de piedra de un lado a otro.

3) La de la permanencia de la huella de sus pies sobre piedras determinadas.

Aun, en la comedia de Vélez, hay que considerar los ver-

sos 2.707-2.709, en los que Pascuala, indicando la idea que tienen en el pueblo de la Serrana, dice:

«..... y el cura
como ñublo te conjura
a la puerta de la ygrexa» (8).

La simple enumeración de estos caracteres parece que es suficiente para inspirar algunas ideas sobre el origen de la leyenda, y es chocante que los escritores extremeños no hayan ido más allá de su cándido evhemerismo o historicismo. En la mitología general—si es que no podían usar el folklore europeo más particularmente—hubieran encontrado leyendas parecidas a la de la Serrana, o por lo menos fragmentos o elementos de ellas. Divinidades o figuras míticas de carácter silvestre, viril, crueles y eróticas a la vez, a las que se atribuían acciones terribles, son frecuentes. Descubrir esto desde un punto de vista general, comparativo, hubiera tenido importancia, hubiera sido suficiente en un principio; pero ahora podemos usar un material mucho más curioso, podemos usar el material folklórico español, para demostrar que «la Serrana de la Vera» es el último avatar de una vieja divinidad de las montañas. En el País Vasco, por ejemplo, se han estudiado los vestigios de un mito antiguo, el de «Mari», numen de las montañas y de las tormentas, residente en cuevas misteriosas, que me parece estar en alguna relación con el «mito de la Serrana». Pero ahora dejo la palabra a los colegas extremeños.

JULIO CARO BAROJA

(8) Op. cit., pág. 100.

Temas de Asturias

EL AGUA

La fe del refrán es ésta:
—Agua pasada, no mueve molino...
O lo que fué y no es, como si no.
—Agua de mayo, pan para todo el año.
—Agua de San Juan, quita vino y no´da pan.
—Aguas frías y nordeste, la sardina desaparece.
—Por agua del cielo no dejes el riego.
—Niebla en picu, agua en focicu.
—Primero le falta el fíu al padre que el agua al aire.
—Agua corriente, no mata gente.
—Agua parau, no mata ganau.
—Agua blandia en peña dura, tanto da fasta que fura.
Y este refrán anótalo Correas como de Asturias también:
—Agua que corre, nunca mal culce...
E interpreta:
—Culce = coge (1).

LAS FORMAS DE LA PALABRA

Este es cantar antañón:

Sin el agua de la fuente
lleche, fabes y un gochín,
anque bona salú cuente,
non pasa delgún vecín...!

(1) Vocab. Ed. Acad. 16.

Y la de agúa es palabra femenina que se halla así alguna vez:

Para qué madrugas tanto,
morena, a lavarte al río,
si sabes que lo moreno
no se quita en agua «frío»?...

Es lo de «agua parau...», etc., etc.

En tierras de Occidente dicen *auga*, y advierten así en el Franco:

Cuando ruxe el mar en Santa Gadía,
hay auga al outro día... (2).

Y en tierra del Sur es ágoa... Dicen de los criados en Teverga que no cesan de pedir:

—¡Agoa, Dios, y venga mayo,
que toy ajustau por año!...

Por año: hasta mayo mismo.

Y ágoa para quedarse en la cocina comiendo la sopa boba...

Pero a bien que los amos les responden:

—¡Agoa, Dios, y mayo venga,
que llueva lo que llueva has de ir por leña!...

Allá por Andalucía andaba de este modo este negocio en boca de los boyeros:

—¡Agua, Dios, y venga mayo, que pan tenemos!...

¡Y tenían media libra!

Andaba de este modo este negocio por los tiempos de Correas, quien a sus veces lo explicaba así:

«En Andalucía se cogen los boyeros desde San Miguel hasta mayo, y desean agua para hierba y buen tempero y por mayo coger la ganancia y volver a ganar otra soldada de más cuantía...» (3).

Y, ¡ay!, la intención era otra...

(2) M. Fernández y Fernández: *El Franco y su Concejo*. Luarca, 1898, 107.

(3) Vocab. Loc. cit.

En Asturias comparan de esta suerte:

—¡Más claru, agua...!

Está bien...

Y llaman «agua mansa» al individuo que da una puñalada en cada arrullo y «agua gorda», por la costa, al creciente de mar en su apogeo.

Y he aquí un «grito alarmante»:

—¡Agua...!

¡Está mal! Es grito de rapazuelos; dice la aparición de un polizonte. Se suelta donde haya un grupo que esté en ebullición de travesuras, y no queda rapazuelo que no desaparezca en el instante. La cosa es general, al parecer. Esto de «un grito alarmante» ya lo dijo Pereda, verbigracia (4). Y ayer se cantaba así:

No importa que haya justicia,
ni aguaciles, *ni miñones,*
para las malas cabezas
y atrevidos corazones... (5).

—¡Agua...! ¡*Aguacil*...!

Y eso es todo.

Una reminiscencia de los tiempos en que eran los alguaciles los que cuidaban la calle.

Y hay niños que disimulan; no dicen «¡Agua...!» sólo; dicen más:

—¡Agua, agua, que se quema la fragua...!

Y es el caso que Correas también da esta expresión como famosa por el siglo XVII. Y en estribillo de entonces había esta expresión idéntica:

—¡*Agua, dadle agua,*
que el fuego está en la fragua...! (6).

En fin, ¡cosas de rapaces!

(4) *Tipos y paisajes*. Madrid, 1920, 211.

(5) *Revista Crítica de Historia y Liter*. Madrid, 1901, 72.

(6) Una colección de pliegos sueltos, en *Rev. Arch., Bibl. y Mus.*, XXXI, 259.

LA SUPERSTICION DEL AGUA

Y Píndaro cantó así:

—El agua es el primero de los bienes... (7).

Dijo mucho, y aún es poco... En Egipto opinaban otro tanto, y aún pensaban de las cosas que sólo subsistían por el agua. En épocas especiales llevaban los sacerdotes un vaso lleno de agua, con adornos, solemnemente a su templo, y allí se echaban en tierra, y levantaban las manos, y dábanse a clamar con devoción:

—¡Gracias por este bien que nos hiciste...!

Y hablaban con Dios así... (8).

¡El bien del agua en los labios...! ¡El bien del agua en las fuentes...! ¡El bien del agua en las tierras...! De las primeras cosas que vió el hombre, aun en sus tiempos más negros, fué el bien que le hace el agua a la salud. ¡El agua, gran medicina...!

—Hay aguas que aprovechan a los nervios—decía Plinio con asombro en su enumeración alucinante de fuentes maravillosas—. Hay aguas que aprovechan a los nervios y hay aguas que a las caderas... Las hay que curan fracturas y las hay que remedian luxaciones... (9).

Y ya recetaba Celso:

—¡Para debilidades de cabeza tomad duchas en verano...! ¡Para padecimientos de garganta haced gárgaras frecuentes...! (10).

Todo esto debía ser a aquellas horas medicina popular, ya llegada hasta Celso y hasta Plinio de remotas experiencias. Todo esto lo supo Asturias. Y el agua, el primer bien, pero eso es poco. Ayer era más aún. Incluso en lugares de

(7) *Olímpicas*. Ed. Aimé Puech. París, 1931, 26.
(8) *Vitrubio*. Pref. lib. VIII.
(9) Lib. XXXI, C. III.
(10) Lib. I, IV, V.

hoy el agua es un ser vivo, ese es el quid. Un ser vivo—como el fuego—que lo oye todo, que lo entiende todo y que obra en todo prodigiosamente, según su mucho poder. En lugares de Orense, verbigracia, incluso duerme a la noche, y quien tiene valor para beberla tras las doce de la noche se expone a que le haga mal. Cuando va a amanecer ya es otro cuento: ya está despierta, ya actúa... Tomada de siete fuentes cuando va a amanecer da larga vida (11). Y esto ya lo olvidó Asturias, pero lo supo también. Es un secreto que entrevió hace siglos, al sorprender a las xanas, bajo la luna mimosa, tendiendo cadejos de oro en la serenidad de las praderas, mientras la fuente se duerme con un leve respiro de murmullo... ¡Ah, sí!... Y Asturias prescribe:

—Hay aguas que aprovechan a los nervios... Y hay aguas que a los riñones, y hay aguas que a la garganta...

Y aún receta a cada paso:

—Son muy buenos fomentos de agua hervida para una herida cualquiera.

—Guarda en botellas la nieve, que el agua que se logra de este modo remedia las quemaduras.

—Pon agua a serenar para lavarte, que eso hace el cutis muy fino.

«Pon agua a serenar...» Fué una costumbre; quizá antaño en toda España no hubo mujer bonita presumida que no se atuviese a ella Rojas Zorrilla la registra así:

—Pues dime, Beatriz, anoche,
¿a quá abriste mi balcón
a más de las diez...?
—Repara
que en eso no hay que culpar,
porque puse a serenar
el agua para la cara... (12).

Y el recetario de Asturias sigue su relación maravillosa:

(11) F. Bouza Brey: *La Mitología del agua en el Noroeste hispánico*. Coruña, 1942, 13.

(12) *Donde hay agravios, no hay celos*. B. A. Esp., LIV, 150.

—La mocita que se lava en determinadas fuentes lava también sus malos pensamientos.

Y dice así en apotegma:

L'agua de Saltarúa
jai la xente aguda...

Y dice así en una copla:

Si quieres cantar bien, niña,
y tener voz de clarín,
bebe agua de Covadonga
cogida en el calderín...

Y la Fontica de Oviedo tenía en su frontispicio esta inscripción:

El que de esta agua bebiere,
en un siglo no se muere...

¿A qué seguir?... No hace falta. La Asturias de hoy aun no olvidó estas cosas, pero aun no olvidó tampoco, para desgracia suya, con frecuencia, otras que le adscribe al agua de nocividad frecuente, pura superstición a cada paso, enraizada en conceptos de la más tenebrosa antigüedad:

«Para curar quemaduras hay que echar en siete aguas diferentes un pedazo de tocino. La séptima las cura, si las moja.»

«Para curar el catarro hay que medio cocer varias patatas, sin que se les eche sal; hay que sacarlas del agua y hay que beber el agua varias veces.»

«Para curar la sarna hay que beber... Hay que beber el agua en que se cueza la espina de una culebra, ya sacada del agua tal espina...»

«¡Y hay que beber asimismo cuando se quiere combatir un cólico! Hay que beber el agua con ceniza que precise el tratamiento» (13).

Se cura la pulmonía con sarro viejo que se tome en agua. El agua con ceniza en pediluvios cura el dolor de cabeza.

(13) D. José Villa, médico. Cangas del Narcea, 1927.

Con siete buches de agua cesa el hipo. La retención de orina se combate cociendo nueve cebollas y bebiéndose el agua en que se cuezan en las dosis que se fijen... (14).

¿Dónde se pone el misterio de estas singularísimas virtudes? ¿En el tocino, en la espina, en la ceniza, en el sarro...? Lo hay en todas estas cosas; lo hay en el número siete; lo hay con frecuencia en los detalles mismos que exige la operación. Se cuecen nueve cebollas para curar la retención de orina, pero hay que contar con diez. Se cogen diez y se desecha una; es detalle de ritual. Se cura la mudez con agua a pasto, si se ha metido en el agua una moneda de plata según las condiciones de rigor... La moneda, isabelina, ha de ponerse al rojo previamente en un rescoldo de leña, echándola cara al fuego para que no le dé por el escudo. La mudez, en este caso, tiene que proceder de una parálisis, y el agua ha de tomarse nueve días; lo manda el ritual también. Se curan las heridas asimismo lavándolas diariamente con agua que tenga sal, pero exige el ritual en este punto que no se saquen las manos y que las envuelva el agua mientras que se realiza el lavatorio... El misterio está en todas estas cosas (15), y aún más en el agua misma. El agua, sólo con verla, ya en casos especiales hace bien; la medicina popular prosigue en su recetario clásico:

«La ictericia se remedia con sólo ver el agua deslizarse en las márgenes de un río...»

EL CUENTECILLO DEL AGUA

Y sí, el agua el primer bien. Lo dijo Píndaro antaño, y hogaño lo repiten en Asturias gran número de personas: Luis de Sardaya, Xico de Tereñes, Manín de Celorio, etc.

(14) La Machina vieja de Cangas de Onís, 1926.
(15) J. L. Dóriga: *Medicina Popular*. Gijón, 1890, 24 y 21.

Y el hombre quizá pase sin el agua, pero la tierra, ¡imposible! La tierra seca se muere, y—lo más grave de todo—también hace morir a los demás...

No hay que extrañarse, por tanto, de que en los rezos de Asturias a cada dos por tres se pida así:

—¡Señor, agua...!

Y es lo lógico.

Luis de Sardaya, Xico de Tereñes y Manín de Celorio, verbigracia, lo tienen por muletilla. Llueva siempre lo que llueva, nunca tienen bastante, al parecer. Baja el agua en diluvios, por ejemplo, de tal lunes a tal lunes; el martes cesa el agua, sale el sol, y el miércoles por la tarde ya están los tres susodichos, que parecen tres ánimas benditas:

—¡Señor, agua...!

¡Vamos, hombre!

Esto de «¡Vamos hombre!»..., es cosa seria; esto lo dijo San Pedro. San Pedro ya se cansaba de que se le metieran cielo adentro tantas súplicas de Asturias pidiendo siempre lo mismo. Por otra parte, le inquietaba el caso. Los campos eran pendientes, el roquedal era grande, el grosor de la tierra era minúsculo... ¡Ah, sí!... ¿Quién podía saberlo? A lo mejor Manín, y Luis, y Xico, tenían toda la razón... La verdad es que lo pasaban mal. Nunca llenaban el hórreo, y unas veces por fas y otras por nefas, su vida de labradores no era más que un rosario de quejumbres. Había que hablar al Señor, había que defender la santa causa de los paisanos de Asturias y había que regularles a conciencia las cuestiones del tempero. En fin, San Pedro era un santo, y a quien Dios se la diera, ya se sabe, él se la bendeciría...

Pues bien, la cosa fué así:

—¡Señor, esos paisanos, ya los oyes, que quieren agua otra vez! Dicen que si el verano va muy seco y temen por la pación...

Pero estaba el Señor muy distraído con otras cosas más graves y no respondió de pronto. Tuvo que insistir San Pedro con toda su elocuencia paternal. Sí... Bien... Los paisa-

nos, eso... Eran impertinentes con frecuencia y pesados con frecuencia... Con frecuencia también, no iban a misa, y si podían venderle un kilo de habas por una maniega de oro se la vendían a su padre con la mayor tranquilidad del mundo. ¡Sí, sí, de acuerdo, eso sí...! Pero había que tener misericordia... También los mayordomos muchas veces... Y las contribuciones muchas veces... Y el temporal muchas veces... Y luego, que piden agua cuando lo necesitan los plantíos. Y como generalmente en el cielo hay tantísimo que hacer...

—¡Pedro...!

—¡Señor...!

—¡No sabes lo que dices!

Pero aún San Pedro se atrevió a insinuar:

—Señor, si vos me dejarais, yo podría administrar el sol y el agua para los paisanos todos. Ellos quedarán contentos, y ese es un Negociado que me gusta...

—¡Ah! ¿Sí...? Pues, anda, ¡ya es tuyo!

Y el Señor sonrió con placidez.

¡Bueno, pues fué el acabóse! La tropa de los paisanos, Luis de Sardaya, Xico de Tereñes, Manín de Celorio, etcétera, no acertaban a hablar, de tan contentos, cuando supieron la cosa. ¡Ahora sí que iba a ser ella!... ¡Ahora sí que las fincas se pondrían francamente rozagantes, y ahora sí que habría gozo para todos, a la hora de cosechar!... La cosa comenzó así:

—¡Agua, San Pedro!...

Y empezó a llover.

Pero, ¡ay, amigos, qué lluvia!... Era una lluvia a cántaros terribles, que no cesaba un momento, y que duraba un día, y otro día, y otro día, y otro día... Los paisanos tuvieron que juntarse para estudiar el asunto, porque, con otro día que siguiese, se les pudrirían las habas. Las mujeres, sobre todo, daban unos suspiros tremebundos, cuando pensaban en ellas...

—¡Ay, Señor, eses fabines!...

Pero no se pudrieron, ¡cómo qué!... Las juntas pidieron

sol. La consigna de las juntas se limitó a pedir con ansiedad:

—¡San Pedro, sol!...

Y el sol fué.

Vamos, que se arregló todo, que ya no hubo tropiezo desdesde entonces, y que San Pedro en persona administraba el sol y daba lluvia a gusto de los paisanos. Ellos se los reclamaban; ellos los dosificaban; ellos no se cansaban de decir:

—El mundo taba muy mal. Dios descudíábalu un pocu; pero desque San Pedro lu gobierna, ¡tó marcha a pedir de boca!

Y la boca:

—¡Agua!...

Y agua.

Y la boca:

—¡Sol!...

Y sol.

Aquel año fué terrible; no se cogió una brizna de cosecha. Los paisanos estaban que bramaban, y San Pedro, ¡no se diga!... Le dió una vergüenza al pobre, que sólo en noches muy negras iba a la portería celestial. Pero, ¡ay, que hasta el cielo mismo se elevaba el clamor de los paisanos, más profundo cada vez! Y se decidió San Pedro, y fué al Señor y confesó su falta:

—¡Señor, yo no lo comprendo!... Yo les daba las cosas a su gusto, exactamente a su gusto...

E interrumpióle el Señor:

—Pedro, es que ellos no lo entienden, y es que tú no conoces estas cosas. Ellos te pedían agua, y se lo dabas, y sol, y se lo mandabas. Y como nunca te pidieron viento, tú nunca les diste viento, ¡que es necesario también!

DE LOS PELIGROS DEL AGUA

Hay más que el agua, por ende, y aun teniendo valor para beberla—y habla Manín de Celorio—, no se debe beber sin miramiento. Un pueblecito, Riofrío de Avila, del que andan por esas calles toda la vida y milagros en sus tiempos de anteayer, opinaba lo mismo que Manín; aun siendo el agua gran cosa, para beberla hay que tener valor... Había un señor en este pueblecito que todas las mañanas, por costumbre, se echaba un vasazo a pechos. La gente se estremecía:

—¡Jesús!...

Y se santiguaba.

El señor en cuestión dejó unas notas con la observación siguiente:

—Aquí hay muchos que presumen de no catar el agua en todo el año... (16).

En todo el año: está bién; pero los pueblecitos que a estas horas presumen de igual hazaña, ya no se pueden contar. Verbenean en el mundo; se extienden a estas horas por el mundo hasta el último rincón. Los hay que beben cerveza, y los hay que beben vino... Los pueblecitos de Asturias, además de estas cosas, beben sidra.

Sí, beben sidra, es verdad, pero no debe creerse que la ley general pide botellas sin porqué ni para qué. Es cierto que abunda el «chigre», con vino y sidra, y con cerveza y caña... Es cierto que en varias zonas el alcohol causa estragos de verdadero drama doloroso, y es cierto que aún hay quien piensa como el tío Malverde de Luanco:

¡Mi novia ya no me quiere
(¡Ay de la mar saladita,
ay de la mar!)
porque bebo mucho vino!

(16) «Azorín»: *Un pueblecito. Riofrío de Avila.* Madrid, 1927, 149.

No hago caso de mi novia.
(¡Ay de la mar saladita,
ay de la mar!)
¡Tabernera, echa un cuartillo!

Esto es la excepción, no obstante. En la ley general se toma a veces una botella de vino o una botella de sidra, cuando se tiene un huesped, cuando hay fiesta, cuando se celebra algo... Después, agua nada más. Y agua en todas las comidas, aunque haya quienes presuman de que en el año entero no la catan...

Pero aunque el agua es tan buena, no se debe beber sin miramiento. Incluso en el mismo vaso, si se derrama, profetiza lágrimas, e incluso para cogerla conviene dedicarle esta oración:

Aquí me pongo humilde
con tan grande acatamiento,
como el sediento a la fuente
y como el enfermo al médico... (17).

Pero aun en la misma fuente puede tener «gafura» y hacer mal. Los niños, para evitarlo, dicen una porción de formulillas, según las localidades y según las variantes de costumbre:

Jesucristo hizo el vino,
Santa María hizo el agua...
¡Si hay alguna gafura,
de un soplón que se vaya!

Y en vez de un soplón, dan tres (18).

Así, la formulilla en otros partes exprésase de este modo:

Jesucristo dijo al vino,
Santa María dijo al agua:
—¡Si tién alguna gafura,
de tres soplidos se vaya!

Y dice otra formulilla:

Por aquí pasó Dios,
por aquí pasó la Virgen...

(17) Doña Josefa Santovesia. Vivaño. Llanes, 1926.
(18) Doña María González Fernández. Olloniego, 1930.

¡Si el agua es mala,
que la gomite !...

Y la siguiente también:

¡Por aquí pasó Jesús,
con tres veles y una cruz,
y me dixo que bebiera
toda el agua que quisiera ! (19).

En las fuentes de Navia se echa pan—con una miga hay bastante—y se dice a la miga este conjuro:

¡Faraguyina,
vete al fondo,
y si hay veleno,
tápalo todo !...

Y lo tapa o lo absorbe, que es igual.

LOS ESPIRITUS Y EL AGUA

Se sabe que los muertos tienen sed. Por ello el dedicarles libaciones; por ello, en tiempos lejanos, el llevarles bebidas a las tumbas...

Tienen sed, pero el día de difuntos se sacian a voluntad, porque se van a sus casas y beben en las herradas para dos o tres meses, cuando menos...

Los espíritus, no obstante, no andan con el agua bien. En regla general, puede decirse que la temen demasiado, y sábese en Asturias de sus penas cuando tropiezan un río, por el romance del alma que iba a Santiago en peregrinación:

Por donde el alma pasaba,
la tierra se estremecía.
Arrimóse un caballero
a la ventana y decía:
—Si eres cosa del demorgo,
de aquí te esconxuraría;
si eres cosa deste mundo,

(19) Pilar Canto: *Sardaya*. Ribadesella, 1925.

dirásme lo que querías.
—Non soy cosa del demorgo;
conxurarme non debías:
soy un alma pecadora
que para Santiago diba;
hallara un río muy fondo,
y pasarlo no podía... (20).

Al sacar un cadáver de una casa, cuando se levanta el féretro, se echa sobre éste, por debajo de éste, o bien agua de Colonia, o bien agua de azahar. Para justificar esta costumbre de los rincones de aldea advierten las mujerinas:

—¡Ye para que no se note el mal olor!...

No hay mal olor, sin embargo, en el 90 por 100 de los casos susodichos, y el cuento no es por eso, es por lo otro... La costumbre pasó a Cuba:

—En Cuba, en tiempos lejanos, cuando salía un entierro de una casa, había que regar la calle. Se hacía esto inmediatamente y se explicaba el porqué:

—Hay que alejar al difunto; puede darle el capricho de volverse para llevarse algún vivo, y el agua se lo prohibe.

Y la explicación aún:

—El agua equivale al «mar» (21).

Para él equivale al mar; no hay modo de que pueda atravesarlo. La costumbre llegó a Cuba de cualquier punto de España, si entre sus concepciones primitivas no se hallaba ésta también. Cuando muere una persona lejos de su residencia, entre los tipperahs de Chittagong, quieren que vuelva su espíritu... Los tipperahs no son gente que se llenen de miedo por tan poco. Quieren que vuelva su espíritu, y saben que se lo impiden las varias corrientes de agua que pudiera encontrar a su regreso. Es necesario ayudarle, y allá un pariente del muerto va a colocar un hilo atravesado sobre to-

(20) J. Menéndez Pidal: *Poesía popular*. Madrid, 1885, 223.
(21) Cauta Pancho. *La brujería en La Habana, al alcance de todos*. Madrid, S. a., 26.

das las corrientes. El hilo para el espíritu significa un camino sobre el agua, que él cruza ya sin temor. Y esto de que el espíritu la huye, lo creen en Chiltagong, lo creen en Fiyi (22), lo creen en un gran número de pueblos, salvajes y no salvajes...

Ayer debieron creerlo muchos más pueblos aún... Lo que hacen hoy en Asturias las mujerinas del caso, lo hacían en Alemania, verbigracia, las mujerinas del caso, como costumbres entonces general. Principio del siglo undécimo: en la ciudad o en la aldea; se muere un alemán, Dios le perdone, y al levantar el cadáver para sacarlo de casa, las mujerinas, instantáneamente, echan agua bajo el féretro. Lo testifica persona de gran autoridad en el país. Ella lo dijo mejor:

—... *Eandem aquam fundunt subtus feretrum...*

Y lo prohibió con ira (23).

Todo superstición de paganismo de los tiempos más oscuros, que no se resignaba a fenecer. Hoy, en la aldea de Asturias, se envuelve en una gota de perfume. Es disimulo ya viejo; en Alemania se decía asimismo, con ambigüedad buscada, que se arrojaba el agua de este modo para fines de salud:

—*Pro quadam sanitate...*

¡Y era así!...

LA HISTORIA DEL ¡AGUA VA!

El «¡Agua va!», ya se sabe, era el aviso de antaño, cuando había que arrojar por la ventana, en las horas de la noche, las aguas que estorbaban en la alcoba. Era general el uso, lo mismo en la ciudad que en la aldehuela, e iba por la mitad del siglo XIII el Municipio de Oviedo, cuando se establecieron

(22) F. Lubbock: *Los orígenes de la civilización*. Trad. F. de Cavo. Madrid, 1888, 203.

(23) Grimm: *Deutsche Mythologie*. Ed. H. Mayer, III. Apénd., 408.

Ordenanzas que fijaban condiciones para que se siguiera de tal uso el daño menor posible:

—Toda mullier a todo ome que getare agua a la calle desde parte elevada de su casa, diga «ante que lo gete tres vegadas», con voz firme, que lo oian:

—¡Avat agua!...

Nada más.

—¡Avat agua!... ¡Avat agua!... y ¡Avat agua!...

Y luego, la rociadura.

El caso era evitar echar el agua sobre cualquier ome bono, o sobre la primera mullier bona que cruzase por allí. Tres vegadas, el aviso. Y a quien se le olvidara este detalle, 60 sueldos de multa, que no eran una gracia por entonces (24). Tal reglamentación de esta costumbre debía venir de muy lejos, y hubo de continuar muy adelante, hasta su plena extinción. Veintinueve años más tarde de las disposiciones anteriores fijó otras nuevas Oviedo para gobernación de sus vecinos:

—Que nenguno—precisaban—sea osado de allangar agua de día «de soberado nenguno», nen otra cosa ata que sea de noche... (25).

Algunos siglos más tarde, aún mandaban lo mismo tenazmente los autos de policía:

—Hasta las once en invierno y hasta las doce en verano, nadie arroje a la calle aguas inmundas, por albañales, ventanas o cualquier otro conducto. Después de dichas horas puede hacerlo, diciendo antes «¡Agua va!... (26).

Era general el uso, lo mismo en la ciudad que en la aldehuela, y en Oviedo que en Madrid. De esto hubo mucho en Madrid. A los viajeros de antaño, que olvidaban que en su

(24) Año de 1245. Vigil: *Colección Hist. Diplom. del Ayuntamiento de Oviedo*, 406. Hay copia en la Academia de la Historia. Ed. 21, gr. 6. Núm. III, que lleva la fecha así: 1283.

(25) Año de 1274. Vigil, ib., 68.

(26) Año de 1791. *Autos de buen gobierno y policía de la M. N. y M. L. Ciudad de Oviedo*, 6.

tierra las habas de rigor en todas partes se cocían a calderadas, esto que había en Madrid por el entonces llamábales la atención. Vino Camilo Borghese, a fines del XVI; vino en misión diplomática, solicitando dinero para necesidades del Pontífice; vino y vió, y escribió así:

—Entre otras imperfecciones, las casas de Madrid *non hanno... cessi... Tutti i loro bisogni*, por lo tanto, tienen que hacerlo *ne i vasi*, que *votano... nella strada...*

Y luego, la consecuencia:

—Esto *rende un fetore intollerabile...* (27).

¡Bah, lo mismo que en París!... Precisamente es en Francia donde refiere la historia el acontecimiento más curioso que provocó esta costumbre. Iba San Luis, aun de noche, a celebrar maitines a una iglesia con algunos de los suyos, y caminaba al paso, tan campante, cuando se abrió una ventana. Fué cosa de sopetón; un aviso:

—¡Agua va!...

Y el agua encima.

Y encima de la cabeza, para que el rey se percatara bien.

Hubo que aclarar el caso. Y resultó el delincuente un pobre estudiantón, sin una blanca, que las pasaba muy gordas, comiendo mucho libro y poco pan... Se puso a temblar el hombre; pero, amigos de Dios, tuvo la suerte de que encontró con San Luis. San Luis se enteró de todo y dió esta disposición:

—¡Que le busquen a este hombre una prebenda que corresponda a sus méritos!...

Se la buscaron, claro es. Fué la de San Quintín, en Vermandois. Y argumentaba el rey para otorgársela:

—Es hombre que estudia mucho. Yo sé que acostumbraba a levantarse a pelear con los libros antes del amanecer (28).

Era general el uso, lo mismo en la ciudad que en la alde-

(27) Diario de Camillo Borghese, 1594, en Morel-Faro. *L'Espagne au XVII siécle*. París, 1878, 179.

(28) Dr. Cabanéy: *Moeurs intimes du parvé*. París, 3.ª ed., 283.

huela, y en eso de la aldehuela, pudiera hablar Casimirín el Tacu, que iba una noche de baile que parecía una joya fuera el alma. Aun más que todo limpio, todo nuevo, de la cabeza a los pies. Traje nuevo, gorra nueva, camisa nueva, calcetines nuevos, zapatos acabados de comprar... ¡Señor de los Casimiros, la que iba a armarse en el baile en cuanto que le viesen las rapazas!...

Y en esto, ¡pumba!, la cosa. Pepona la del Miruellu, que sale a la ventana de repente, y que echa lo de costumbre a punto de pasar Casimirín.

—¡Mal rayu!...

Fué una tragedia; aún más que una tragedia, una hecatombe. Y hecho ya el mal irremediablemente, el aviso de Pepona:

—¡Agua va!...

Sí, sí; ¡muy bien!

Cuando cruzó para el baile, a los pocos minutos del suceso, Ramonín el Colorau, halló a Casimirín hecho un ovillo, todo trémulo de rabia, al pie de la ventana de Pepona, ¡así la partiera un rayu!... Le halló, le preguntó:

—¿Y eso qué ye?...

Y Casimirín, ni pío.

—Pero, Casi, madiós, ¿qué fais ahí?...

Y ya Casimirín siniestramente:

—¡Espero la esclariadura!...

Casos así, tan terribles, debieron suceder a cada instante a lo largo de los siglos y en toda la extensión del universo. Una noche en que salieran a recorrer Madrid en tiempos de oro, un Juanillo y un Onofre, que eran con muy ligeras diferencias un «Casi» y un Ramonín, dieron con una Pepona que también les gritó, ya hecha la hazaña:

—¡Agua va!...

Ya no había caso. Ya los cogiera a los dos... Pero bien, no a estos dos, que fué fortuna, no al Juanillo y al Onofre, sino a otros dos infelices que tuvieron esta hora desgraciada por sus pecados tremendos. Cogió a los dos; gritó uno:

—¡Eres una tal!...

¡Así!...

Y por si fuera poco, añadió aún:

—¡Y tu dueña es otra tal!...

Pero no les bastó con estas cosas, ni al que las dijo ni al otro, y subieron a vengarse. Llaman a la puerta; en vano; dicen más cosas; en vano... Bajan, salen, y, ¡paf!, un cubo de agua...

¡Eran las «esclariaduras» de la buena Pepona de Madrid!

El uno de los dos hombres se encolerizó de nuevo; el otro, que era más dulce, aconsejóle con resignación:

—Bueno, anda, vámonos, déjalo... ¡Al fin y al cabo, estamos enjuagados!... (29).

La conclusión era clara:

—¡Por Madrid no se puede andar de noche!...

Ni por Madrid, en efecto, ni por París, ni por Roma, ni por Gúa, ni por Les... En París había entonces—como en Gúa—un *fetore intollerabile*, y del estado del cielo se decía que el de lluvia era el más grato, porque lavaba las calles de su deseperada suciedad. Cuando Jerónimo Munzer arribó a la ciudad de Barcelona, a fines del siglo XV, vió una cosa extraordinaria; vió canales subterráneos, por los que iban al mar ocultamente los residuos de cocina y los posos de común. Valencia, entonces, los tenía también... (30).

¡Canales subterráneos!... ¡Un asombro!...

En 1521 ardió casi todo Oviedo. Un horno, que se abrió en llamas y que devoró calles enteras... Junto a la catedral, lo arrasó todo e hizo de las construcciones que parecían vivir a su cobijo, una montaña de ruinas. El Cabildo acordó

(29) F. Santos: *Día y Noche de Madrid*. Bibl. Aut. Esp., XXXIII, 431.

(30) *Viaje por España y Portugal*. Tr. F. Puyol. Bol. Acad. Hist., LXXXIV, 1924, 50.

reconstruir: una plaza, unas casas, unas tiendas, y en las casas este lujo:

—Lleven todas servicio de esta clase.

Es decir, lleven común.

Y lo llevaron todas, menos una (31).

La medida, sin embargo, no se hizo en mucho tiempo general. El año treinta y tres, mil ochocientos, tuvo Oviedo que adoptarla por imposición forzosa, como recurso higiénico de urgencia. Estaba el cólera encima; iba ya a todo vuelo sobre España. En junta del Regimiento, la Justicia y el Concejo, se concedió a los caseros un plazo improrrogable de ocho días para que hiciesen comunes, lo mismo en oficinas que en viviendas, de no tenerlos aún. Si los caseros estuviesen fuera en estos días de plazo, eran los mismos vecinos a quienes se encargaba esta reforma sobre la renta del mes. Suprimiéronse, asimismo, todos los albañales con vertientes a las calles y a los patios, y a quien utilizara la ventana para echar algo por ello, no había quien le quitara en el momento veinte ducados de multa.

Los pueblos no cejaban, por su parte, en matar esta costumbre. El año cuarenta y cuatro, mil ochocientos también, decían las Ordenanzas de Gijón:

—Se prohibe arrojar por los balcones, los antepechos, las puertas, aguas sucias o limpias a la calle.

Y en el año setenta justamente mandaban las de Colunga:

—Se prohibe arrojar por los balcones, los antepechos, las puertas...

Y en el año noventa, justamente decía un bando de Langreo:

«Se prohibe arrojar a los caminos, a las plazas y a las calles, por puertas y por ventanas, agua o cualquier otro objeto que pueda causar daño al transeúnte...»

(31) Noticia del Vicario de la Diócesis, D. José Fernández Cuesta, según papeles de la catedral.

Y en fin, se impuso la higiene. Después del treinta y tres, ya no hubo caso, ya se arreglaron las cosas, ya podían ir al baile por la noche, con una elegancia bárbara, y sin miedo a peligros ventaneros, todos los Casimirines...

C. Cabal.

Voces segovianas

En diferentes localidades de la provincia de Segovia, particularmente en las de escaso vecindario, son de uso corriente gran número de voces que no se hallan en los Diccionarios y que si se encuentran en algunos de ellos es tomadas en una apreciación distinta de la que les dan los segovianos, o consideradas como anticuadas, o en desuso, cuando lo positivo es que en la actualidad se emplean en diversos pueblos de la provincia.

No ha sido tarea fácil recoger las palabras que integran este trabajo, muchas de las cuales se explican detenidamente para su mejor conocimiento, en tanto que otras se prueba su existencia con cantares y refranes en que aparecen empleadas; además, se reúnen algunos modismos que demuestran la manera especial de decir de los habitantes de la tierra de Segovia, y deliberadamente incluímos también varios vocablos anticuados exclusivos de la provincia, en la que se usaron en siglos pasados, por creer de interés su conservación para contribuir al estudio de la historia del desarrollo de la lengua castellana.

Las voces recogidas para la formación de un vocabulario segoviano son las siguientes:

Abad, m. n. acep.—El que cuidaba en la villa de Aillón del Hospital del Sancti Spiritus, fundado por la Cofradía de este título.

Abadero, ra, adj.—Natural de Abades, localidad de la provincia de Segovia. U. t. c. s.

Abarquero, ra, adj.—El Diccionario de la Real Academia Española lo incluye como substantivo; pero en Segovia se emplea mucho como adjetivo, según puede verse en el cantar siguiente:

Mi novia me regaló
unos piales de pezuelo,
y yo he prometido hacerle
unos zuecos abarqueros.

Abeldar.—(En Navalilla y otras localidades de la provincia), alventar o adentar.

Abierto, ta, n. acep.—Se dice del pescado que está abierto cuando se vende quitándole la espina dorsal, y lo prueba el cantar siguiente:

Si vas a la plaza,
niña, te advierto,
la merluza cerrada
y el congrio abierto.

Abuja, f.

Abujero, m.—Agujero, en el mismo sentido que este vocablo, como lo demuestra el cantar que sigue:

El día que tú naciste
cayó un pedazo de cielo;
cuando mueras y allá subas
se tapará el abujero.

Acantear, á.—Tirar piedras o guijarros a una persona o cosa.

Acarreadera, f.—Soga fuerte que usan en Castroserna de Abajo y otros pueblos de la provincia para llevar atadas las cargas de mieses o las ramas; estas van sujetas con la cincha a la albarda de la caballería que la transporta.

Acobijar, tr.—Albergar. El Diccionario de la Real Academia Española trae la palabra cobijar, pero en la provincia la que se emplea es acobijar.

Acobijo, m.—Albergue. Se emplea en vez de cobijo.

Acochinarse, r. n. acep.—Vivir con poca limpieza, vivir arrinconado, huyendo del trato de lo demás; como viven los cochinos.

Achantarse, r. n. acep.—Callarse, no replicar cuando se le imputa algo a uno, y por eso *achantarse* como un muerto equivale a quedarse completamente callado.

Afincado, da, adj. n. acep.—El que posee propiedades, inmuebles en el sitio donde reside. También del que ha adquirido bienes inmuebles en un lugar determinado se dice que se ha *afincado* allí, aunque no resida en aquella localidad.

Aforrarse, r. n. adj.—Aguantarse uno con lo que tiene.

Afrailado, adj.—Se dice del que es egoísta y tiene maneras propias de gente conventual.

Afrigolado, da, adj.—Lleno de frío, arrecido.

Agarbanzado, da, adj.—Lo que es del color del garbanzo seco.

Agostero, m. n. acep.—Criado que se toma para auxiliar las labores agrícolas; se llama agostero porque se contrata desde el mes de agosto de un año hasta fines del mismo mes del año siguiente. En otras provincias, agostero es el que ayuda a hacer el agosto, es decir, el que facilita el hacer la recolección a los jornaleros y segadores.

Aguarradita, f.—Lluvia de poca intensidad que se sucede con intermitencias del cielo despejado en escaso espacio de tiempo, según dice este refrán: «Aguarraditas de abril, unas ir y otras venir».

Agueda, f.—Mujer casada que forma parte de la Cofradía de Santa Agueda.

Aguedita Santa, f.—Nombre que dan en los pueblos a las fiestas que celebran las mujeres casadas al día siguiente del de Santa Agueda (5 de febrero), en el que hacen la función principal las devotas de esta bienaventurada.

Ahilar, n. acep.—Equivale a afilar las tijeras los esquiladores, pues dicen, cuando las están afilando, que las van a sacar el hilo.

Ajo, m. n. acep.—Del que se encuentra en todas partes, del que se mete en todo, se dice que está en todas como *ajo refrito*, aludiendo a lo mucho que se emplea en Castilla para condimentar las comidas, requemar o freir mucho los ajos.

Ajuste de boda, m.—Convenio o capitulación hecho entre los padres de los que quieren contraer matrimonio; se extiende en papel común y lo conservan los padres o representantes de los novios.

Alante, adv.—Se emplea vulgarmente en vez de adelante.

Alarmante, p. a. de alarmar, acep. fig.—Que llama vivamente la atención, como lo indica el cantar siguiente:

Ese pañuelo que llevas
al cuello con alarmantes,
yo creí que eran firmezas
y son todas falsedades.

Alcalde de agua, m.—Cargo anual designado por la Comunidad de regantes para que cuide del cumplimiento de las ordenanzas por que se rigen y vigile a los pastores de agua nombrados por cada pueblo de los que componen la Comunidad; también se llama alcalde de pastores.

Alcalde de mozos, m.—En la capital, el que se nombra para organizar las fiestas de barrio por los mozos que en él viven, y sólo por el tiempo que aquéllas duran. En los pueblos de la provincia, el que preside las juntas y fiestas que celebran los mozos de cada localidad durante el año. Se elige el día de Pascua de Navidad entre los mozos de más edad, y su autoridad la respetan todos ellos, siendo el que responde del orden en los festejos que organizan.

Alcalde de pastores, m.—Véase alcalde de agua.

Alcaldesa, f. n. acep.—Mujer que desempeña el cargo de alcalde.

Alcaldesa, f. n. acep.—Presidenta de las mujeres casadas asociadas en cada pueblo para celebrar la fiesta de Santa Agueda (el día 5 de febrero). Es cargo anual y la nombran entre

la Asociación. La de Zamarramala es la más notable, por ser donde se conserva mejor todo lo más típico de esta tradicional fiesta.

Alear, a, n. acep.—Saber y oler mal el aceite cuando se fríe, por ser nuevo y estar mal refinado.

Aleo, m.—Sabor desagradable del aceite y olor que tiene cuando está mal clarificado.

Algaraza, f.—Algazara.

Almuzara, f.—Procede del árabe y significa molino de aceite. En la ciudad de Segovia hay una calle denominada de la Almuzara.

Alobado, da, adj.—Terreno no removido por el arado entre surco y surco. Se emplea en el refrán: «Are mi buey por lo delgado y el tuyo por lo alobado».

Alventar, a.—Aventar. En otras provincias, Alava entre ellas, se emplea ablentar.

Amielgos (tener).—Se emplea en Castroserna de Abajo para indicar que se llevan los vestidos sucios y llenos de rotos; también se usa para indicar que las casas están desarregladas y sucias en su interior.

Amorecederas, f. pl.—Denominación de los zajones, llamados también delanteros.

Ancho, adj. m. acep. fig.—Una de las clases de salvado.

Andaboba, f. n. acep.—Baile que recorre las calles del pueblo en que se celebra una boda, el día siguiente de efectuarla ésta, y en el que toman parte los invitados a la ceremonia del casamiento, contribuyendo a aumentar la algazara que promueven las bromas de cuantos lo presencian.

Angostillo, m. dim. de angosto.—Estrecho, reducido.

Anilla de álamo, f.—Cierta clase de madera que se emplea para sotabancos, etc.

Antefija, f.—Bocateja, o sea la teja primera de cada una de las canales de un tejado junto al alero.

Aparejo, m. n. acep.—Ser de aparejo redondo, dícese familiarmente de la mujer que usa manteo.

Apiojado, da, adj.—Estar un fruto o planta infestado de pulgón.

Aplicar, a. n. acep.—Rebañar o comer lo último que queda sobre la mesa.

Apropincuar, tr. n. acep.—Acercar, arrimar el plato para que le sirvan a uno la comida.

Armadero.—Zarzal. (En La Higuera y en otras localidades de la provincia.)

Alzonero, ra, adj.—Lo que es propio del arzón; se llama imagen arzonera la que solían llevar a las batallas algunos reyes y señores en la delantera de la silla de montar; por ejemplo, la denominada Virgen de las Batallas, que perteneció a Alfonso VI.

Arramplar, a.—Llevarse todo lo que hay en sitio determinado.

Arreaera, f.—Trozo de madera que los esquiladores ponen en el anillo derecho de las tijeras, con el fin de poder hacer más fuerza con ellas.

Arreado, da, adj.—Se emplea en sentido figurado en vez de estar *apurado*.

Arrilado, da, adj.—Que está temblando de frío.

Arrilar.—Estar temblando de frío.

Arriscaste, adj.—En Castroserna de Abajo se da este calificativo a los animales machos que tienen buenas condiciones para la reproducción.

Arrescarse, r.—Entorpecerse o entumecerse por exceso de frío. Es lo mismo que arrecirse.

Arrobo, m. n. acep.—Costumbre de echar puñados de monedas, generalmente de cobre; confitura de castañas, nueces, etcétera, para celebrar los bautizos, y en algunos sitios las bodas y misas nuevas, y se disputan los chicos y aun los grandes a puñetazo limpio, y cuando no se practica esta costumbre particularmente; en los bautizos cantan los chicos:

Si no echan confitura,
que se muera la criatura.
Si no echan arrobo,
que se mueran todos. ...

Asistir, a. n. acep.—Dar la ofrenda por el alma de un difunto en sus funerales o en el responso que se acostumbra a rezar en las iglesias de los pueblos después de la misa, particularmente los días festivos.

Asistir la sepultura.—Tenerla cubierta con paño negro y alumbrada durante la misa y otros actos religiosos.

Atriscar, tr.—Apretar; por ejemplo, cuando están llenando un saco de paja dicen: Atríscale bien.

Atrochar, m. n. acep. fig.—Atreverse, decidirse, determinarse a algo, y en este sentido figurado se emplea el siguiente cantar:

¿Cómo quieres que atroche
a decirte lo que pasa,
si se ha paradito el coche
a la puerta de tu casa?

Averío, m. n. acep.—Haberío, y se emplea en la misma acepción que hacienda o ganado, y se usa también en otras regiones españolas donde se habla castellano, entre ellas en la provincia de Murcia, para designar las bestias que se utilizan para el trabajo agrícola y para el transporte; véase el siguiente cantar:

En la huerta de Murcia
no hay averío
tan chico como éste
ni tan cumplío.

Bailar el duro.—En el baile con que se celebra una boda en los pueblos, entre otros en Castroserna de Abajo, el recién casado, después que los convidados han terminado de ofrecer las galas a la novia, coge un duro de la bandeja donde están las cantidades ofrecidas, se le pone en la boca suje-

tándolo fuertemente con los dientes y se le baila a la recién casada; ésta, cuando mejor le parece y según están bailando, se ase al novio, sujetándole el cuello con los brazos, y con los dientes coge la parte del duro que aquél deja fuera de su boca, y si a la primera vez no consigue quitársele, tiene que repetir la operación hasta que logre apoderarse de él, con lo que termina el baile.

Bailar la rosca.—Véase Corrida de rosca.

Bailar la taza.—En Castroserna de Abajo y en otros pueblos de la provincia es costumbre de los bailes de bodas que la recién casada coja una taza en una mano, y el que va a bailar con ella deposita la gala y ofrenda, que consiste en metálico, en la taza, y procura mientras bailan romper la taza con el pie, lo cual consigue si la recién casada se descuida, no obstante que ésta baila llevándola ordinariamente a la altura de la cabeza.

Baile de galas, m.—Consiste en dar en el baile con que se celebran las bodas en los pueblos una vuelta con la recién casada y entregar el bailador al padrino la cantidad que le parezca para las galas de la novia.

Baile de rueda, m.—El típico y más generalizado en los pueblos de Castilla.

Banderear, tr.—Ondular el pendón o bandera con gran fuerza y rapidez sobre la cabeza de los que asisten a la fiesta de la ofrenda. El primero que banderea es el capitán del gremio de casados y después el de los mozos.

Bardil, m.—En Castroserna de Abajo, sitio donde echan la leña para que se seque.

Barríhuelo, m. dim. de barrio.—Barrio pequeño.

Bastian, m.—Sebastián.

Belenero, ra, adj.—Persona que es amiga de promover jaranas, como lo indica este cantar:

No me seas belenera,
no me vengas con belenes,
que me tienes la cabeza
como molino que muele.

Blas, m. n. acep. fig.—Caballo de corta alzada que se emplea, por lo general, en el Real Sitio de San Ildefonso para las excursiones por terrenos montañosos.

Bocín, m. n. acep.—Agujero abierto en la pared de los pajares para echar por él la paja. Aludiendo a este agujero, se dice del que tiene la boca grande que tiene más *boca que un pajar*.

Bodigo, m. n. acep.—Pedazo de pan que se entrega en la iglesia como ofrenda por los responsos que reza el sacerdote por el alma de un difunto. El Diccionario de la Real Academia Española dice que bodigo es panecillo hecho de la flor de la harina, que se suele llevar a la iglesia por ofrenda; y por lo menos en la provincia de Segovia, ni es panecillo ni lo hacen de la flor de la harina, sino que es un pedazo de pan como de media libra, o a lo sumo de una, de peso, que se corta de una hogaza.

Bodón, m. n. acep.—Porción del cauce de un río más hondo que el resto del mismo.

Bordos (tirar).—Dícese cuando las caballerías empiezan a dar coces o cocear.

Borrillo, m.—Canto rodado de los llamados ríos viejos.

Botarga, m. n. acep.—Danzante que se presenta en las funciones de algunos pueblos, Cabezuela entre ellos, vestido con un camisolín y una enagua corta de mucho vuelo llena de puntillas y adornada con cintas y lazos de diferentes colores. *Los botargas son ocho*, y con los danzantes van delante de la procesión el día de la fiesta principal, ejecutando típicas danzas.

Boteja, f. dim. de Botija.

Botijón, m.—Vasija de barro mayor que la ordinaria, con dos asas y cuello corto y angosto.

Bronco, ca, adj. n. acep.—Se aplica a los garbanzos que son ásperos al comerlos, por estar mal cocidos o ser de mala cochura.

Bujaca, f.—Bolsa o cartera de piel que usan los muchachos para llevar los libros a la escuela.

Bujerón, m.—Oquedad de grandes dimensiones. Ejemplo, los Bujerones de San Frutos, llamados también Pajares del Santero, cerca de Sepúlveda.

Bundoso, sa, adj.—Muy abundante.

Buraco, m.—Roto o agujero que se hace en las telas.

Burro, m. n. acep.—Banquillo que usan los zapateros para componer el calzado.

Cabecero, m.—El guía de los dalladores, el que dalla delante.

Cabeza de Sesmo, f. n. acep.—Lugar donde eligen al procurador, sesmero, los representantes de los pueblos que forman el sesmo.

Cabritería, f.—Establecimiento donde se venden cabritos asados.

Cacerero, m.—El que cuida o guarda las caceras.

Cachejo, m. dim. de cacho.

Caída, f. n. acep.—El resultado de acribar por vez primera los granos o simientes. Se aplica principalmente a los garbanzos, y se llama de caída a los de inferior calidad, que por su poco tamaño pasan fácilmente por la criba.

Calderón, m. n. acep.—Guiso hecho en caldero abundando la salsa y escaseando la carne y las sustancias, como lo prueba la frase «Calderón salió de guardia y le relevó pocapringue». Satíricamente se dice esto refiriéndose a todo alimento en que hay mucho caldo y pocas tajadas.

Calducho, m. n. acep.—Caldo de morcilla.

Canonjía, f. n. acep.—Lugar en que habitaban los canónigos en Segovia; cuando dejaron de vivir en común, ocuparon las casas que construyeron en una calle que conducía a la catedral y que aún se llama vulgarmente la Canonjía Vieja y Nueva, no obstante haberla dado el Ayuntamiento el nombre de Daoiz.

Cantalejano, na, ad. u. res.—Natural de Cantalejo, perteneciente a esta localidad.

Cantareja, f.—Diminutivo de cántara.

Cantista, m. — El que canta bien las coplas populares,

como lo prueba la siguiente, en que se emplea la palabra *cantista* con esa significación:

Cantador que tan bien cantas
y te tienes por *cantista*,
dime cuántas cruces hace
el sacerdote en la misa.

Cañuelo, m. dim. de caño.

Carambolero, ra, m. n. acep. fig.—Trapalón, poco formal, como puede verse en el cantar siguiente:

Ya no te quiero, majito,
porque eres carambolero
y amigo de muchas damas,
tantas veo, tantas quiero.

Cárdeno, adj.—Una clase de paño que se fabricaba antiguamente en Segovia.

Carlanco, m.—Ser imaginario que pertenece a la familia de los pavorosos y fantásticos monstruos del Cancon, del Bu, del Coco y otros que figuran como protagonistas en los cuentos infantiles.

Carra, adv.—Hacia. Así, cuando se dice carratablado, carramata o carraquintanar, equivale a decir: hacia o camino de Tablado, de la Mata o de Quintanar.

Carracillano, n. a. adj.—Natural de Carracillo, comarca natural de la provincia de Segovia, perteneciente a esta comarca.

Carta de vereda, f.—La que se llevaba a la mano de un pueblo a otro; por el sacristán, si era para el cura del lugar más cercano; por el alguacil, si era para el alcalde; y de este modo se transmitían los oficios y órdenes de los superiores a los inferiores cuando no tenían franquicia postal ni estaba tan generalizado el correo como en la actualidad.

Casa de bodas, f.—Local donde se reúnen en los pueblos para celebrar los casamientos; suele ser ordinariamente la

Casa Ayuntamiento, y en ella se juntan los invitados a las bodas para comer y bailar por la noche.

Cascar, a. n. acep.—Comer, tragar; como lo prueba el dicho vulgar: «Echale guindas a la tarasca, que ella sola se las casca».

Catorcena, f. n. acep.—Fiesta que desde principios del siglo XV se celebra anualmente en Segovia en la primera semana de septiembre, en conmemoración del milagro de la Hostia Consagrada que quisieron profanar los judíos. Se llamó así por el turno que se estableció para celebrarla entre siete parroquias de la ciudad y siete del arrabal, cuando había en la población este número de feligresías.

Catorcenilla, f. dim. de Catorcena.—Fiestas que duran un día y se celebran en las parroquias de Santa Eulalia, San Martín y Santa Colomba. Las que celebran con este motivo en la iglesia de San Miguel se llaman Minerva.

Caucense, adj.—Natural de Coca, antes Cauca.

Cera hilada, f.—La que se emplea generalmente para alumbrar las sepulturas de las iglesias. Es una vela de cera muy delgada y larga enroscada, por lo común, en forma cónica. Se llama también cerillo, cerilla o rosca de cera.

Cesoría, f.—Puerta secundaria, trasera o del corral, y se emplea en el significado de *accesoría*, más bien como nombre que como adjetivo, en Segovia y otras regiones, entre ellas Asturias.

Cina, f.—Hacina. Montón que se forma en las eras con los haces de trigo, cebada, etc., para después trillarlos.

Cincos, pl.—Individuos que ejercían cargos en la Cofradía de Sancti Spiritus, que cuidaban del Hospital de este título en la villa de Ayllón.

Cincuentín o real de a 50.—Pieza de plata de 50 reales de valor que empezó a acuñarse en el Ingenio de la Moneda de Segovia en el 1609.

Clustra, f. n. acep.—Barrio propiedad de la Iglesia de Segovia, donde habitaban los canónigos y sus servidores; te-

nía derecho de asilo y estaba cerrado por cuatro arcos, de los que aún subsiste alguno de ellos.

Cocío, adj.—En vez de cocido, da, como puede verse en el cantar siguiente:

Yo te quise por el tiempo
de las castañas cocías;
se acabaron las castañas,
se acabó la amistad mía.

Cochinero, m.—El que guarda los cochinos.

Coca, f.—Mosca que ataca al ganado bovino en la época de grandes calores; es más molesta que la llamada borriquera, y se impacientan en gran manera las vacas y bueyes cuando les pica esta clase de mosca.

Cochura, f. n. acep.—La acción de cocerse algo; generalmente se aplica a los garbanzos, y se dice que son de buena *cochura* los que se cuecen fácilmente.

Colgar el ramo, tr. — Equivale a anunciar que se vende vino. Sobre la puerta o la ventana de la casa del que lo vende se cuelga un ramo de sarmientos como señal, y se quita cuando se concluye la venta. En algunos pueblos ponen un trapo o cortina en la ventana de la casa donde expenden el vino, y según su color se sabe si el vino que se vende es tinto o blanco.

Colgarizo, m.—Tejadillo que sobresale de una de las paredes interiores de un corral, que se usa para que se resguarde el ganado, almacenar leña, estiércol, etc. En el Diccionario de la Real Academia Española aparece colgadizo como adjetivo, con análoga acepción a la palabra colgarizo.

Colonia, f.—Porción de tierra de labor que se lleva en renta, se llama *colonia* en toda la provincia.

Collarino o colendrino, adj.—Natural de Cuéllar; dícese también cuellarano.

Collera, f. n. acep.—Cantidad de pan, tocino y sal que se da al principio de la semana a los pastores para que se alimenten durante ella, y también se llama la cantidad que se

da a los que van a trabajar al campo, denominándose así porque la llevan al cuello en un zurrón o saco.

Comisario de la Virgen.—En Sepúlveda se llama así al individuo que forma parte de la Junta directiva de la Cofradía de la Virgen de la Peña. Los *comisarios* son cuatro, que se renuevan todos los años, por el día de San Miguel, por turno de rigurosa antigüedad, entre los cofrades, ostentando las insignias como en los antiguos tercios de Flandes; el maestre de campo, el bastón, signo de la jerarquía; el capitán, la jineta; el alférez, la pica corta, y el sargento, la alabarda.

Compuestos (*Los*), m. pl.—Tratos o capitulaciones matrimoniales que se hacen en el ajuste de boda.

Comunidad de regantes. — Asociación formada entre los vecinos de pueblos que utilizan las mismas corrientes fluviales para mejorar los trabajos agrícolas, con objeto de aprovecharlas en condiciones más apropiadas; una de las antiguas es la Comunidad de regantes de la cacera del río Pirón; hay también la de los que aprovechan la cacera de Navalcán y la formada por los vecinos de Turégano y Caballar.

Comunidad y tierra de Segovia.—Asociación o Agrupación de varios pueblos de la región para aprovechar en común montes, aguas, pastos y terrenos de labor que, no perteneciendo a ninguno de ellos en particular, porque todos habían contribuído a conquistarlos, todos tenían derecho a su disfrute. En la actualidad la Comunidad y tierra de Segovia, además de la capital, se compone de 132 pueblos, con 15.852 vecinos, distribuídos en 10 sesmos.

Concejala, f.—La que desempeña el cargo de concejal, la mujer casada con un concejal.

Confalón (1) m. n. acep.—Nombre de una antigua Cofradía establecida en la capilla del Cristo de la Sangre, en la iglesia de San Miguel, de Segovia; la fiesta principal consistía en la procesión de los caballeros en la noche del Viernes Santo.

(1) Palabra de origen italiano, que significa bandera, estandarte y pendón.

Conformidad, f. n. acep.—Contrato o compromiso por escrito para hacer algo.

Contrarronda, f. n. acep.—Segunda ronda, que forman los mozos en los pueblos para salir a cantar por las calles durante la noche, según indica este cantar:

La ronda y la *contrarronda*
se encontraron en la calle;
pudo más la *contrarronda*
que la ronda, que era grande.

Copeja, f. dim. de Copa.

Copete, m. n. acep.—Se emplea en la significación de pino.

Copetera, f.—Se usa en el significado de pinar. Las palabras copete y copetera se emplean en el cantar siguiente, en las acepciones indicadas:

Los otones pa centeno,
que trigo poco se siembra;
veganzones pa copetes,
que tié buena copetera.

Corrales o corralillos, m. pl.—Casas que estaban cercadas con una sola puerta, en las que vivían los judíos apartados de los cristianos. En Guadalajara todavía hay los llamados *Corralillos* bajos, que tuvieron el mismo destino.

Corrida de roca, f.—Vuelta de baile que se da en la boda en honor de la recién casada, y equivale a bailar la rosca.

Corrobla, f.—En Castroserna de Abajo, cuando un mozo se casa paga la salida de soltero, y el dinero que este título da a los demás mozos, lo emplean en una cena o sobrecena, que dicen es la corrobla de novio.

Corrupto, ta, adj. n. cep.—Lo que se cree que está callado y es sabido por todos.

Cosquilla, f.—Especie particular de grama muy fina que crece en las cercanías del Real Sitio de San Ildefonso; los naturales del país la llaman cosquilla, sin duda, por su finura y suavidad; hace cosquillas en la mano que la toca.

Cotano, m.—Pico de una montaña. Dícese también cotana.

Cotarrito.—Diminutivo de cotarro.

Cotarro, m. n. acep.—Montículo de arena que se halla en las llanuras en la tierra de Segovia.

Cotera, f. n. acep.—Piedra que marca el linde dos terrenos.

Cotilla, f. n. acep.—Persona que se ocupa en andar con cuentos y chismes, la que se mete en lo que no la importa.

Cotillear.—Andar de un lado para otro con cuentos y chismes.

Covacho, m.—Cueva pequeña. El Diccionario de la Real Academia Española trae Covacha, f., pero en la provincia de Segovia dicen covacho.

Criazón, f.—Lugar donde mana el agua.

Cristera, f.—En Serrezuela de Hernando y otras localidades de la provincia de Segovia, la moza que durante la cuaresma va los domingos acompañada de otras mozas, llevando por sus calles y las casas un cuadro con la cara de Dios, muy adornado, pidiendo para alumbrar al Santísimo y hacer las funciones de Semana Santa.

Cristo Tripero.—Cruçifijo de plata, que se llama así porque se lleva colocado en la parte anterior de la cintura.

Cruz, f. n. acep.—Aparato más exacto que la romana, que se emplea para pesar la lana.

Cuadrilla, f. n. acep.—Subdivisión del sesmo.

Cuarta, f. n. acep.—Una de las clases de salvado.

Cuarta de tierra, f. n. acep.—Una de las partes en que se divide el fetosín o censo enfitéutico en algunos pueblos. En Bernuy, por ejemplo, se divide en 40 suertes o partes, que se llaman cuartas de tierra.

Cuartal, n. n. acep.—Unidad de peso para la carne equivalente a dos libras y media, que se usó en Segovia hasta mediados del siglo XIX.

Cuarto segoviano, m. n. acep.—Moneda de cobre de valor de cuatro maravedises de vellón, que se acuñaba en la fá-

brica de Segovia, tan celebrada por sus labores monetarias, y a esta clase de moneda alude el cantar siguiente:

Eres hombre de dos caras
como cuarto segoviano;
harto de andar por el mundo,
has de venir a mis manos.

Cuatreada, adj.—Clase de estameña que se fabricaba en Segovia.

Cuatropea, f.—Sinónimo de ferial; lugar donde se sitúa en la feria el ganado mular, caballar, asnal y de cerda.

Cucharrena, f.—Paleta circular y algo cóncava, llena de agujeros, que se hace generalmente de hierro y se emplea para dar vuelta a los fritos y sacarlos de la sartén cuando están en sazón.

Cuellarino, n. a. adj.—Natural de Cuéllar; véase *Collarino*.

Cuerna, f. n. acep.—Ganado vacuno, siendo muy usual decir *ganado de cuerna* con frecuencia, al vacuno o boyal.

Cutio (estar).—Estarse quieto en su sitio.

Chamorrar, n. acep.—Cortar el pelo al rape.

Changarra, f.—Cencerro pequeño que se usa para el ganado merino. Refrán: En Fuentemizarra tocan a misa con una changarra, y en Valdevanés, con un almirez.

Chapar, a. n. acep.—Pisar agua, meterse en los charcos con el calzado.

Chisteros, n. pl.—Los de los pueblos próximos llaman a los de Tisneros los chisteros, por sus muchas ocurrencias.

Chorrela, f.—Vino de inferior calidad, que se obtiene echando agua en los residuos de la fabricación del vino y exprimiéndolos.

Churrada, f.—Rebaño que suele haber en algunos pueblos, compuesto de ovejas y carneros pertenecientes a varios dueños.

Churro, rra, adj. n. acep. utcs.—Habitantes de algunos pueblos de la tierra de Cuéllar, porque tejen sus vestidos con

lana de las ovejas y carneros denominados churros, que es más basta, barata y larga que la merina.

Dañada, do, adj. n. acep.—Las reses que se inutilizan para el trabajo por cualquier dolencia o accidente.

Dar arreo.—Equivale a dar en torno, sucesivamente, sin interrupción. Cuando en actos en que se reúnen varios se reparte algo, se dice que se da arreo, para indicar que no se establecen diferencias en el reparto, ni se interrumpe la continuidad de éste, sea cual fuere la condición de los presentes; sin embargo, cuando entre ellos se encuentra el señor cura o párroco del lugar, se dice: «Dad al cura y venga arreo», para indicar que debe ser preferido a todos los demás.

Dar a renuevo.—Entregar para la siembra una cantidad de semilla, a cambio de otra cantidad que se estipula se ha de devolver cuando se haga la recolección.

Dar la cata.—Autorizar la entrada en los viñedos para probar el fruto, cuando el guarda de las viñas comunica al alcalde que la uva está en sazón. Es tan riguroso el precepto, que no entran sin orden de las autoridades antes de que se dé la cata, y se prohibe el paso a ellas a sus mismos dueños.

Dar un clamor.—Doblar las campanas para anunciar la muerte de alguien, ya ocurra el fallecimiento en el lugar donde se da el clamor, o se hallare ausente el que ha fallecido del pueblo en que se anuncia su defunción.

Dar tierra.—Enterrar, porque hay la costumbre de que los asistentes a un sepelio, empezando por el sacerdote y siguiendo por el sacristán y los parientes del difunto, cojan un puñado de tierra, la besan y echan sobre el cadáver, que luego cubren por completo los enterradores.

Dedales, n. pl.—Especie de medias de tela de retor, que se ponen en los pies con las abarcas. Véase este cantar:

Vale más una serrana
con abarcas y dedales,
que todas las señoritas
con picos y delantales.

Descabezar, a. n. acep.—Descabezar el sueño; se emplea en lugar de *dormitar*, echar la siesta.

Descarralarse, r.—Descarriarse, salirse de un camino, perderse, dejarse una persona o un animal de los demás que marchaban, en la misma dirección que el descarrialado.

Deshilado, m. n. acep.—Se emplea generalmente en la significación de *fleco*, no en la que indica el Diccionario de la Real Academia Española, como lo prueba este cantar:

> Pañuelo de vara en cuadro
> dice mi niña que tiene,
> que se lo ha dado su amante
> con el deshilado verde.

Desinforme, adj.—Diforme.

Desliendrar, tr.—Quitar liendres o piojos; limpiar de liendres la cabeza; descastarlas.

Desempedreyar, tr.—Desempedrar, y lo prueba el cantar siguiente:

> Desempedreya tu calle,
> salada, y échale arena,
> para que puedas contar
> los pasos que doy en ella.

Deprender, tc. n. acep.—Aprender.

Desudar, tr. n. acep.—Pasear las caballerías para que descansen de una larga carrera.

Día de maná.—En Castroserna de Abajo, y en otras localidades de la provincia, dícese del día en que se termina la siega, que se llama también la maná.

Diarrera, f.—Diarrea.

Dientar, a.—Nacer los dientes; empléase esta palabra en el siguiente refrán: «Cuando la criatura dienta, la muerte tienta».

Echaduras, f. pl.—Desperdicios del trigo y otros granos que quedan en la criba al cribarlos, y se emplean para alimento del ganado.

Echar a la vez.—Soltar el ganado cuando toque con ese objeto (sirviéndose de una bocina o campana) el guarda encargado de recogerlo y llevarlo a pastar.

Echar el colgajo.—Costumbre que tienen en Castroserna de Abajo; cuando es el santo de alguno, los de la familia y amigos van a la casa el día antes por la noche provistos del colgajo, que puede consistir en un collar de cencerro, la cincha, u otra cosa por el estilo, y aprovechando un descuido, se le ponen al cuello, y si el del santo se da cuenta, andan o corren a su alrededor, hasta que se lo echan. Cuando el del santo tiene novia, ésta hace un colgajo adornado con cintas de seda, alguna medalla, el retrato, si le tiene, y otros adornos más, y se lo pone al festejado.

Echar la postura. Dar el pienso al ganado.

Echar piedra.—Ceremonia que consistía en llevar con gran aparato las ofrendas, los linajes, clero, gremios y pueblo en general el día que se señalaba a cada agrupación, para contribuir con sus donativos a las obras de la Catedral de Segovia, consistiendo éstas en metálico y en carretadas de piedra, cal y arena, de donde la ceremonia tomó el nombre de echar piedra a la Catedral.

Echar un rodeo, acep. fig.—Ir de pueblo, o de corro en corro, pidiendo algo.

Echavino, m.—El que da de beber a todos los que hacen las operaciones del esquileo, sin que se muevan de su sitio, y llegaban los tragos diarios que les daban, sin contar los de las tres comidas, a dieciocho por persona. Echavino es lo mismo que escanciador.

Emborrillar, tr.—Empedrar con cantos rodados que se recogen de los llamados ríos viejos para emplearlos como material para el piso de las calles y plazas.

Empanerar, tr.—Guardar o almacenar cereales y otros productos agrícolas en la panera.

Entecarse.—Enflaquecer, estar enfermizo, debilitarse. El Diccionario de la Real Academia Española incluye la palabra

entecarse como anticuada; pero se usa mucho en Segovia y las demás provincias de Castilla la Vieja.

Empedrado, adj.—Cielo cubierto de nubes de pequeñas dimensiones, muy juntas unas a otras. Véase el refrán siguiente: «Cielo empedrado, suelo mojado».

Encentar, a. n. cep.—Empezar, y también, en vez de lacerar, estar dolorida una persona; por eso se dice: «Fulano tiene el cuerpo encentado», en lugar de decir que lo tiene llagado.

Encuatreo, m.—Uno de los tiempos que hacen los danzantes durante la danza, y que lo efectúan de cuatro en cuatro.

Enjundioso, sa, adj. n. acep.—Persona que es muy pesada o demasiado molesta.

Enmujerada, adj.—La muchacha de pocos años que la visten lo mismo que a las mujeres mayores de edad.

Enombrar.—Llamarse motes o apodos.

Entradera, f.—Entrada. El Diccionario de la Real Academia Española dice entradero, en desuso; pero en la provincia de Segovia, ni es masculino ni está desusada esta palabra. En el término del Villar de Sobrepeña hay un paraje llamado Las Entraderas.

Entraílla, f.—Baile de gala que en la tierra de Segovia se baila en las grandes festividades.

Entrepelado, da, adj.—Se dice de la tierra de labor que se halla en parte rodeada, sin que se puedan señalar fácilmente sus respectivos linderos.

Entrar en rostro.—Cuando una persona está comiendo constantemente una cosa y se cansa de ella. Se emplea en Castroserna de Abajo.

Erialon, adj. ame.—De erial. Dícese también irialón.

Erio, m.—El día de la semana que toca el turno a uno para el aprovechamiento de agua de riego que pertenece a un pueblo o Comunidad de regantes.

Escabeche, Marantona.—Contestación evasiva que se da en Segovia cuando no se quiere responder a lo que a uno le

preguntan, y especialmente cuando se pregunta lo que se va a comer y no se quiere satisfacer la curiosidad del preguntante. La *Marantona* era una bruja célebre en otros tiempos, que tal vez se llamaba María Antonia, y por contracción, Marantona.

Escaecer, a.—Desfallecer, morirse de hambre.

Escarriao, a, adj.—Descarriada, apartado del carril. La oveja que se ha separado del redil, se dice que está escarriada. Véase el refrán: «Oveja escarriada, del lobo huye».

Escentao, adj.—La parte de pan que queda de una hogaza cuando ésta se ha empezado. Se emplea en Castroserna de Abajo y en otras localidades de la provincia de Segovia.

Escolante, m.—El que va a la escuela; el muchacho que está aprendiendo las primeras letras.

Escollado, a, a. adj.—Animal que no tiene pelo o pluma en el cuello.

Esfiladres, m. pl.—Cintas con que se atan las alpargatas. Se emplea la palabra enfilandres en este cantar:

Llevas alpargatas nuevas
con las esfilandres verdes;
como eres hijo de viuda,
te sales con lo que quieres.

Espigandera, f.—La que espiga o recoge las espigas. El Diccionario de la Real Academia Española dice espigadera y espigadora.

Espigar para la novia.—Antigua costumbre que tenían las mozas y mozos en algunos pueblos, de dedicar el producto de lo que recogían, cuando se aproximaba la celebración de una boda, a comprar utensilios de casa y cocina para regalárselos a la novia el día que se casaba. La oferta se hacía por lo general durante el baile. En 1570, estando en Valverde doña Ana de Austria, que se dirigía a Segovia a casarse con Felipe II, las mozas y mozos del pueblo la espigaron, ofreciéndole varios utensilios, que dicha señora agradeció mucho, y los regaló después al hospital de Segovia.

Espigar para las ánimas.—Piadosa costumbre que hay en algunas localidades de emplear lo del espigueo, en determinados días, en sufragios u otras prácticas religiosas por el eterno descanso de las almas que están en el purgatorio.

Espinariego, ga. adj.— Natural del Espinar. Perteneciente o relativo a esta villa de la provincia.

Espirdeño, adj.—Natural de Espirdo.

Estameñero, n.—El que hace o fabrica el tejido de lana llamado estameña. Esta industria quedó reglamentada en Segovia por las ordenanzas que se concedieron a los estameñeros el año 1624.

Estirador, m.—Operario encargado en las fábricas de paños de alargarlos y ponerlos tirantes y tersos.

Esvariar.—Delirar; se emplea esta palabra en el refrán siguiente: «Cuando canta mi moza, esvaría o está loca».

Esralear, a.—Arrancar el lobo la piel a la oveja para devorar su carne. Se emplea este verbo en el refrán siguiente: «Cuando el grajo grajea, el lobo esralea».

Facedores de paños, m. pl.—En esta denominación se incluían los oficios principales en que se dividía la industria pañera en Segovia.

Factor, m. n. acep.—Capataz o intendente que dirigía el esquileo, por ser conocedor de la lana, y que procedía del gremio que había en Segovia llamado de recibidores.

Falandero, n. a.—Niño pequeño acostumbrado a estar en las faldas o haldas de su madre, o de la cría. Dícese también faladeiro y faldero.

Fándula, f.—Envoltura del piñón que se halla después de la cáscara; es lo que vulgarmente se llama camisa; también se emplea esta voz en la provincia de Valladolid.

Fantesía, f.—Fantasía, en el sentido de orgullo, presunción; en Segovia es muy frecuente el «fantesía y pobreza, todo en una pieza».

Fardel, m. n. acep. fig.—Bolsillo que se atan las mujeres a la cintura.

Farelo, m.—Gallegos que acuden anualmente a trabajar en las faenas de la siega; equivale a segador.

Fe de bautismo, f. n. acep. fig.—La virginidad, tratándose de la mujer, como puede verse en este cantar:

A mí me gustan las rubias,
las altas y buenas mozas,
pero que ninguna tenga
la fe de bautismo rota.

Feble, adj. n. acep.—Se aplica a las tierras de labor que sólo sirven para sembrar en ellas centeno o algarrobas, por ser endebles o de poca sustancia.

Ferear, a.—Feriar.

Fetosín, m.—Enfiteusis, y otros dicen fetesín. Algunos Ayuntamientos, entre otros, Bernuy, Muñoveros, Cantimpalos, Escalona, Escarabajosa, Turégano, Mozoncillo y Yanguas, tienen extensas propiedades, que ceden en censo enfitéutico a los vecinos que reúnen determinadas condiciones.

Florentina, f.—Polla de agua, llamada rascón en otras provincias.

Fore, adv.—Afuera, y así lo vemos en el caso siguiente:

Fore, milano,
no hay pollos hogaño;
en cá del cura hay uno,
pero en casa, ninguno.

Frascado, adj.—Enfrascado, refiriéndose generalmente al vino echado en un frasco.

Fregandera, f.—Fregona, la que friega y ayuda al servicio de la cocina.

Fuencisla, f.—Según algunos, de *fons-stillaus*, denominación de la imagen de María Santísima, patrona de Segovia.

Funcionero, ra, adj.—Lo que es propio o perteneciente a la función o fiesta de un pueblo. Así se dice «chorizo funcio-

nero», del que se guarda para comerlo en la época de la festividad de un lugar determinado.

Galas, f. pl.—Cantidad en metálico que los padres del novio entregan a la novia al hacer el contrato matrimonial. Si la boda no llega a celebrarse por culpa de la novia, tiene ésta que devolver lo que recibió para galas; pero queda a beneficio suyo si es el novio el que se opone a que se efectúe el matrimonio.

Galgos, m. n., acep. fig.—Nombre que dan los habitantes de la Sierra de Guadarrama a los aludes o avalanchas.

Ganguino, m.—Tal vez de ganga, negocio. El ganguino es animal de leyenda y, según la gente sencilla, el que consigue cazar un ganguino ha logrado asegurar la fortuna para toda su vida. Los que aseguran haberle visto dicen que el ganguino tiene mucho de lobo y barbo de río, parte también de cabra y gallina y que alcanza más de trescientos años de vida.

Garbosito, ta, adj.—Diminutivo de garboso; se emplea en este cantar:

> Eres como el aganieves,
> garbosita en el andar,
> poca carne, mucha pluma
> y durita de pelar.

Garear, tr.—Echar la paja en los pajares valiéndose del gario.

Gariador, m.—El que echa la paja después de la recolección desde el carro al boquerón del pajar. Se emplea también en este sentido, entre otras provincias, en las de Burgos y Santander.

Generales de la Tierra, n. pl.—Nombre que se daba a los representantes que a principios del siglo pasado tenía el Ayuntamiento de Segovia en Madrid para encargarse de los asuntos que habían de pretender y tramitar cerca de la corte y los consejos.

Guiador, m.—El encargado de distribuir el agua del acue-

ducto para el abastecimiento de la población, o sea el que hoy se llama fontanero mayor.

Glárima, f.—Lágrima.

Gobernar, a. n. acep.—Arreglar, reparar.

Gocho, m.—Hoyo redondo que hacen las perdices, donde anidan.

Granjeño, ña, adj.—Natural de La Granja o Real Sitio de San Ildefonso; perteneciente o relativo a esta población.

Guarda de los panes, m.—El que cuida de las tierras sembradas de cereales llamadas de *pan llevar;* se les denomina también guarda del campo.

Gurrumba, f.—En Castroserna de Abajo, especie de fiesta que celebran los danzantes en cualquier día después de la función con el dinero que recogen durante ésta.

Gutear.—Olfatear, buscar.

Guto, m.—En Castroserna de Abajo, al cerdo; también de la persona que es muy vividora dicen que es guta o que todo lo gutea.

Hacer el Gallo.—Merienda que organizan los niños de la escuela en algunos pueblos de la provincia con lo que recogen durante el Carnaval pidiendo por las casas con ese objeto.

Hacer el son.—Acompañar con sartenes y almireces a los que cantan o bailan cuando no se dispone de música de otra clase.

Hacer las Joyas.—Comprar los novios lo que necesitan para poner casa cuando se casen.

Hacerse mozo.—Alternar con los que se consideran como tales, y para esto se paga la media arroba de vino a los que lo son.

Hearena, f.—La Custodia que se guarda en la Catedral de Segovia y saca todos los años el día de la procesión del Corpus. Es una magnífica obra de arte que construyeron en Madrid desde 1654 a 1656 los célebres plateros Rafael González y Hearena, del que tomó su denominación.

Henarillo (El), m.—Función que celebran anualmente en el Santuario de Nuestra Señora del Henar el domingo siguien-

te al de la fiesta principal de esta imagen, con objeto de que acudan a ella los que no pudieron asistir el día de la festividad de la citada Virgen, una de las más veneradas en la tierra de Segovia.

Hierbasana, f.—Hierbabuena. Esta planta, en escritos de los siglos XIV y XV, se llamó también hierbasanta.

Hontamilla, f. (día de).—Hontana, fuentecilla.

Hornera, f. n. acep.—*Panadera*, la que vende pan de horno; pero en la acepción usada por la Real Academia Española en su Diccionario es persona que tiene por oficio cocer pan.

Ijada, f. n. acep.—Aguijada. En sentido figurado, la frase *meter a uno una cuarta de ijada* equivale a excitarle para que haga algo, y se aplica a los perezosos.

Ir a Obrerizos.—Tomar parte en los trabajos que como prestación personal se exigen a los vecinos en los pueblos, y que no, paga dos pesetas de multa, invirtiéndose lo recaudado en vino, que se reparte entre los que concurren a estos trabajos concejiles.

Ir de Tratos.—Ir a hacer el ajuste de la boda los que han de estipularlos.

Irse de Vareta, frase fig.—Tener diarrea.

Instrumentero, m.—*Dulzainero* y *tamborilero*.

Ita, f.—Pieza de arado común.

Jabaluna, f.—Piedra blanca muy dura.

Juez de la Hermandad.—En Segovia. El presidente de la Asociación de casados para el mutuo auxilio en caso de enfermedad o muerte. Las Asociaciones de casados se llaman también Hermandades o Cofradías.

Jugón, m.—*Jubón*, como lo demuestra este antiguo cantar:

Marusiña, marusiña,
hija del corregidor,
siendo tu padre tan rico,
¿cómo tiés tan mal jugón?

Junta del Agua.—Reunión de los que están encargados de dirigir la Comunidad de Regantes.

Junta de Viñas.—Los Ayuntamientos limítrofes, como Turégano y Veganzones, cuyos vecinos poseen viñedos en terreno de uno y otro términos, se reúnen, previa citación, después que el guarda de las viñas avisa que la uva está en sazón, en rededor del coto que separa las dos jurisdicciones para tratar acerca del día en que ha de empezar la vendimia en uno y otro pueblo. Si se ponen de acuerdo, meriendan, internándose los de cada Concejo en tierra de su término, y determinan hacer la vendimia cuando mejor les parezca, y esa reunión es lo que llaman Junta de Viñas.

Jurco, m.—*Surco*.

Jurgar, tr.—Enredar los chicos pequeños.

Justicia (ser de).—Pertenecer al Ayuntamiento, ejercer el cargo de juez o fiscal municipal. Los bancos qué se reservan en el presbiterio de las iglesias en los pueblos para que tomen asiento las autoridades se llaman *bancos de justicia*.

Lamucas, f. pl.—Palos horizontales que sujetan la cincha a uno y otro lado de la albarda para poder llevar los haces de mieses.

Lastra, f.—Terreno abundante en piedras de mala calidad y poco a propósito para el cultivo.

Lastreño, ña, adj.—Natural de Lastras de Cuéllar.

Lastreño, ña, adj.—Lo perteneciente a las lastras, como, por ejemplo, *manzanilla lastreña*, variedad de la manzanilla dulce y muy aromática que se cría en el terreno llamado Las Lastras, en la Higuera y otros puntos de la provincia de Segovia.

Lata, f. n., acep.—Vara larga que se emplea para varear los nogales a fin de que se desprenda de ellos el fruto.

Lechigas, f. n., acep.—La cría de las cerdas.

Lechuguina, f. n., acep.—La Real Academia Española dice en su Diccionario que *lechuguina* «es la mujer joven que se compone mucho y sigue rigurosamente la moda», pero en tierra de Segovia se empleaba la palabra *lechuguina* en el sen-

tido de mujer de vida alegre, y con esta significación se usa en el cantar siguiente:

No me digas *lechuguina*,
porque te diré borracho;
las *lechuguinas* son tunas
y yo no soy de esos tratos.

Legadera, f.—Soga de esparto que usan los esquiladores para ligar las ovejas.

Legativa, f.—Lavativa.

Levantar manteles—Cuando ha terminado la comida el día de una boda entran las mozas cantando y tocando instrumentos músicos en la habitación donde aquélla se celebra, y a esto se llama *levantar manteles* y también *levantar las mesas*.

Ligador, m.—El que saca las ovejas del bache al rancho, atando los pies y manos de las reses con cuerdas de esparto, para entregarlas a los esquiladores.

Lobada, f.—Lomo del terreno no removido por el arado entre surco y surco. El Diccionario de la Real Academia Española emplea la palabra *loba* con la misma significación, pero en la provincia de Segovia dicen *alobado* y *lobada*. Véase *alobado*.

Luchar la espalda.—En Castroserna de Abajo. Esta clase de lucha tiene lugar en las bodas entre los mozos del pueblo del novio y los de los pueblos cercanos que asisten a ellas; el novio da una peseta a los mozos del pueblo y éstos tienen que lucharla con los otros mozos, y los que ganen las luchas que han convenido se llevan la peseta y si alguna de las luchas no se considera legal tienen que repetirla y dicen que no es de *aguachis*.

Luises, adj. n. n., acep.—Los que acuden al Real Sitio de San Ildefonso a ver correr las aguas de las fuentes de los jardines, particularmente el día de San Luis, rey de Francia (25 de agosto).

Luminaria, f. n., acep.—Nombre que dan a las hogueras que encienden los que acuden al santuario del Henar la no-

che que pasan en la pradera que le rodea en los ranchos que forman los de los diferentes pueblos que acuden a la romería.

Llamera, f.—Pan que se hace más delgado que las hogazas, al que le dan en la cara superior un poco de aceite.

Llerir, intri.—Hacerse daño, aunque no se haya hecho herida alguna el dañado.

Llevar en puesto.—Conducir las yeguas y burras a la parada.

Maestre de Campo, m. n., acep. fig.—En Sepúlveda. El individuo de la Cofradía de la Virgen de la Pena que por turno riguroso tiene la obligación de costear los gastos que originan las fiestas que se celebran anualmente en el mes de septiembre en honor de la citada imagen.

Maladarse, r.—Dañarse una cosa, ponerse enferma una res.

Maniantal, m.—Manantial.

María, f.—Según el Diccionario de la Real Academia Española es moneda de plata valor de doce reales de vellón, que mandó labrar la reina doña María de Austria durante la menor edad de Carlos II; pero lo exacto es que las *Marías* o *Marietas* son monedas de a ocho cuartos, dos y un reales de plata que se acuñaron, no sólo durante la menor edad de Carlos II, sino también en el reinado siguiente.

Marcina, na, adj.—Lo que es propio del mes de marzo.

Mata, f. n. acep.—Lote compuesto de un número variable de pinos entre 500 como mínimo y 2.000 como máximo y repartido a precio módico entre los vecinos dedicados en cada pueblo a aprovechar los productos resineros de los pinares. Se llama también *peguera*.

Mateño, ña, adj.—Natural de la Mata de Pirón.

Matillano, na, adj.—Natural de la Matilla.

Media Novena, f.—Oficio de difuntos y misa que durante cinco días se aplican por el alma de alguien.

Media renta, f.—Porción que se adjudica de un conjunto de tierras que se tienen en arrendamiento. Se hace el reparto

comunicándolo al dueño, que generalmente lo acepta, por pasar de padres a hijos, según costumbre, las tierras arrendadas.

Memoria de Testamento, f.—Modo de consignar la última voluntad sin cumplir la formalidad legal de acudir al notario. Se redacta en papel común y la firman tres testigos, que dan fe del acto.

Mercader de varas, m.—Se llama así el que vendía cintería, mercería, tejidos y otros géneros al menudeo para distinguirle del fabricante de paños.

Mesa de Galas, f.—Es la que se destina en las fiestas de bodas en los pueblos para depositar sobre ella las ofrendas que los invitados hacen a la recién casada. En la *Mesa de Galas* se coloca un jarro con vino y pan, con lo que el padrino que está sentado junto a ella, obsequia a los donantes después que éstos bailan las galas a la desposada.

Misión, f. n. acep.—Cuando se suspende algún día la labor del esquileo se da por la mañana a cada diez personas una oveja viva, un pan y un trago de vino, sin más ganancias, y a esto se llama *misión*.

Mocetada, f.—Véase *Mozada*.

Mochilero, m. n. acep.—Criado que lleva la comida a los pastores, y se llama así porque la conduce en un morral o mochila.

Montera de los doce Apóstoles, f.—Montera de terciopelo negro con doce adornos, que llamaban los *doce Apóstoles*, usada por las aldeanas de la tierra de Segovia en tiempos pasados.

Moñiga, f.—Boñiga.

Morenilla, f.—Diminutivo de *Morena*, nombre que dan a la imagen de Nuestra Señora del Henar sus devotos por su color análogo al de otras imágenes, como la de Atocha, la Almudena, etc.

Moreno, m.—Polvo de carbón mezclado con vinagre que usan los esquiladores de ovejas para curarles las cortaduras.

La Real Academia Española, en su Diccionario, emplea con el mismo significado la palabra *morenillo*.

Morenura, f.—La cualidad de ser morena una persona o cosa, según puede advertirse en el cantar que dice:

Morena, morena eres;
mal haya tu *morenura*,
que haces morir a los hombres
sin frío ni calentura.

Morillas, f. pl.—Trozos de piedra que se ponen en el hogar para sostener la leña; suelen ser dos ordinariamente, y en otras provincias, cuando son de hierro, se llaman *morillos*.

Morillón, m.—Utensilio de hierro parecido a las trébedes que se usa para sostener los pucheros a la lumbre.

Moro, m. n. acep.—Niño o niña desde que nace hasta que se le bautiza, y por esa circunstancia dicen que no se les debe besar hasta que sean cristianos.

Morquero, m.—Chorizo hecho con la tripa del cagalar.

Morrino, m.—Cerezo silvestre.

Mozada, f.—Reunión o conjunto de los mozos y mozas de un pueblo; se llama también mocetada.

Moza-pala, f.—Paleta que usan las mujeres para batir o sacudir la ropa cuando la lavan.

Muñoverense, adj.—Natural de Muñoveros, localidad de la provincia de Segovia.

Murrurona, adj.—Persona que murmura; se usa en vez de *murmuradora*, como puede verse en el siguiente cantar:

Murmura, murmurona,
murmura recio,
hasta que se te caiga
la de sin hueso.

Murrión, m.—Clavo que atraviesa el eje de los carros por ambos extremos y se coloca entre la rueda y la voladera.

Musiquero, m. n. acep.—El que toca la dulzaina y el tamboril.

Navarense, adj.—Natural de Nava de la Asunción, localidad de la provincia de Segovia.

Niche, m.—Hoyo que hacen generalmente los pastores en el cual entierran las nueces cuando están dentro del zurrón con el fin de que éste no se pudra.

Obrantío, m.—Toda clase de obras, particularmente el conjunto de obras de construcción de edificios.

Obrerizas, f. pl.—Trabajos personales que se hacen para el Concejo; duran dos o tres días al año; se empiezan el 16 de julio y consisten principalmente en reparar los caminos del término municipal, limpiar las caceras, fuentes, pozos, charcos donde bebe el ganado y en otros servicios semejantes.

Ochavero, adj. n. acep.—Representante del ochavo, subdivisión del sesmo, en la comunidad de Sepúlveda, u. t. c. s.

Ochavo, m. n. acep.—Subdivisión del sesmo.

Oficial mesero.—Categoría intermedia entre aprendiz y oficial que existía entre los pelaires.

Ofrenda, f. n. acep.—Una fiesta típica cuyos productos se destinan a que tenga luz permanente en la iglesia el Santísimo Sacramento durante el año. Esta fiesta la organizan los casados y mozos, y entre ellos eligen la *escuadra* o *compañía* de la *ofrenda*, que es la que celebra la función así llamada.

Ofrenda a la novia, f.—Lo que se da a la recién casada en los pueblos el segundo día de la boda por los invitados a ella se llama *ofrenda a la novia*, y con lo que se recauda se atiende a pagar los gastos que ocasionan los festejos que se celebran con motivo del casamiento.

Ofrendera, f.—En Segovia y otras provincias de Castilla la Vieja. La parienta que se designa en el testamento de uno para que a la muerte de ésta lleve la ofrenda a la sepultura y la alumbre, que es lo que se llama *asistir la sepultura*.

Opilado, da, adj.—Hinchado, abultado.

Orejero, m.—Cada una de las piezas o palos que el arado común lleva introducidos oblicuamente a uno y otro lado del dental, y que sirven para ensanchar el surco; así lo define

la Real Academia Española en su Diccionario, llamando a esa pieza *orejera*, pero en los pueblos dicen orejero.

Osero, m.—La guarida de oso. Según el Diccionario de la Real Academia Española debe decirse *osera*, pero la gente del pueblo dice osero, como lo prueba el refrán: «En febrero sale el oso del *osero*.»

Pagar la entrada.—Abonar media arroba de vino en unos pueblos y en otros una cuartilla, que exigen los mozos del lugar al forastero que tenga novia en él para que pueda festejarla sin que le molesten. En otras comarcas se llama esta costumbre *pagar el piso*, la *patente*, la *cantarada*.

Pagar la media.—Abonar media arroba de vino a los mozos de una localidad el que se dejen alternar con ellos como tal en sus fiestas, rondas, etc.

Pagar la Pila.—Abonar el padrino en un bautizo todos los gastos que éste ocasione y los obsequios que se hacen a los invitados.

Palote, m. n. acep.—Cada uno de los palillos o pequeños mazos que usan los que bailan la llamada danza de los palillos.

Panero, ra, adj.—El que come mucho pan o que le gusta mucho. La Real Academia Española, en su Diccionario, trae en estos sentidos el adjetivo *paniego*, pero en la provincia de Segovia no se emplea más que panero.

Pan mediao.—El pago del arrendamiento de tierras, entregando los que las labran el importe de la renta la mitad en trigo y la otra mitad en cebada o centeno; lo llaman *pan mediao*, y la Real Academia Española, en su Diccionario, lo denomina *pan* para *mitad*.

Pan sobao.—Pan que hacen para las funciones y bodas con aceite, azúcar y anises.

Paralejo pecero, m.—Aparato empleado para la pesca.

Paralís, f.—Parálisis.

Par de tierra.—Cada una de las ochenta partes en que se dividen los *fetosines* en Turégano se llama *par de tierra* o *suerte de tierra*, y tiene de extensión tres obradas.

Parral, m. n. acep.—En Segovia llaman *parrales* en la ca-

pital a los que acuden a ella de los pueblos, del mismo modo que en otras partes lo llaman *palurdos*, paletos, pardillos o catetos.

Partición de eras.—Costumbre de repartir anualmente por suertes el día 2 de julio entre los vecinos de un pueblo las eras que han de aprovechar para ultimar las faenas de recolección.

Parvero, m. n. acep.—El encargado de revolver la mies en la era mientras se está trillando, como lo indica este refrán: «El que no sirve para nada sirve para *parvero*.»

Pastor de Agua.—El designado el 1.º de abril por cada pueblo de los que forman la Comunidad de Regantes para que durante el año cuide de tomar las aguas cuando le toquen a su lugar respectivo, las reparta y recorra las caceras para velar por su conservación.

Pedredo, m.—Cencerro estrecho de boca y ancho por la parte de arriba que tiene un sonido más ronco que el llamado *piquete*.

Pegadera, m.—Sitio adonde se llevan las reses después de esquiladas para marcarlas.

Peguera, f. n. acep.—Segovia. Véase *Mata*.

Peladilla, f. n. acep.—Cochinillo que se come generalmente asado, y que por estar pelado se le denomina *peladilla* y también tostón, porque se tuesta al asarlo.

Penquero, adj.—Denominación familiar que dan los de los pueblos limítrofes al natural de Basardilla porque comen muchas pencas los de esta localidad.

Peón cacerero, n.—Guarda de la cacera para el aprovechamiento de las aguas de Navalcaz y encargado de distribuirlas, reconocer diariamente los obstáculos de la cacera y limpiarla para el mejor curso de las aguas.

Perogordeño, ña.—Natural de Perogordo.

Perchador.—Equivale a pelaire.

Preste, m.—Cargo distinguido en la Cofradía de Sancti-Spiritus que cuidaban del hospital de este título en la villa de Ayllón. Es lo que en otras localidades se llama *preboste*.

Pezcuño, m.—Pescuño.

Pinarejiano, na.—Natural de Pinarejos.

Piñero, n.—El que recolecta las piñas del pino piñonero. Se emplea también esta voz en la provincia de Valladolid.

Piojar, m.—Corta porción de terreno que se cede al guarda de una finca rústica para que la cultive por su cuenta. En otras regiones esa porción de terreno se llama *pegujal* y *pegujalero* al que la cultiva.

Pion, m.—Cierta clase de piedra.

Piquete, m. n. acep.—Cencerro más pequeño que el *pedredo* y de sonido muy claro.

Porcada, f.—Piara de puercos o cerdos, acep. fig. Acción grosera, descortés.

Par de las Pajas.—Equivale a decir que una cosa que se refiere ocurrió cuando estaban segando.

Portal, m. n. acep.—Atrio de la iglesia, y en este sentido se emplea en la siguiente copla, tomada de las que cantan los mozos en las bodas:

Coge, niña, ese rosario
de la cinta de turquesas;
cógele y vele rezando
hasta el portal de la iglesia.

Postura, f. n. acep.—Cantidad determinada de alimento que se da a ciertas horas al ganado, principalmente al vacuno.

Prinidera, f.—Materia empleada en el tejido de la estameña cuatreada.

Probadilla, f.—Corrida de toros que se celebra por la mañana en los pueblos el primer dia de toros para ver si es bueno el ganado que se ha llevado para la lidia.

Probadura, f. n. acep.—Porción de la matanza del cerdo que se regala en los pueblos a los amigos para que lo prueben.

Pueblorrio, m.—Pueblecillo, pueblo o lugar de escasa importancia, y se emplea en sentido despreciativo.

Puente Seca, f.—Nombre con el que se conocia en otro tiempo en Segovia el acueducto.

Puñeta.—Puño estrecho bordado con seda o lana negras que usaban las mujeres en las camisas de mangas largas.

Puñetera, f.—La que hace o borda puñetas, y, por tanto, la acepción recta de la frase *estar haciendo puñetas* no puede ser más clara; la figurada es muy diferente.

Púpula, f.—Reparo o pero que se pone a alguna cosa.

Quiñón, m. n. acep.—Individuo de un Cuerpo llamado *Los Quiñones* que se componía de cien lanzas de a caballo divididas en cuatro escuadrones de veinticinco, que ejercía los oficios de vigilancia y defensa de la ciudad de Segovia contra las invasiones de los moros. Especialmente tenían la misión de guardar la campiña los días de fiesta, mientras los segovianos asistían a los actos religiosos. *Los Quiñones* fueron creados en el siglo x por Día Sanz y Fernán García, y constituían un Cuerpo casi militar, que prestó grandes servicios a la población.

Quiñonero, m.—Jefe de una cuadrilla de quiñones.

Ramuca, f.—Rama corta o pequeña.

Ranquear, a.—Cojear arrastrando los pies. Véase el refrán: «El que no cojea, ranquea.»

Realín, m.—Diminutivo de real. Moneda de plata del valor de un real de vellón. La Real Academia, en su Diccionario, trae *realillo* y *realito,* pero en Segovia dicen *realín,* y lo prueba este cantar:

> Los ojos de mi morena,
> ni son chicos, ni son grandes,
> que son *realines de plata,*
> *pesetas de cinco reales.*

Recibidor, m. n. acep.—El que recoge el vellón después de cortado, separando las caídas que son de buena calidad. Suele haber un recibidor por cada quince esquiladores.

Recibir, m. n. acep.—Recibir la criatura equivale a partear, auxiliar a la parturienta.

Recomendación del Alma, n. acep.—Súplica que hace el sacerdote en la misa los días festivos para que los fieles ten-

gan presente en sus oraciones a un difunto. Generalmente se hace durante el primer año de la defunción, pero suele hacerse también en los sucesivos si hay quien lo disponga así.

Recuchar.—En Castroserna de Abajo. Empezar a despertarse uno que está dormido.

Recuello, m.—Cierta clase de leña.

Redada.—Lugar en el que se tiende la red para recoger o encerrar el ganado lanar durante la noche.

Refitolería, f.—Casa en que comían juntos los días de grandes festividades el obispo y los canónigos, cuando éstos vivían en comunidad; después el Cabildo daba de comer en la *refitolería* a los pobres que asistían a los oficios divinos, y, por último, las cantidades que se dedicaban a estas comidas se aplicaban a la Casa de Expósitos.

Reinado (El), m. n. acep.—Fiestas que celebran los mozos en los pueblos presididos por el *alcalde de mozos* en la Pascua de Navidad, y duran desde ese día hasta el de Reyes.

Rejero, m. n. acep.—Funda que se hace ordinariamente de esparto, en la que se guarda o conserva la reja del arado para que no se melle ni estropee.

Rejuntar, tr.—*Acumular, reunir.*

Rellano m. n. acep.—Terreno llano o apisonado que suele haber delante de las casas en los pueblos según lo indica el cantar siguiente.

> Ya no me dejan salir
> a la puerta ni al *rellano.*
> ¿Cuándo querrá Dios que salga
> del dominio de mis amos?

Remamada, adj. f.—Se dice de la mujer que está criando y queda extenuada por mamar demasiado la criatura que amamanta.

Remamar, tr.—Mamar con exceso las criaturas que se están criando; mamar hasta agotar la leche de la que la cría.

Rento, m. n. acep.—Préstamo, censo. Véase este cantar:

Tienes unos ojos, niña,
que si los dieras a *rento*,
no faltara quien te diera
un veinticinco por ciento.

Repiscar, a.—*Pellizcar*, *Repizcar*.

Resecura, f.—Acción de estar muy seca una cosa.

Reseña (La), f.—En Segovia llaman la *reseña* a las fiestas que se celebran en una iglesia como preparación de las de la Catorcena el año antes del que le corresponde conmemorarla.

Retazo, m. n. acep.—Subdivisión del rebaño; éste generalmente se compone de más de mil cabezas, y cada uno está guardado por dos pastores.

Retuto, m.—Criatura recién nacida abandonada por sus padres que es llevada por tránsito de unos pueblos a otros hasta la Inclusa de la capital.

Reule-ule, m.—Movimiento que llevan las mujeres cuando van andando y que da a los refajos cierta gracia; se emplea en Castroserna de Abajo, en este cantar:

Con ese reule-ule
que llevas en las *enaguas*,
parece que vas diciendo
de los ríos sale el agua.

Revolada, f.—Toque de dulzaina y tamboril que ejecutan el dulzainero y el tamborilero recorriendo las calles de un pueblo para anunciar que van a empezar los festejos del mismo; mudanza que hace el dulzainero en el tono cuando toca una pieza de baile.

Revolador, ra, adj.—Que revolotea o que va volando de un lado para otro. Se emplea en el siguiente cantar:

Pájaro *revolador*,
que en el pico llevas hilo:
dámelo para coser
su corazón con el mío.

Riazano, na.—Natural de Riaza. Perteneciente o relativo á esta villa de la provincia de Segovia.

Ribar.—Derribar, tirar.

Rilar, a.—Temblar.

Rilor, m.—Temblor, estremecimiento.

Ringla, en n. acep.—En *camino* ; lo que va derecho a un punto.

Ringo, m.—*Riño.*

Robla, f. n. acep.—Convite que hace generalmente el vendedor a los que están presentes cuando se hace algún trato o venta.

Rodada, f. n. acep.—Camino abierto por las ruedas de los carros.

Rolda, f.—*Ronda,* en el mismo sentido ; se emplea en la provincia de Santander.

Roldar, in. tr.—Rondar, cortejar a una mujer ; puede verse empleada en este sentido la palabra *roldar* en el cantar siguiente :

Roldar, mocitos, *roldar,*
roldar y no tengáis miedo,
que las mozas no se encuentran
en los pajares durmiendo.

Roldero, m.—El que ronda, rondador.

Rompizo.—Terreno recién roturado para dedicarlo al cultivo. La Real Academia Española trae en su Diccionario la palabra *rompido,* pero en Segovia, dicen *rompizo,* y en otras provincias también empleaban esta palabra para indicar esa idea.

Ronciar.—Porfiar. Se emplea, entre otras localidades, en Castroserna de Abajo.

Rucho, m. n. acep.—Canto pequeño.

Rundir.—Cundir, hacer que dure mucho alguna cosa.

Sabaleta, f. n. acep. fig.—De la muchacha que es muy vivaracha, pizpireta, que anda sin cesar de un lado para otro,

se dice que parece una *sabaleta*, frase que equivale a la que se emplea en otras provincias de parecer una sabandija.

Sayero, ra, m. f.—Persona que teje tela basta de lana burda para hacer sayos.

Sayetero, ra.—Persona que teje la tela de que se hacen los sayetes.

Seco (A).—Trabajar a jornal sin la comida, como ordinariamente se ajustan los obreros del campo.

Seis de los mozos (El).—Fiesta que celebran los mozos en Zamarramala el día siguiente al de la ofrenda (ésta se hace el día de Nuestra Señora del Rosario). *El seis de los mozos* consiste en misa de ánimas y después corrida de gallos a caballo en la plaza del pueblo.

Seise, m. n. ape.—Cada uno de los seis vecinos que se eligen por los pueblos que forman la comunidad de Ayllón para representar cada uno seis pueblos de la misma en las juntas comuneras. Dícese también *seise*.

Senarero, m.—Criado al que los amos dan, además de un salario, una porción de tierra para que la labre por su cuenta.

Señalar, tr. n. acep.—Se dice que se *señalan* o marcan los animales dañinos muertos cuando se les corta una oreja o una pata por el Ayuntamiento que ha pagado el precio por su caza, con objeto de que el cazador no los lleve a otro término municipal y los presente como cazados dentro de él.

Sepulvedano, m. adj.—Natural de Sepúlveda.

Sierra Vieja, n. acep.—Merienda escolar que en algunos pueblos, La Higuera entre ellos, celebran todos los años en día del mes de marzo el maestro de primera enseñanza y los chicos que asisten a la escuela. El viernes correspondiente a la mitad de la Cuaresma van los muchachos con la cruz de la escuela por las casas del pueblo pidiendo para la *sierra vieja*, y con los comestibles que reúnen celebran una merienda en el campo con asistencia del maestro; esta fiesta, original por el modo de organizarla y por su nombre, sólo se conserva en los pueblos de escasa importancia.

Simencera, f.—*Sementera*, y el Diccionario de la Real

Academia Española trae la palabra *semencera*, pero en realidad la gente del campo, en tierra de Segovia, dice *simencera*.

Sisones, m. pl.—A los de Zamarramala les llaman vulgarmente sisones, porque bajaban a vender a Segovia unas tortas que fabricaban en aquel lugar con más apariencia que sustancia, y a ellos alude la frase siguiente: «Los de sisón comen a este son.»

Solapo, m. n. acep.—Lo que se hace en el solano, o sea resguardado del frío; equivale a abrigo, ejemplo: *El Solapo de Molinilla* y *el Solapo del Aguila*, ambos en la región del Duratón (Sepúlveda).

Solicitador, adj.—Cada uno de los dos magistrados elegidos por los tintoreros, mercaderes y facedores de paños para que entendiesen en cosas necesarias al oficio, tales como el precio de materiales, los mercados convenientes.

Sombrilla, f. n. acep.—Sombrero de paja basta adornado con cintas de colores que usan las mujeres en verano para librarse del sol durante las faenas de la recolección.

Sonajeto, m.—Sonajero. Usase, entre otras localidades, en Pedraza.

Soncorchado, adj.—Mal *cocido*, y se aplica generalmente a los garbanzos para indicar que no han acabado de cocerse por no haberlos puesto a cocerse en buenas condiciones o ser de mala calidad. El Diccionario de la Real Academia Española trae *soncochar*, en el sentido de cocer la vianda dejándola medio cruda y sin sazonar.

Sumarro, m.—Trozo de carne magra y fresca de vaca o de cerdo que sazonándola con sal se echa sobre el fuego del hogar para que se ase sin emplear parrillas de ninguna clase.

Tacadera, f.—Cinta de que se servían los hombres para atacar o atar, por lo que la llamaban también *atadera;* la trampa de los pantalones, pasando un extremo de ella por detrás de la cintura y rodeándola hasta entrelazarla con el otro. Para ese objeto los novios quitaban a las mozas una liga, que ser-

vía para indicar que estaban en relaciones su anterior propietaria y el que la empleaba de *atadera*.

Tan y mientras.—Se emplea en vez de *entretanto*.

Telada, f.—Tenada. Cobertizo hecho con ramas en el corral para resguardarse.

Tener la barba.—Equivale a cortar el pelo y afeitar; es decir, ser el barbero y peluquero del pueblo. Al que desempeña tal servicio le suele dar cada vecino por que le afeite los jueves y domingos una cuartilla de trigo al año.

Tener la Semana Santa.—*Celebrar* los oficios con motivo de esas festividades. El Ayuntamiento de cada pueblo ajusta todos los años con el señor cura antes de que acabe la Cuaresma lo que ha de percibir por *tener* la Semana Santa, y si se ponen de acuerdo se celebran los oficios divinos, y si no, no.

Tener malos aperos.—Del que no hace bien alguna cosa, tiene poca maña o escasa habilidad; se dice en sentido figurado que tiene *malos aperos*.

Tercerilla, f. n. acep.—Una de las clases de salvado.

Tilbo, adj.—Traspuesto, privado de sentido, y dícese de la persona que ha sufrido un ataque o recibido un fuerte golpe que se ha quedado *tilbo*. Se emplea en Castroserna de Abajo.

Tirana, f. n. acep.—El último responso que cantan en los pueblos a los difuntos a la puerta de la iglesia antes de enterrarlo se llama *tirana*, como lo prueba el cantar siguiente:

> Cuando te estén preguntando
> si a otro quieres por esposo,
> a mí me estarán cantando
> la *tirana* y el responso.

Tirar al gallo.—Antigua costumbre de las fiestas de boda, que se conserva en casi todos los pueblos de la provincia y consiste en que al salir los recién casados de la iglesia los mozos cogen en hombros al novio y le llevan adonde están los demás mozos, que tienen atado con una faja un gallo vivo al extremo de una larga vara y lo levantan en alto, y el

mozo más joven presenta en un plato tres cantos de piedra al recién casado y con ellos tiene que tirar a dar al gallo: si le acierta y le toca o le mata se lleva el gallo y lo pagan entre todos los mozos, pero si ninguna de las tres veces le da, sueltan el gallo y tiene que pagarles una cuartilla de vino y pan, que comen los mozos a la salud del recién casado.

Tocar a la Agonía.—Costumbre de avisar con la campana de la iglesia parroquial que un feligrés está próximo a morir para que se le encomiende a Dios. Se dan tres toques si es hombre el moribundo, y dos si es mujer.

Tocar a temporal.—Costumbre de avisar con la campana de la iglesia parroquial cuando hay tormenta para que se resguarden los que se encuentran trabajando en el campo, y a esta costumbre se refiere el antiguo cantar siguiente, puesto en boca del sacristán:

Por tocar a *temporal*,
mis primicias me han de dar,
toque bien, toque mal,
tan, tan, *tan*, *tan*.

Toparra.—*Topera*, agujero que hacen los topos en la tierra. En algunas localidades, entre ellas Castroserna de Abajo, dícese topinero.

Tornadillo, m.—Reguero o surco de tierra que van dejando los segadores de dalle.

Toro del Concejo.—Le compra el Ayuntamiento, y por que le recoja y encierre paga un tanto al año a un vecino del pueblo. Tiene derecho el *toro del Concejo* a pacer libremente por todo el término municipal, sin que se le pueda hacer daño, pues el objeto es que se le mantenga por cuenta de todos.

Toscones, m. pl.—A los de Aldea del Rey los llaman vulgarmente los *toscones*, porque casi siempre están junto al fuego de las hogueras que encienden en este pueblo con los *tocones* o *tocas*.

Tramado, adj.—Tela muy fuerte que tejen con lino y lana

generalmente negra, y la emplean las mujeres para hacer manteos.

Trancón, m. am.—Palo grueso que se usa para asegurar la puerta además del cerrojo. Véase este cantar:

De tu puerta me despido,
de tu cerrojo y *trancón*,
y de ti no me despido,
prenda de mi corazón.

Trechero, m.—Pieza de arado que atraviesa por el dental y la cama.

Trillero, m.—El que hace trillos y el que los vende. Véase este cantar:

Por la calle va un trillero;
madre, yo me voy con él,
que aunque no lleve dinero,
lleva trillos que vender.

Tureganense, adj.—Natural de Turégano.

Universidad de Segovia y su tierra.—Nombre con que era conocida la Comunidad de la ciudad y tierra de Segovia.

Varanguel, m.—Vara larga un tanto gruesa que se usa para varear las nueces cuando están en el árbol. Así se llama en Castroserna de Abajo.

Velada, f. n. acep.—Funciôn que celebran los devotos de la Virgen del Henar, que asisten a su santuario la víspera de su festividad por la noche, cantando la Salve ante la imagen reunidos los de cada pueblo por grupos con sus dulzainas y tamboril. También se llama *velada* en Santa María de Nieva la ceremonia de ofrecer la noche del 7 de septiembre a la imagen de Nuestra Señora de Nieva en su santuario los cirios comprados con las limosnas recogidas durante el año por las pedidores de la localidad, elegidas entre las jóvenes principales de la población.

Veldero, m.—Palo largo que ponen cuando están abel-

dando para separar la paja que tiene grano de la que no lo tiene. Se emplea en Castroserna de Abajo.

Velero, m.—*Candelero*.

Visandina, f.—Nombre antiguo con que se conocía en Cuéllar la Cofradía de Nuestra Señora del Henar.

Volada, f. n. acep.—Ráfaga de viento. En esta acepción se usa la palabra *volada* en el cantar siguiente:

Es mi dama tan bonita,
que cuando va por la calle
tengo miedo que la bese
alguna volada de aire.

Volvedera, f. n. acep.—Soga que usan los labradores cuando están arando para hacer volver a la yunta al final del surco. Dícese también *robredita*.

Voz pública.—La campana que se emplea para avisar todo lo que interesa a la generalidad de los vecinos se llama en los pueblos *voz pública*. También se da este nombre al pregonero, cargo anual y gratuito que desempeñan los vecinos casados más jóvenes, que hacen de alguaciles del Ayuntamiento por turno riguroso.

Zamarriego, ga, adj.—Natural de Zamarramala.

Zampagranzas, com. fig.—Persona que come de todo, sin reparar en la calidad. También se dice *majagranza*.

Zaratán, m. n. acep.—Taller u obra destinado a la cordelería. Así lo llamaban en Segovia, Cuéllar, Sepúlveda y otras localidades en donde hacían cordeles y cuerdas de cáñamo. También lo denominaban *zaratana*.

Zarragón, m.—Nombre con que se designa en algunos pueblos, Cabezuela entre otros, el que dirige a los *botargas* durante la función en que intervienen, y tienen la obligación de enseñar a los danzantes, por lo que le abona el Ayuntamiento 15 pesetas al año.

Zarragona, f.—Daño o destrozo en los intereses.

Zarzalero, adj.—El que anda entre zarzas. Véase el cantar:

Soy pájaro zarzalero,
que me meto en los zarzales,
y en tu casa no me meto
porque no quiere tu madre.

Zorra, f. n. acep.—Nombre que dan en Duruelo al que dirige y enseña las danzas a los *botargas*.

Las voces acabadas de enumerar, que se han reunido como materiales para la formación de un vocabulario segoviano, no son más que unas cuantas de las muchas que pueden recogerse con ese objeto, pero son suficientes para comprender la importancia que tienen para los aficionados a estudios lingüísticos; mas hay que advertir que aunque los vocablos aquí consignados se han recogido en diferentes localidades de la provincia de Segovia, hay algunos de ellos que se emplean también en las provincias que limitan con ella, lo que se explica fácilmente porque al hacer la actual división administrativa del suelo español se segregaron de la jurisdicción de Segovia extensos territorios, que se incorporaron a las provincias formadas en torno de la tierra de Segovia.

GABRIEL M. VERGARA

ARCHIVO

Nombres de la vaina de las legumbres

Vagina

Vaina.—Judías verdes, en vasco.
Veina.—Cataluña.
Vainilla.—Agreda y Serón (Soria).
Bañak.—Vaina verde de la judía; Larrabezúa y Guernica (Vizcaya).
Baiñia.—Lasarte (Guipúzcoa).

Siliqua

Ceruca.—Salvatierra, Orduña, Berberana (Alava).
Jeruca.—Durango (Bilbao).
Seruca.—Alto Aragón; Boltaña, Sos.
Seruga.—Nestares (Logroño).
Ziruga.—Vaina de garbanzos; Logroño.
Zoruga.—Vaina del garbanzo; Logroño.
Saruga.—Aragón y vasco navarro.
Aruga.—(Por *las (s)arugas*) Torralba de Ribota (Zaragoza).
Jaruga.—Andalucía.

Baca

Babullo.—Navia, Coaña, Villayón (Asturias).
Baga.—Cápsula que contiene las semillas del lino; Aljucen, Calamarte, Mérida (Badajoz).
Bagullo.—Barcala, Fonsagrada (Lugo).

Baguera.—Cáscara o vaina de los garbanzos; El Bierzo (León).

Baguerreta.—Vaina de los garbanzos; Rodanillo, Vega, Cubillo, El Bierzo (León).

Babuyu.—Villapedre, Navia, Ponticiella (Asturias).

Bagueta.—Vaina de garbanzos; El Bierzo (León).

Quassicare

Cascabillo.—Vaina o envuelta del grano de trigo o cebada; San Clemente, Enguidanos (Cuenca).

Cascabullo, cacabu.—Vaina de las legumbres y también cascarilla de la bellota; Celanova, Melgaco (Orense).

Cascajo.—Aibar, Elizondo (Navarra).

Cáscara.—Término general para designar la vaina seca de las legumbres.

Casco.—Grañén, Sesa (Huesca).

Capsa

Cazula.—Cedeira, Valdoriño y Santa Marta de Ortigueira (La Coruña).

Casula.—Ferrol, Mugardos, Neda (La Coruña).

Casulo.—Bau de Limia (Orense).

Caša.—Bustillán (Asturias).

Cašina.—Pravia, Castrillo, Corvera, Noreña, Salas (Asturias).

Cajina.—Villoria, Aller (Asturias).

Casilla.—Pola de Lena, Ujo (Asturias).

Casullo.—Santa Cristina, Polvorosa y Castrogonzalo (Benavente), y en Sanabria (Zamora).

Casulles.—Vainas o cáscaras secas de legumbres; Onís, Paredes, Luarca (Asturias).

Casiella.—Cangas de Tineo y Civea (Asturias).

Casulla.—P. de Sanabria (Zamora).

Volvulu

Gárgola.—Adanero y Cantalejo (Segovia).

Gargorría.—Mundaca (Vizcaya).

Gárbula.—Vaina seca de los garbanzos; Campo Real, Galapagar (Madrid); Tamames y Monsagro (Salamanca).
Golba.—Límite de la Mancha, y Valencia: Almansa, Balsa de Ves y Casar de Ves.
Górgola.—Navalmoral de la Mata, Peraleda (Cáceres).
Gauba.—Torquemada, Grijota y Magaz (León).

Cappa

Capelo.—Ortegueira y Foz (La Coruña).
Cupela.—Curexeiras (Orense).
Caparrona.—Santacara, Olazagutia (Navarra).
Capí.—Vaina de legumbre cuando está tierna; Pancorbo (Burgos), Osorno (Palencia).
Capizarres.—Ulsana y Escaroz (Navarra).

Calcea

Calzón.—La Línea (Cádiz), Mañeru (Navarra) y Logroño.

Pelle

Pellejo.—Genevilla (Navarra).
Pel bachoca.—Chelva y Villar del Arzobispo (Valencia).

Palea

Pajolla.—Monistrol, Prats del Rey, Tarrasa (Barcelona).
Paraja.—Navia (Asturias).
Pallufa.—Tortosa, Reus, Alcanoz (Tarragona).
Pallarofa.—Zorita del Maestrazgo y Vitabella del Maestrazgo (Castellón).
Palloja.—Valle de Ribas, Asuer y Bascara (Gerona).

Arista

Arista.—Almaza, Burgo de Osma, Torralba del Burgo y Berlanga (Soria).

Conchula

Concho.—Betanzos, Oza, Abegondo (La Coruña).
Cancherla.—Enfeste y Mellid (La Coruña).

Malu Foliu

Farfolla.—Vaina o envoltura de las panojas de maíz, mijo y panizo; La Codosera y Villanueva del Fresno (Badajoz).
Perfolla.—En las mismas localidades que la anterior.
Perifolla.—Murcia y su huerta: Torre Pacheco, Orihuela, Abanilla (Murcia).
Barfolla.—Vaina seca de legumbres, después de desprender los granos; Alcañiz, Híjar (Aragón).

Cornu

Cornello.—Caldas (Pontevedra).
Cornecha.—Herbón, Lampay, Rois, Padrón (La Coruña).
Cornella.—Mondón y El Bollo (Orense).

Vas

Vasillo.—El Viso de San Juan (Toledo), Campo Real (Madrid).
Vaja.—Hoznaeche (Badajoz).
Basina.—Sotomayor y Covedo (Pontevedra).
Baxinga.—Bable occidental.

Faba

Fabaraca.—Pino, Aller (Asturias).
Habera.—Vaina de haba; Aliaga, Híjar, Castellote (Aragón).
Ayuca.—Balconete, Sacecorbo y Arbeleta (Guadalajara).

Phaseolu

Fréjol.—Barrientos, Lorenzana, Riaño, Boñar (León).
Frejos.—Pombriego y Cabrera Alta y Baja, región llamada Las Hurdes Leonesas (León).
Fréxoles.—Sanabria. Lo mismo que el anterior.
Fréxules.—Sarria: judía verde con la vaina; Sanabria: la vaina sola de estas judías.
Fréjules.—Sanabria.
Frejones.—Hornachos, Ribera del Fresno, Fuente del Maestre (Badajoz).
Fejons.—Denia y Javea (Alicante).

Erviliu

Orbejilla.—Baracaldo, Sestao (Bilbao).

Caryon

Garullo.—Fuente Pinilla, Torralba del Burgo, Burgo de Osma (Soria)
Calucha.—Alcobendas, Ajalvir (Madrid).
Calleja.—Casar de Periedo, Asón y Selaya (Santander).
Careja.—Ribadavia y Melgaco, Barbantes (Orense).

Canna

Cañaza.—Langreo, Ciaño, Oviedo (Asturias).
Cañuto.—Caparroso (Navarra).
Canute.—Alguazas y Molina (Murcia).

Folliculu

Hollejuelo.—Pellejo o piel delgada que cubre algunas legumbres.
Hollejo.—Voz oída en varios pueblos de Bilbao, indicando la vaina seca de legumbres.

Defollare

Esbillar.—Quitar la vaina; San Esteban de Leces, Ribadesella (Asturias).

VARIAS

Tabella.—Valle de Ribas, Llagostera, Caloya (Gerona).
Tabilla.—Lorca, Totana (Murcia); Caspe, Híjar.
Tabella.—Vaina o envoltura (Vich y Barcelona).
Tabina.—Vaina verde; La Moraña (Avila).
Asbala.—Toniño y Goyán (Pontevedra).
Fárfara.—Jaráiz, Plasencia, Almaraz (Cáceres).
Grancia.—Pajones gordos, espigas y *vainas* que no se desgranan en la trilla; El Bierzo (León).
Alfaza.—Paves, Peñamellera (Asturias).
Argaña.—Destriana, Sueros de Cepeda, Astorga (provincia de León).
Cabeón.—Arellano (Navarra).
Calonge.—Larraga, Beascoain (Navarra).
Cloveia.—Andraitx (Palma de Mallorca).
Clovella.—Bordils y Pollenza (Mallorca).
Colga.—Yecla, Jumilla y aldeas (Murcia).
Corfa.—Altaya, Salsadella, Aves del Maestre (Castellón).
Escorfa.—Carlet, Chiva, Cheste, Tons (provincia de Valencia).
Colfa.—Villena, Guardamar (Alicante).
Ergaza.—Colombres, Llanes (Asturias).
Garrobaza.—Cespedosa de Tormes (Salamanca).
Gaxa.—Bóveda, Puebla de Bollón (Lugo).
Guija.—Bacares y Serón (Almería).
Herrete.—Fuente de los Cantos, Montemolín, Bodonel de la Sierra (Badajoz).
Malcana.—Pueblos de la montaña de Navarra.
Patillas.—Norte de Alava.
Pelufa.—Orihuela (Alicante).

Solejo.—Almendra (Salamanca).
Tana.—Calatayud (Zaragoza).
Tástana.—Vaina de garbanzos; Burgo de Osma (Soria).
Bajoca.—Pozohondo, Ontur, Alcadozo (provincia de Albacete).
Bachoca.—Huesca, Ayerbe, Loarre, Alto Aragón (Huesca).
Bachogue.—Alcoy, Bañeras, Onil (Alicante).
Sabajoca.—Capdepera, Antá (Mallorca).
Mucheta.—Col de las Falgueras, Canalps, Pirineos (Cataluña).
Barša.—Sarria, Samos, Incio, Baralla (provincia de Lugo).
Bérsula y *béršula*.—Páramo, Castroverde (Lugo).
Teki.—Vaina de haba; Elanchove, Ibarranguelna y Ajanguiz (Vizcaya).
Zorro.—Envoltura o vaina de las legumbres; Saturrarán (Guipúzcoa).
Leca.—Atán (Guipúzcoa).
Lega.—Beasaín (Guipúzcoa).
Licaz.—Plencia y aldeas de Bilbao; Santurce (Bilbao).
Leica.—Salvatierra, Berberana (Alava).
Lequie.—Deva y Azpeitia (Guipúzcoa).
Idarleca.—Vaina del guisante: Zumárraga y varios pueblos vascos.
Babaleca.—Vaina de las habas (Vizcaya).
Zucarra.—Amurrio.
Indijabi.—Vaina de alubia; Vizcaya.
Azala.—Corteza y también vaina de legumbres; Saturrarán, Motrico (Guipúzcoa).
Asala.—Deva, Ondárroa (Guipúzcoa).

María Carmen López Piñeiro

La Gacería

A cuarenta kilómetros de Segovia, en la carretera que va a Aranda de Duero, está situado Cantalejo, que ostenta con orgullo su título de «ciudad».

Una parte de su población—alrededor de cuatrocientos vecinos—se dedica a las labores del campo. Es el sector menos numeroso. Abundan en su término los pastos, que sirven de sustento a su ganado lanar, vacuno y mular. Esta es la causa de que muchos se dediquen al «trato» de ganados. Pero, sobre todo, abundan los pinares. La madera de estos árboles y la del chopo, que adquieren en los pueblos vecinos, es la base de la cual otro sector del pueblo, el más numeroso, se sirve para su industria. Familias de artesanos fabrican con ella trillos, muebles rústicos, cribas y harneros, y estas mismas familias parten de tiempo en tiempo por las carreteras de España a «hacer el viaje». Van a vender sus trillos y sus cribas. Hace unos años, caminaban los pobres en burro y los ricos en carro de mulas. Ahora van en carro de mulas los pobres y los ricos en camionetas. Esta población trashumante, que ha acampado muchas veces en las afueras de un pueblo, en bastante proximidad con tribus gitanas, que se detiene otras veces en las posadas de las aldeas, utiliza un argot muy particular que también conoce y emplea, acaso con mayor utilidad, el otro sector de tratantes en ganados, que antes dije.

Lo usan como clave para sus tratos y para tener un modo de entenderse sin que nadie los entienda. Por eso lo conservan en secreto, como algo sagrado, y se niegan a dar

detalles de su léxico y sus características. Sin embargo, es inevitable que algunas de estas formas pasen a ser del dominio de todo el pueblo, y las familias sedentarias—comerciantes, labradores, funcionarios—conocen frases y palabras sueltas que se emplean, en tono humorístico, con mucha frecuencia. Así ocurre con los dos adjetivos, casi únicos, «gazo» y «sierte» y el verbo «pulir». «Pulirse gazo» es ser o estar malo, feo, antipático o desagradable. Los diferentes matices dependen de la intención del que habla. Se puede decir que estas tres palabras han pasado al lenguaje usual de Cantalejo.

Tal vez ocurra así con «filusía», pero no he logrado averiguar si este vocablo ha pasado de la gacería al lenguaje popular, o si fué del lenguaje popular a la gacería. Se emplea con más notable antología en la expresión «la filusía de la casa».

Es creencia común de los cantalejanos que la «gacería» es de origen francés. Según ellos, durante la guerra de la independencia se estableció allí una familia francesa, e inició la industria de maderas, a la vez que trajo el hablar de los «briqueros». Esto es inverosímil. Son muy pocas las palabras procedentes del francés, y la inmensa mayoría de aquellas cuyo origen he podido averiguar proceden del caló y de distintos dialectos de España. Me parece indudable que este léxico se ha formado de la convivencia con gitanos y del trato con gente de diversas regiones.

Del *caló* vienen muchas palabras, así como del lenguaje de *germanía*. Así *dicar*, *piños*, *piltra*, *sornear*; *sorneadero*, *pinreles*.

Las hay que coinciden con el *gallego*, como *gunicela*, nombre de la comadreja, cuyo origen es «donicela» (señorita); *tega*, que aquí significa «fanega», y en pueblos de Lugo es una medida pequeña de capacidad. Acaso por antítesis se llama al cigarrillo *botafumeiro*. Gallegos me parecen los verbos *falar* y *pousar*.

El *vasco* está representado por la palabra *ura* (agua) y

por *garcía*, voz ibérica que aquí sirve para nombrar al gato.

El *catalán* ha dado su aportación con *monchetas*, castellanización en la grafía y en la pronuncación de «munjetas». *Potas* se dice en *catalán* y *valenciano* a las extremidades de los cuadrúpedos, y aquí ha venido a significar la mano, mientras que al dedo se aplica el diminutivo de *potín*.

Acaso hayan tomado de la provincia de *Zamora* el onomatopéyico *meca*, por oveja.

La palabra *cedo*, de cĭto, caída en desuso en *castellano*, y que sigue usándose en portugués, sobrevive en la gacería.

Pero hay otras palabras de origen más extraño: *man*, visiblemente *germánica*, para el significado de *hombre*; *artón* (pan), que recuerda al *griego*, y *sinífaros* (guardias), que parece guardar relación con genízaros, y, en fin, los procedentes del *árabe*, como los números.

guaje (uno)	ar.	واحدٌ	(waḥidun)
arba (cuatro)	»	أربعٌ	(arba')

Para el concepto de iglesia también se ha tomado la palabra árabe, pero en su primitivo sentido de «reunión» o «asamblea», y así se dice: *jaima de todos los manes*.

A veces, en fin, para dar nombre a una cosa se ha buscado su propiedad u oficio más característico, y se le ha añadido el sufijo *-ante*, *-ero* y, más frecuentemente, *-oso*. Así *andante* (calzado), *sonosa*, *cortosa*, *escamosa*, *correosa*, *filosa* (camisa), *cascosa*, *picosa*, *rodosa*, *rogoso*, *mordioso*, *volandero*, *tisnera*, *sorneadera* y *corredero*.

Bien poco puede decirse en cuanto a la fonética. Se conservan las palabras tal como se tomaron, siempre que en ellas no se encuentren sonidos que no existan en castellano.

Botafume*i*ro, *f*alar, po*u*sar, zarrape*i*ros...

Cuando el sonido resulta extraño al oído castellano, se castellaniza en la pronunciación. Así mon*ch*etes, del catalán monjetes; *s*ien, del chien francés, en donde la prepalatal fricativa sorda se ha hecho alveolar; *v*erme, que se pronuncia con sonido b, bilabial, etc.

Hay vacilación en algunas palabras, por defecto acústico. Así unos me dijeron zarapeiras, y otros garrapelles; unos *u*rdaya, y otros *o*rdal*l*a.

Las reglas vivas son las del castellano.

En cuanto a la morfología, sigue normalmente las leyes del castellano.

Su vocabulario está formado casi en su totalidad por sustantivos. Son muy pocos los verbos, y sobre todos ellos tiene importancia el *pulir*, que se emplea para las acepciones de ser, estar, tener, etc. Los adjetivos se pueden reducir a dos; gazo y sierte. El artículo es el castellano, así como el pronombre y todas las partículas.

Solamente he podido recoger dos locuciones: *aplicar el código* (pegar, castigar) y *se ha presentao Casimiro*. Dicen esto cuando son víctimas o autores de alguna pequeña estafa.

He podido reunir un vocabulario de unas 150 palabras, que copio a continuación. Creo que son muy pocas las que me faltan para tenerlo completo.

Alcarria. — Aceite, grasa, sebo.
Alcarriero.—Candil.
Aldeas.—Sopas.
Andantes.—Alpargatas, botas.
Antante.—Anteayer.
Ante.—Ayer.
Arba.—Cuatro.
Arbellos.—Garbanzos.
Arroz.—Centeno.
Artón.—Pan.
Atervar.—Mirar, atender, ver.
Aterva-tisarros.—Veterinario.
Aterva-perdines. — Médico
Atrevido.—Cuchillo.
Baraza.—Soga.
Bayorte.—Vino.
Bayuca.—Taberna.
Bayuca-sierte.—Casi .o, bar, etcétera.
Bea.—Peseta.
Botafumeiro.—Cigarrillo.
Bolicho.—Cerdo.
Brica.—Criba.
Briengo. — Basura, excremento.
Briquero.—Cribero.
Bucino.—Hocico, boca.

Campano.—Duro, moneda.
Carlista.—Gallo.
Cas.—Diez céntimos.
Cascorro.—Botijo.

Cascosa.—Jarra.
Cedo.—Pronto, temprano.
Cigüeto.—Calzoncillo.
Correndero.—Conejo.
Correosa.—Bota de vino
Cortosa.—Navaja.
Curia.—Albañiles.
Chiflo.—Trillo.

Dicar.—Mirar.

Engrullón.—Jefe, alcalde.
Engrullón de motardines pitoches.—Maestro.
Escamoso.—Bacalao.
Estafar.—Curar.
Estafa - perdines. — Médico.
Estoba.—Paja.

Falar.—Hablar.
Filosa.—Camisa.
Filusía.—Fisonomía.
Fociño.—Pie.

García.—Gato.
Garcines.—Muchachos, chicos.
Garlear.—Hablar.
Gazo.—Feo, malo.
Gocha.—Tiña.
Guage.—Uno.
Guaque.—Seis.
Guilfos.—Piojos.
Guiñona.—Hierba.
Guipanos.—Huevos.
Guisantes.—Ojos.

Jaima de todos los manes. Iglesia.

Labrantón.—Labrador.
Levante.—Un pan.
Lusa.—Hambre.

Maizo.—Arroz. Los cereales.
Maizo sierte.—Trigo.
Mamones.—Labios.
Man.—Hombre.
Man de la costosa.—Barbero.
Mandorro.—Asno, mulo.
Mandorrera. — Cuadra, establo.
Meca.—Oveja.
Mengalla.—Vara (de pegar).
Merche o merchi.—Sacerdote.
Merchi pitoche. — Coadjutor de la Parroquia.
Mollera.—Cabeza.
Monchetas.—Alubias.
Monda.—Cabeza.
Mordiosos.—Dientes.
Moroza.—Dinero.
Mosco.—Duro moneda.
Motarda.—Mujer, esposa.
Motardín - ina. — Muchacho - a.
Motilón.—Muchacho.

Narras o ñarras.—Narices.
Nicalos.—Orejas.

Ordalla.—Carne.

Panar.—Coger, quitar.
Pantra.—Casa.
Picosa.—Pulga.
Pelona.—Peseta.
Pelucón.—Duro, moneda.
Pelusera.—Cárcel.
Pián.—Borracho.
Piltra.—Cama.
Piltra pitoche.—Cuna.
Pinarra.—Dinero.
Pota.—Mano.

Potín.—Dedo.
Pinreles.—Pies.
Piñato.— Cocido, puchero.
Piños.—Dientes.
Piparrón.—Pimiento.
Pitoche.—Pequeño.
Platín.—Real.
Prianterra.—Gallina.
Pousar.—Dejar.
Poya.—Sal.
Pulir.—Ser, tener, estar.

Quillar.—Hacer daño.
Quillandera.—Ramera.

Renso. — Lana, cerda, cabello.
Rodoso.—Vehículo, carro.
Rogoso.—Tabaco.

Salva.—Cinco.
Sien-a.—Perro-a.
Siena pitoche.—Perra chica.
Sievo.—Viejo-a.
Sierte.—Bueno, bonito.
Siertería.—Alegría.
Sináfaro.—Guardia civil.
Siona.—Mujer.
Sonaires.—Narices.
Sonosa.—Arma de fuego.
Sornear.—Dormir.

Talón.—Posada.
Talonera.—Posadera.
Tallijo.—Pellejo.
Tega.—Fanega.
Tisarro.—Caballo.
Tisnera.—Sartén.
Trincheiro.—Tenedor.
Triunfas.—Patatas.
Tule.—Foro.

Ura.—Agua.
Urniaco.—Cerdo.
Urdaya.—Carne (ordolia).
Valdrón.—Pantalón.
Vellosa.—Cabra.
Vermes.—Gusano.
Vilorio.—Pueblo.
Volanderos.—Pájaros.
Votar.—Dar.

Zarrapeiras.—Alforjas.
Zarrapeiro.—Saco.
Zaborro.—Labrador.
Zueiños.—Labios.
Zuzón.—Tocino.

María Angeles Gómez Pascual.

Algunas fiestas de Llanes (Asturias)

El Cristo del Camino

El día 16 de julio se celebra la romería del «Cristo del Camino» (1). Es el Patrón del pueblo de La Portilla, pequeña aldea contigua a Llanes, y sus habitantes no dejan de subir a oír la misa solemne que se celebra a las diez. La ermita está situada en lo alto de un cerro, que domina un pintoresco valle extendido a la orilla del mar; el paisaje que se contempla desde allí es de incomparable belleza. La subida es larga y penosa por la excesiva pendiente del camino; sin embargo, los vecinos de las aldeas próximas van subiendo lentamente en procesión, llevando cada aldea o barrio su «ramo» para ofrendar al Cristo. Las mu-

---

(1) En Pontevedra existe una capilla de la «Virgen del Camino», citada por Filgueira Valverde, en el *Museo de Pontevedra*. Entrega 6, página 100.

Cerca de León se halla también la ermita de «La Virgen del Camino», Patrona de la ciudad, en la que se conserva el «arca del cautivo», que tiene la virtud de curar a cuantos enfermos acuden a tocarla. Machado Alvarez, *Folklore*, tomo VIII, pág. 141.

El hecho de que existan diversas imágenes que bajo la advocación del «Camino» son veneradas en distintas ermitas, diseminadas en un posible paso de peregrinos a Compostela, hace probable que estas ermitas deban su origen a la peregrinación jacobea, y que el nombre del «Camino» equivalga a «Camino de Santiago». Confirma esto la existencia de pueblos del mismo nombre citados en el *Liber Sancti Jacobi, Codex Calistinus*, pág. 350, como Raphanellum (hoy Rabanal del Camino, en León), noveno paso de los peregrinos; Radicellas (Redecilla del Camino) y Furnelos (Hornillos del Camino), ambas de Burgos, citadas como villas del «camino de Santiago», pág. 351, obra citada.

chachas van ataviadas con el traje típico de llaniscas y durante el trayecto cantan en tono monótono los siguientes «Cantares de la Pasión» (2):

Tengan buenos días
todos los oyentes,
el Rey de la Gloria
que es primeramente.

Al Rey de la Gloria
voy a saludar,
que me dé su gracia
para no pecar.

Del Rey de la Gloria
su gracia tenemos,
para tributarle
los siglos eternos.

Tres veces caíste,
sin haber hallado
un alma piadosa
para levantaros.

¡Oh, Jesús amable!
¡Quién te hubiera hallado
en aquellas calles
para consolaros!

Al pie de la cruz
estaba la Virgen
cuando ya decían:
¡Que le crucifiquen!

Se vuelve la Virgen,
oye los martillos,
piadosos clamores
y dulces gemidos.

Adiós, Hijo mío,
no te puedo ver
en ese madero
tanto padecer.

El Rey de la Gloria
la última palabra
le dice a su Madre:
¡Qué sed tan amarga!

Hijo de mi vida,
¡qué pena tan larga!,
no te puedo dar
ni una gota de agua.

Aquellos sayones
al punto le dieron
la hiel y vinagre
que es como veneno.

No murió el Señor,
porque está en la gloria
tan resplandeciente
como una paloma.

Por lo mal cantado
pedimos perdón,
y vamos contentos
con su bendición.

---

(2) Me han sido proporcionados por el párroco de Llanes, a quien doy las gracias. Estos cantares, así como los del «ramo», algo arbitrarios y en forma dialogada, son fragmentos de la Pasión, semejantes a los publicados por J. M. Cossío y T. Maza Solano en su *Romancero Popular de la Montaña*, núm. 462.

Véanse también las versiones del «Entierro de Cristo», recogidas en

Los ramos procesionales (3) que sobre unas andas llevan a hombros entre cuatro hombres, llamados «mozos de ramos», son de gran tamaño, de metro y medio de altura, de forma cónica, constituidos por espeso ramaje, con abun-

---

Miño de San Esteban (Soria), y publicadas en la «Rev. de D. y T. P.», tomo I, cuad. 1 y 2, pág. 357.

Véase M. Arnaudas, *Col. de cant. pop. de la prov. de Teruel*, pág. 77.

3. En algunas comarcas de Galicia estos ramos procesionales se han ido transformando, hasta quedar reducidos a un ramo simbólico del que ha desaparecido todo verdor. Véase J. Ramón y Fernández, *Tradiciones gallegas. «Los ramos procesionales»*, en Misión 28 de octubre de 1948.

Análogos a estos son los descritos por García Sanz en *Las ramas*, «Rev. de D. y T. P.», tomo I, cuad. 3 y 4, pág. 579.

En la procesión de Pascua de Resurrección de Miño de San Esteban (Soria), cantan:

Cojan los hombres la cruz,
las mayordomas el ramo,
las doncellas cogeremos
a la Virgen del Rosario.
¡Oh quién tuviera dinero
como tienen las casadas!
compraría yo a la Virgen
un ramito de manzanas.

«Rev. de D. y T. P.», tomo I, cuad. 1 y 2, pág. 357

Al «ramo de Resurrección» que cantan en el pueblo de Rada, pertenece lo siguiente:

Este ramo que traemos
de «escalina» y escalones,
lo han hecho cuatro doncellas
hijas de unos labradores.

J. M. Cossío, *Romancero pop. de la Montaña*, núm. 522.

En Salamanca cantan:

Coge galán este ramo
llévale para la iglesia,
que las ánimas benditas
te darán valor y fuerza.

P. C. Morán, *Folklore*, pág. 87.

dantes flores naturales. (En esa época generalmente hortensias), y multitud de cintas de colores con las que atan en vistosas lazadas grandes roscas de pan (fig. 1). Al llegar a la ermita los ofrendan al Cristo con los siguientes «cantares del ramo»:

Del pueblo de La Portilla
venimos alegremente,
a ver al Cristo el Camino
cómo está resplandeciente.

Déjennos pasar, que vamos
para el templo del Señor,
todas a una voz diciendo:
¡Viva la paz y la unión!

Gracias a Dios que llegamos
al sitio de la capilla,
digamos en alta voz:
¡El Rey de la Gloria, viva!

Hoy se celebra la fiesta
de Jesucristo y su Madre,
los tiros y voladores
suben al cielo a adorarle.

Clamando por nuestras almas
vino del monte Calvario,
con una voz muy sentida
diciendo: Fieles cristianos.

Si dejáis vuestras pasiones
y venís en mí pensando,
la Gloria que yo poseo,
hijos míos, os regalo.

No puede ya caminar,
porque la cruz es muy grande,
y con cinco mil azotes
va derramando su sangre.

Azotes a la columna
le dieron cincuenta y cuatro,
y no contentos con eso
de espinas le coronaron.

En la calle la Amargura
allí fué el mayor quebranto,
encontró a su santa Madre
pidiendo al cielo su amparo.

¡Hijo de mi corazón!
¡Oh Rey del cielo sagrado!
teniendo tanto poder
¿cómo vienes en ese estado?

El hijo le respondió,
rendido y fatigado:
—Es preciso que yo muera
por salvar a los cristianos.

Desde el árbol de la cruz
mándanos tu bendición,
Santo Cristo del Camino,
por tu sagrada pasión.

Adiós, Padre Celestial,
Justo Juez y Salvador,
nosotras la recibimos,
mándanos tu bendición.

Después de ofrendar los ramos, se reparten las roscas de pan entre los pobres, o bien los subastan, entregándoles el importe. Al entrar en el templo cantan la «Reverencia»:

Por tu sagrada pasión,
Santo Cristo del Camino,
se abrieron de par en par
las puertas del paraíso.

Cuatro mil años estuvo
aquellos cielos cerrados,
hasta que vino el Mesías
a pagar el primer pecado.

Por vuestra fe, Virgen pura,
en el santo templo entramos
a hacerle la reverencia
a Jesucristo enclavado.

Por ser Patrón celestial
del pueblo de La Portilla,
hagamos la reverencia
a Jesucristo en su día.

Que somos vuestras devotas,
Santo Cristo, ya lo ves,
y por eso nos postramos
de rodillas a tus pies.

En Méjico y en España
reine la paz y la unión
de rodillas te pedimos:
mándanos tu bendición.

Desde el árbol de la cruz
mándanos tu bendición,
Santo Cristo del Camino,
por tu sagrada pasión.

La bendición te pedimos
para todos los oyentes,
Santo Cristo del Camino,
cúbrenos de buena suerte.

Por la tarde, en el campo que circunda la ermita, después de merendar alegremente en grupos, sentados sobre la verde hierba, se baila al son de la gaita.

El Carmín

El pueblo de Celorio está a unos dos o tres kilómetros de Llanes; su fiesta llamada el «Carmín» se celebra al día siguiente del Carmen (4), con caracteres muy parecidos a las demás romerías asturianas; de ella es este cantar:

Fuiste al Carmín de Celorio,
llevesti medias azules,
llevásteles emprestades,
que aquelles non eran les tuyes.

(4) En Pola de Siero se celebra el Carmín o fiesta de la Vírgen del Carmen el 22 de julio; es una de las fiestas más tradicionales de la región asturiana; en ella se conserva la danza prima con el antiguo romance

Santa Marina

El 18 de julio concurren todos los pueblos vecinos a la romería de Santa Marina (5), cuya ermita dista unos 20 kilómetros de Llanes, y en el campo que la circunda se celebra la fiesta, una de las más pintorescas de la comarca. Acuden a ella los pastores y la ofrecen blancos corderos,

¡Ay, un galán d'esta villa!
¡Ay, un galán d'esta casa!, etc.

A esta romería se refiere la copla siguiente:

La primer vez de mi vida
que fuí al Carmín de la Pola,
pasé la tarde llorando
y vine pa casa sola.

(5) A esta doncella, mártir en los primeros años del cristianismo, están dedicadas numerosísimas ermitas en el Norte de España. Gerahrd Bäh, en su trabajo *Alrededor de la mitología vasca*. «Rev. I de E. V.», tomo XXII, pág. 119, dice: «Fué Schulten el primero que observó que en las costas de España existen, en diferentes lugares, capillas dedicadas a Santa Marina, donde antiguamente parecen haberse hallado templos de Venus Marinas, patronas de navegadores griegos y romanos». B Echegaray, en *La devoción a algunos santos y las vías de peregrinos*, «Rev. I. de E. V.», tomo XXIII, pág. 27, recoge la cita anterior y dice: que en el País Vasco existen 38 iglesias dedicadas a Santa Marina, y que por estar en el paso a Santiago de Galicia, supone que a su vuelta de Compostela los peregrinos enseñaron el culto de esta Virgen gallega. En el mismo tomo de esta Revista, pág. 406, recoge la leyenda vasca de las santas Marinas, tres hermanas vírgenes, que se veían desde sus respectivas moradas: el monte Arrola (Orozco), Ganguren-gane (Galdácano) y las peñas de Urduliz, respectivamente.

Pasan en Galicia de 24 aldeas las que llevan el nombre de Santa Marina, en Asturias 8, etc., pero la vida de esta santa se halla envuelta en gran confusión: En casi todos los libros cristianos se la considera hermana de Santa Liberata, Patrona de Sigüenza, cuya tradición se conserva aún viva en Bayona de Galicia. Creen sus habitantes que allí nacieron las nueve hermanas gemelas, hijas de un magnate, que su madre las mandó ahogar en el río de La Ramallosa, distante dos kilómetros de Bayona, en cuyo puente existe un bajorrelieve con esta escena. Pero salvadas las niñas por una piadosa mujer las hizo cris-

que, adornados con cintas de colores, son conducidos por niños vestidos de aldeanos.

La dedican varios cantares, y entre ellos el siguiente.

Gloriosa Santa Marina,
que estás al pie de Mañanga,
bendiciendo a los pastores
cuando van para la braña.

---

tianas, ofreciendo todas a Dios su virginidad. Apresadas por los gentiles, comparecen las nueve vírgenes ante el tribunal de su padre, que las reconoce, las ruega que adoren a los dioses, para librarlas del martirio, dándolas un plazo, que aprovechan para huir cada una por distinto camino. Todas fueron alcanzadas y martirizadas, levantándose nueve ermitas en los lugares de su martirio, que existen en los alrededores de Bayona y en las que el pueblo venera a cada una de las nueve hermanas gemelas. La de Santa Liberata está en la misma villa, y la de Santa Marina se halla en Bahiña, a unos dos kilómetros de Bayona, cuya fiesta se celebra el 18 de julio, el mismo día que la de Llanes.

Nogueira, en *Bayona antigua y moderna*, pág. 224, da pormenores de esta leyenda, consignando los nombres de los padres y de las nueve hermanas gemelas, dice: que Santa Liberata logró huir, y vivió de penitente en un desierto, hasta que fué crucificada en Castraleuca (Portugal) el año 139; su cuerpo se conserva en Sigüenza.

La devoción que los romeros extendieron a su vuelta de Compostela, parece ser la de la Virgen gallega, cuyos restos yacen en Aguas Santas, provincia de Orense. Según datos de V. Risco, esta Santa Marina era natural de Antioquía, la ciudad que, según creencia popular, se halla sumergida en el fondo de la laguna Antela, en la Limia, a cuyas aguas aún se acercan los campesinos a escuchar el misterioso canto de gallos y tañir de campanas... Era hija de Tentio, y fué dada a criar a una familia de Armea, en cuya fortaleza creció la niña. En tiempo de Adriano llegó de gobernador a aquella provincia Olibrio, que se enamoró de la hermosura de la muchacha, descubriendo que era cristiana por una crucecita que Marina llevaba al cuello. Ella le rechazó, siendo por ello sometida a varios tormentos. Primero la metió en un horno encendido del que salió ilesa; el actual «Forno Santa Mariña». Por último, la decapitó, cuya cabeza al caer rebotó tres veces, donde brotaron tres manantiales de aguas milagrosas para las enfermedades de la vista y del oído, y este es el origen de «Santa Mariña de Aguas Santas», donde se conservan sus restos, a ocho kilómetros de Orense.

Pero ninguno de estos datos la identifican con la Patrona de los pastores de Llanes.

La Magdalena

La fiesta de la Magdalena tiene lugar el día 22 de julio (6). La víspera, al anochecer, van los mozos a por el mayo (que allí es un eucaliptus), eligen el más alto y derecho y, una vez cortado, lo transportan en hombros con paso solemne, seguidos de la gaita y acompañados de numerosas jóvenes vestidas de aldeanas llaniscas; todas ellas llevan panderetas adornadas con cintas colgantes de diversos colores. A la comitiva se van uniendo todos los vecinos del pueblo, hasta llegar a la iglesia de la Magdalena, en cuya plazuela plantan el mayo (7). Allí continúan las canciones en honor de la Santa, cuyo estribillo es:

La Magdalena
de alegría y entusiasmo
nuestros corazones llena.

---

(6) La gran difusión del culto a la Magdalena, debe también su origen a los romeros de Compostela, que después de adorar el cuerpo de la Santa en Francia, extendían su devoción a su paso para Galicia. En el *Liber Sancti Jacobi, Codex Calistinus*, pág. 365, dice: «En el camino que va a Santiago por San Leonardo, se veneró primeramente el dignísimo cuerpo de la Beata María Magdalena. Es ésta, aquella María gloriosa que en casa de Simón el leproso, bañó con sus lágrimas los pies del Salvador y los enjugó con sus cabellos. Después del Domingo de la Ascensión llegó por mar, o sea por el puerto de Marsella, a la Provenza, desde las costas de Jerusalén, con Maximino, beato discípulo de Cristo, y con otros discípulos del Señor. En esta patria pasó una vida célibe por algunos años y al fin recibió sepultura en la ciudad de Aix, de manos de Maximino, antistite de dicha ciudad.

Mucho tiempo después, cierto beato de vida monástica llamado Badilo, trasladó la preciosa tierra de esta ciudad a Viciliaco (Vezelay), en donde descansa su sepultura honrosa hasta el día de hoy. En este lugar se estableció una riquísima abadía de frailes.»

(7) Véase A. González Palencia, E. Mele, *La Maya*, pág. 101.

Beauquier, *Faune et flore populaires de la Franche Conté*, pág. 15.

Filgueira Valverde, *A festa dos maios*, «Arq. de S. E. gal. E.», página 139.

Filgueira Valverde, *A festa dos maios*, «Arq. de S. E. gal. E.», página 185.

Ya entrada la noche, se organiza la llamada «danza prima», con la que terminan todas las fiestas de Llanes. Esta danza es un remedo de la auténtica, ya que en ella participan cogidos del brazo hombres y mujeres, entonando cantares de dudosa popularidad; así, en interminable fila, recorren varias calles para terminar en una plaza, aquí en sentido circular y envolvente hasta hacer imposible el avance. Rota la danza, saltan alocados en animadas giraldillas entonando alegres cantares.

Al día siguiente, después de la misa solemne, se celebra la procesión de la Santa, cuya imagen va precedida de los monumentales ramos, y terminada ésta, a la puerta de la iglesia, varias parejas bailan el pericoté. Es este baile de los más típicos de Asturias, cada pareja está formada de un hombre y dos mujeres, a las que galantea ceremoniosamente (fig. 2).

Santa Ana

La patrona de los marineros es Santa Ana, se celebra el 26 de julio. Sacan la imagen de su ermita y, colocada en una lancha artísticamente engalanada, es llevada en procesión por el mar, entre el estrépito de las sirenas de numerosas embarcaciones, que la siguen llenas de devotos. Mientras dura la procesión marítima, van cantando interminables cantares, acompañándose de panderetas, y entre ellos los siguientes:

A saludarte venimos
gloriosísima Santa Ana,
en nombre los marineros
que todos a ti te claman.

Gloriosísima Santa Ana,
tus devotos te veneran
y te vamos a embarcar
en la lancha marinera.

A esperarte aquí venimos
para llevarte a embarcar,
tus hijos, los marineros,
hoy te llevan a la mar.

Señora, aquí te pedimos,
a la hora de embarcar,
que al salir fuera, a la barra,
tú nos bendigas el mar.

Fig. 1.—Ramos procesionales de Llanes.

Fig. 2.—Pericote.

Fig. 3.—«Danza de los peregrinos» ante la imagen de San Roque.

Fig. 4.— Danza de Arcos ante Nuestra Señora de la Guía.

Terminada la procesión, en el campo de la ermita se celebra la romería. Los cantares de la danza son:

Vamos a danzar, señores,
toda la marinería,
día de nuestra Patrona,
día de gran alegría.

Cima de villa es Santa Ana,
con el Fuerte y la Moría (8),
vamos a danzar, señores,
que hoy es día de alegría.

Desde tu hermosa capilla,
que está enfrente del mar,
contigo está San Telmo
y también San Nicolás.

Vengo del campo Santa Ana
y perdí una cinta verde,
adiós, campo de Santa Ana,
aunque la cinta se quede, etc.

San Roque

San Roque, abogado de la peste (9), es el patrón de uno de los bandos de Llanes, cuyas profundas rivalidades mueven a sus partidarios a dar mayor brillantez a su fiesta.

El día del Santo, el 16 de agosto, después de la misa solemne, sale la procesión; en ella figuran primero los ramos, este año eran ocho, de distintos tamaños, según la edad de los mozos de ramos, ya fueran hombres o niños; sigue después la imagen del Santo y detrás numerosas jóvenes vestidas de aldeanas, cantando a su Patrón. Al llegar a la plaza, se detiene la procesión, colocan de frente la imagen de San Roque y entre un corro de aldeanas se

(8) Se llama barrio de la Moría por Morería.

(9) La devoción a San Roque es de las más extendidas en España. Las terribles epidemias del siglo XVI hicieron estragos en los pueblos, y el ánimo sobrecogido de sus habitantes buscó la protección divina por medio de este santo peregrino, que había obrado milagrosas curaciones en los apestados. Multitud de pueblos le eligieron por Patrón, se le dedicaron iglesias, ermitas y hospitales, en los que se atendía a los peregrinos enfermos. Y en las procesiones de Santo iban frecuentemente devotos suyos, vestidos de peregrinos, como él, en cumplimiento de algún voto. Esta costumbre aún pervive en algunos sitios, como en Melide (Galicia), citada por V. Risco *As Praiticas relixiosas, Terra de Melide*, pág. 430.

ejecuta la antiquísima «danza de los peregrinos» (10). Son los danzantes jóvenes de unos quince años, de ambos sexos, vestidos de blanco con todos los atributos de los peregrinos: sombrero, esclavina, veneras y bordón. La danza empieza en dos filas, por parejas, y ejecutan vistosas figuras, algunas como el puente semejante a la danza de espadas, terminando en dos cúpulas separadas, una de cada sexo, formadas con los bordones, sobre los que sostienen en pie a uno de los danzantes (fig. 3). Terminada la danza, acompañan al Santo hasta su ermita, y acto seguido se baila en la plaza el pericote.

Como en todas las fiestas, se acaba con la interminable danza prima, cuyo estribillo es:

De peste y males,
Glorioso San Roque,
líbranos
a todo el pueblo de Llanes.

---

(10) Se pueden citar en España numerosas danzas religiosas en los templos y en las procesiones. Danzan ante el Santísimo, en la procesión del Corpus Christi: los «danzantes de Burgos»; la «danza de espadas», de Redondela, citada por C. Sampedro en *Can. mus. de Gal.*, t. I, pág. 186; la «danza de espadas», del Algarbe, Braga, *Origens poéticas do christianismo*, Porto, etc. Ante la Virgen: en la «danza de espadas», de Bayona de Galicia a Nuestra Señora de la Anunciada; la «danza de los romeros», de Pola de Siero, en la que la Virgen del Carmen pasa bajo la bóveda de los arcos de los danzantes, y la «danza de los arcos de Llanes», ante N. S. de la Guía.

Siendo innumerables las danzas en las procesiones de los santos, citaré sólo algunas de San Roque, como la de «Damas y galanes», de Vigo, y la de Hío ante el mismo Santo, en el ya citado *Can. Mus. de Gal.*, t. I, págs. 190-194.

El 19 de abril de 1777, el Gremio de Obraprima, de Santiago de Compostela, fundándose en la R. Cédula de 20 de febrero de 1777 que prohibía los bailes en las iglesias, atrios, cementerios y delante de imágenes, solicita que dicho Gremio quede libre de la obligación de concurrir, bajo pena de prisión o multa, con una danza o farsa a las procesiones del Santísimo Corpus Christi: «Boto de San Roque», y otras funciones. Couselo Bouzas, *Los juegos y danzas en las fiestas compostelanas*, «Bol. R. Acad. Gall.», t. XV, pág. 44-47.

La Virgen de la Guía

Otro de los bandos de Llanes tiene por Patrona a Nuestra Sra. de la Guía, con cuya advocación se venera también en varios pueblos (11). Es guía de navegantes y, en especial, de los que emigran a América, que acuden a su ermita a implorar su protección divina antes de partir.

La víspera de la fiesta, que es el 8 de septiembre, por la noche, entre multitud de cirios encendidos, bajan a la Virgen en procesión desde su ermita hasta la iglesia del pueblo, parándola unos minutos en el puerto, de cara al mar, para que le bendiga. En la mañana siguiente, después de la misa solemne, vuelven a subirla en procesión precedida de los ramos. En el campo que hay ante la ermita detienen la imagen y ejecutan ante ella la «danza de los arcos». Los danzantes visten de blanco con bandas azules, llevan en la mano un arco adornado de diversos colores, dando la sensación de flores; con ellos ejecutan vistosas figuras, ya guirnaldas, ya floridas bóvedas, por debajo de las cuales pasan (fig. 4). Es de ritmo semejante a la de los peregrinos.

Sigue después el ofrecimiento de los ramos, cantado por varias muchachas (12).

Pilar García de Diego.

---

(11) En Guimaraes (Portugal) hay una capilla de N. S. de la Guía, abogada de las mujeres parturientas.

(12) Esta ofrenda de ramos de flores y panes, hecha a la Virgen por coros de doncellas. Así como la ofrenda de corderos a Santa Marina pudieran ser una supervivencia del culto a Demeter que J. Caro Baroja estudia en su trabajo *Contribución al estudio de los ritos clásicos*. En Trabajos del Instituto Bernardino de Sahagún, IV Etnología, página 21.

NOTAS DE LIBROS

HOYOS SÁINZ (LUIS) y HOYOS SANCHO (NIEVES): *Manual de Folklore*. Madrid, 1947.

El nombre del profesor Hoyos en los estudios antropológicos y etnográficos de España representa una larga y fecunda dedicación en un período en que la cultura popular daba ocasión a profundas y sagaces investigaciones en otros países, mientras que en España la carencia de una organización y la falta de un sentimiento colectivo de interés no permitía más que aisladas aportaciones personales entre proyectos teóricos de las regiones, desconectados en su origen e interrumpidos en sus movimientos iniciales. El señor Hoyos ha sido destacada representación en España en varios congresos etnográficos y a ellos ha ofrecido la solución o la inquietud de algunos temas interesantes. El señor Hoyos, en sus publicaciones, ha divulgado mucho de lo que en Europa se sabía sobre Antropología y Etnografía, pero además ha procurado desde su cátedra encender el interés por las múltiples manifestaciones del alma popular, organizando encuestas que con amparo generoso y con la necesaria continuidad hubieran podido ofrecernos ahora un abundante material de estudio. En este lamentable retraso del acopio del material folklórico español y con la pérdida irreparable de un tiempo que ha sido el más propicio para reunirlo, en vísperas de las gris uniformación que la difusiva cultura internacional va imponiendo en las más recónditas aldeas, con este tardío pero bien venido interés con que parece que el Estado y la cultura española se deciden al fin a estudiar en serio la tradición popular, aparece el libro del Sr. Hoyos, que puede ser de especial utilidad como conocimiento y método para los jóvenes que sientan vocación por estas indagaciones, y para tanto espíritu sensible, que tengan siquiera la subconsciente idea de los tesoros culturales y estéticos

que la vida popular ha ido depositando en su selección secular de lo útil y de lo bello. Como ejemplo para los estudiosos aduce los dos tipos de trabajo folklórico: el complejo de cada región, en la que se estudian conjuntamente todos los posibles elementos populares, o el de cada tema, aplicado en lo posible a diversas regiones. El autor, como obligada caución interpretativa, expone los sistemas y principios que han de tenerse presentes para discernir de la herencia las múltiples variedades posteriores ambientales, de contaminación, de evolución, etc. Ofrece el Sr. Hoyos en este y en todos sus trabajos su múltiple curiosidad y su resuelto espíritu constructivo y generalizador, cualidades útiles en el que ha de estudiar los aspectos múltiples de raza y de cultura.

Cierto es que el juicio más claro y audaz deja inconclusas o imprecisas todas las clasificaciones españolas por el dinamismo antropológico de España, por ser España camino y encrucijada de invasiones desde los tiempos prehistóricos, porque el alud de la conquista y reconquista dislocó pueblos y culturas y porque el centro y el sur de la Península son campo eterno de la pacífica emigración del Norte. Un achaque inevitable de esta obra y de todas las que en algún tiempo se escriban sobre el folklore general de España es su indeterminación y provisoriedad. Ante la penuria de datos, toda la geografía folklórica de España tiene que basarse en unos cuantos rasgos elementales y aun estos de alarmante inseguridad, mientras encuestas apretadas y minuciosas no permitan una estadística distributiva segura y minuciosa. De momento no puede hacerse otra cosa que lo que el Sr. Hoyos hace, señalar caracteres regionales a modo de ejemplificación y ensayo, sin seguridad de la fijeza de las fronteras y sin seguridad de la conformidad en el interior de ellas. España necesita formar con más exactitud su mapa de cada uno de los elementos antropológicos, pero además necesita el mapa de cada uno de los elementos culturales (Atlas lingüístico, de indumento, vivienda, utensilios, costumbres, etc.), y sólo después de este número ingente de cartas superpuestas podremos rastrear los movimientos étnicos, históricos, la difusión cultural y la pervivencia local, sin forzar las coincidencias ni ir de prisa a la distribución simplista de zonas netas, que sólo se dan acaso en caracteres sueltos.

Aun dentro de cada orden, la fortuna de la difusión es distinto caso porque hay palabras y romances y melodías y trajes y costumbres de fácil exportación y hay otros que

marcan una vieja frontera no transpuesta. Puede decirse que el *Manual de Folklore*, que ahora aparece, es en cierto modo resumen de cuestiones folklóricas anteriores, en algunas de las cuales ha trabajado su hija, colaboradora del nuevo libro. La obra que reseñamos es para técnicos y aficionados un índice copioso de noticias sobre trabajos y temas folklóricos de España y una bibliografía de las obras y artículos más destacados. El autor agrupa los conceptos complejos y huidizos del material folklórico en cuatro grupos: creencia, en sus aspectos de religiosidad y superstición; ciencia o saber popular; sentimiento y expresión de las artes, incluyendo la literatura, el lenguaje y la música; y sociabilidad, en que estudia las costumbres, fiestas, juegos, etc. El autor da una idea de los cuestionarios fundamentales europeos, todos útiles, aunque de orientación distinta. El momento de cada encuesta a fondo era ahora propicio, porque podían aprovecharse las experiencias de la busca interior de cada país, recogiéndose con un criterio mixto lingüístico y objetivo todas las tendencias de esta investigación que fueran más adaptables a la realidad de los temas folklóricos españoles. El autor da para las posibles encuestas juiciosas normas sobre la veracidad, siempre sobrepuesta a todo prejuicio y a toda tendencia de panegírico o de vituperio, y precisas instrucciones sobre la determinación local del hecho y las posibles comparaciones. Es interesante la rápida enumeración de las grandes instituciones folklóricas de Europa y de las incipientes instalaciones españolas. El presente Manual, avalorado por una amplia erudición, por una larga experiencia de los trabajos y fallos del folklore español y por los copiosos datos que aduce, puede prestar un gran servicio al resurgimiento de estas investigaciones, tantas veces iniciadas en España como interrumpidas. El gran impulso de estos estudios en América, acaso sea estímulo para desarrollarlos en España, donde aún perduran en increíble riqueza inexplorados tesoros de nuestra tradición.

V. García de Diego.

María Clementina: *Contos populares*. Livraira figueirinhas. Porto.

Con emoción leemos las palabras finales que el Doctor J. A. Pires de Lima pone en este libro que ha editado en memoria de su amada hija María Clementina.

María Clementina Pires de Lima Tavares de Sousa, murió hace pocos años en plena juventud, y a juzgar por sus publicaciones era ya una cuajada realidad en la ciencia y en el arte folklórico, ya que asociaba a la obra literaria de recoger directamente las tradiciones, leyendas, *cuadras*, cuentos, etc., la parte musical, y en deliciosos libros figuran estas melodías de las que son ejemplo: *O Vinho Verde Na Cantiga Popular*, el *Folklore musical* y *Romanceiro Minhoto*.

En este libro de cuentos se admira la probidad narrativa, pues algunos —como dice su ilustre padre— herían su delicada sensibilidad por la macabra descripción, como ocurre en los que refieren el mal trato que dan las madrastras: *A madrastra e o enteado. Os dois enteados e a madrastra*; otros como *A gata borralheira*, tienen el interés de ser una versión más del cuento de «La Cenicienta».

Germen de un refrán es la moraleja de *Os ratos do moinho e os ratos do monte*, pues no puede ser más concisa la expresión y la enseñanza que del cuento se deduce: *Mais vale sermos magros, e comer mato, do que gordos na barriga do gato*, que corresponden a tantos refranes castellanos que ponderan los beneficios de la paz y la tranquilidad, aun siendo uno pobre o pequeño, pues, bien sabido es que: «la avaricia rompe el saco», y todo se desparrama.

Estos cinco deliciosos cuentos préstanse para un profundo estudio de variantes en la literatura universal.

Laura Costa ha ilustrado estos cuentos de un modo delicado y artístico a la vez, completando el fin moral de estas narraciones de instruir y deleitar.

Felicitamos al ilustre maestro folklorista lusitano, Doctor J. A. Pires de Lima, por este delicado homenaje a la memoria de su hija María Clementina y a cuyo piadoso recuerdo nos asociamos con fervor y admiración.

CASTILLO DE LUCAS

SAUBIDET TITO: *Vocabulario y Refranero Criollo*. Segunda edición. Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1945; un volumen en folio, 421 páginas de texto, múltiples figuras y láminas en color.

Dos prólogos tiene este libro, que, complementándose, dan una idea exacta del mismo. El primero lo firma Justo P. Sáenz (hijo), el segundo es del propio autor.

Por uno y otro sabemos que Tito Saubidet vivió en la

Pampa Argentina de la región de Tapalqué, situada al sur de la provincia de Buenos Aires, durante su niñez y adolescencia.

Vino a Europa después y en París perfeccionó su arte pictórico, llegando a ser un acuarelista famoso, pues sus obras triunfaban en todas las exposiciones.

La nostalgia de su patria le atraía más que los halagos de la vida y frivolidad parisién, y en pleno éxito artístico volvió a su amada tierra nativa donde soñaba con verse a caballo con poncho y botas, recorrer las praderas y vivir con los criollos como en su infancia.

Las escenas gauchas reflejólas al principio en magníficos apuntes y acuarelas, pero convencido de que la fabla rural porteña que él oyó de niño y que correspondía a las castizas voces de los tiempos de la conquista española, la mejor época del idioma —dice el autor—, estaba grandemente mixtificada por la influencia francesa e italiana, se decidió a formar este diccionario criollo sin pretensiones filológicas eruditas, para archivar las voces, usos, refranes, coplas y romancillos que la gente del campo dice y emplea, desde luego en esta parte sur de la provincia de Buenos Aires, ya que en el litoral y en las provincias del centro y norte está el lenguaje más desvirtuado.

Nuestros refranes castellanos, tal como se decían en el Siglo de oro, encuéntranse en este libro, pero es más frecuente verlos adaptados a las costumbres gauchas, teniendo para ello que emplear términos característicos de la región, y así tenemos: «cada carancho a su rancho», o «cada chancho a su chiquero», que equivale a «zapatero a tus zapatos», etc.

«Calentar el agua para que otro tome el mate».

«Cuando se está en el potro, hay que aguantar los corcovos».

«Cuando la seca es larga... no hay matrero que no caiga».

«Se han ido los melicos, pero quedaron los cabos».

«Cuando el corral es chico, hasta los gringos se enlazan».

Todas estas palabras tienen, como es natural, su correspondiente explicación y muchas veces, auxiliada por la pluma de Saubidet con esquemáticas figuras y dibujos perfectos, principalmente si se refieren a caballos, faenas de campo, costumbres, fiestas gauchas, etc., etc.

Las coplas, supersticiones, y otras manifestaciones folklóricas, tienen también su adecuada representación cuando forman parte de las expresiones populares.

Unas magníficas acuarelas, fuera de texto, enriquecen

aún más el valor literario y artístico de este libro, que ha de tenerse como ejemplario de toda obra de folklore regional.

CASTILLO DE LUCAS

GIBERT, J.: *Girona: Petita historia de la ciutat i de les seves tradicions i folk-lore.*—Barcelona [Ed. J. Sala Badal, imprenta C. V. Gisbert], 1946, folio, 366 páginas ilust., grabados.

Ha merecido este libro el galardón de ser premiado por el Instituto Nacional del Libro Español como el mejor editado durante el mes de octubre, y es verdaderamente curioso que su editor, José Sala Badal, no pone su nombre ni en el pie de imprenta, ni al final del libro; ha hecho esta esmerada edición sin el menor deseo de que figure como obra suya. El nombre del impresor hemos tenido que buscarle en el colofón. Ilustran el volumen buen número de grabados antiguos en madera, cedidos al autor del libro por la Casa Blach y la Tipografía Carreras.

Es indudable que Cataluña, y especialmente Gerona, tienen verdadera afición al estudio de sus tradiciones, como nos lo demuestran los trabajos de Pla y Cargol reseñados en esta Revista y éste que hoy nos ocupa. Su autor no ha sentido deseo de gran expansión para su libro; le dedica casi exclusivamente al público catalán, como nos lo indica no sólo el que la obra esté escrita en catalán, sino su corta tirada, de 425 ejemplares numerados y 200 sin numerar.

Aunque aparecido en 1946, los datos que en el libro figuran fueron recogidos antes de la Gran Guerra del 14, muchas de las costumbres se habrán perdido, otras mejor arraigadas y con más base etnológica, subsisten, pero J. Gibert no lo consigna; quizá esto no importe grandemente en este libro escrito, no para que sirva de base y estudio al investigador, sino para entretener con la vista de las viejas costumbres al curioso lector y al gran público, y muy especialmente dedicado a los gerundeses, ya que, generalmente, a todos interesa más lecturas nuevas sobre temas conocidos que esforzarse en asomarse a lo nuevo y desconocido; por eso los gerundenses, y especialmente las gentes de edad, encontrarán verdadero placer en recordar las fiestas y la vida de su juventud.

Trata el libro exclusivamente de la ciudad de Gerona, apenas si señala alguna costumbre de sus alrededores. Su contenido son principalmente las fiestas. Como no hace un estudio, sino una mera exposición, las va presentando siguiendo el calendario desde el día primero de año hasta el de San Silvestre; esta forma sencilla tiene la ventaja de que se encuentra fácilmente la fiesta o día que a cada cual le interesa. Hace primero una somera descripción de las características del mes, las principales creencias y los refranes que a él se refieren. Pasa luego a estudiar los días de fiesta, o en los que se celebran Santos que en Gerona tienen una especial devoción, diciendo en qué consiste y cómo se celebran. La exposición narrativa y amena hace de este libro una agradable lectura. Muy acertada la parte gráfica, se completa con un interesante plano de Gerona en la primera mitad del siglo XIX.

HOSMANN (Elena): *Ambiente de Altiplano. Fotos de Perú y Bolivia. Tipos y costumbres populares. La nota colonial. El acento incaico y preincaico.* Fotografías y textos de ——— Prólogo de Oscar Cerruto. Buenos Aires, Ed. Peuser [1945].

Este libro, que pertenece a una colección de Cuadernos de Arte, es una magnífica colección de fotografías hechas en el verano de 1941 con verdadero temperamento artístico, y lo que es mucho más importante, espíritu observador por Elena Hosmann. De tamaño folio, está lujosamente impreso en buen papel, teniendo un total de ciento cuarenta y ocho láminas.

El texto es breve, realmente nada más es preciso ya que las fotografías lo dicen todo, una explicación clara de algún nombre o nota necesarios en que no se habla de colonizadores ni de opresores, sino sencillamente de portadores de cultura y arte.

Tenemos como introducción un prólogo de Oscar Cerruto, agregado cultural de la Embajada de Bolivia, en el que nos hace comprender la magnificencia del paisaje del Altiplano, palabra bien expresiva, por cierto, de lo que son aquellas tierras, inmensa meseta a más de tres mil metros de altura, donde el sol se hace ardiente y el viento es frío, el hombre tiene que luchar para domar y hacer productivo el suelo rebelde; hay una fotografía que nos muestra un

papal entre Guayaqui y la Paz, en Bolivia, a más de 4.500 metros de altura, donde la tierra está en parte cubierta por piedras planas para que no se la lleve el viento.

La grandiosidad del paisaje es muy propicia para la creación de mitos, hay vértices que tocan el cielo y abismos verdaderamente dantescos; las tempestades son como cataclismos.

En las fotografías de E. Hosmann podemos apreciar la vida entera de la meseta andina. Es este libro de verdadero interés para el folklorista y el etnógrafo, pues en él se revelan las dos facetas de la vida popular, tanto la espiritual como la material.

Aparentemente todo es monotonía, ocre es la piel del hombre, ocre las casas de adobe, ocre la tierra que pisan, pero es interesante por un cruce de civilizaciones, y el encuentro de la española con la criolla. Vemos esto principalmente en el arte; en la rica portada de San Lorenzo, obra de 1728-1744, se mezclan los símbolos cristianos a los indígenas, a las formas del renacimiento español aportan el adorno de flores nativas, frutos y animales, y a veces la nota más característica del arte indio, la indiátide, comparada con la cariátide por ser una columna con torso y cabeza de mujer india. Nada de extraño tiene esta transferencia de motivos del arte indio al español, es lo mismo que cuando en Europa estudiamos el arte popular y el arte noble; ya se sabe que el arte popular es tanto más rico cuanto más elevado es el gran arte, ya que de él toma elementos que luego transforma adaptándolos al temperamento del pueblo, y lo mismo el gran artista acepta muchas veces incorporándolos a su obra, motivos del arte popular.

La vida de los indígenas se ve en las fotografías de los mercados de la Paz, donde se vende un producto en cada calle, procurando así más comodidad al comprador, exactamente igual a como nos lo demuestran los sugestivos nombres de las calles madrileñas de Cuchilleros, Bordadores o de la Fresa. A la puerta de las iglesias hay vendedores de imágenes, que en nada se diferencian de las españolas, como la que envuelta en manto negro está sentada a la puerta de Santo Domingo de la Paz.

Los elementos de trabajo son generalmente sencillísimos, vemos a un hombre trabajando la tierra con arado de madera, que no es sino nuestro arado romano, siendo este un elemento bien interesante para ver la zona de expansión y aún la persistencia de una cultura. Los tejidos

que emplean en sus trajes los tejen las mujeres con la urdimbre tendida entre dos palos y pasando la trama con un huesecito.

En tan vasta extensión los trajes son diversos, pero puede apreciarse en ellos alguna nota común, cual es los fuertes tejidos de lana de los que hacen amplias prendas, como son los mantos y los ponchos. El sombrero es necesario para proteger la cabeza del fortísimo sol del Altiplano; úsanlos, pues, muy diversos, desde el puntiagudo gorro de punto que llaman «chulo», el amplio sombrero de fieltro, el de alas recogidas, el hongo llevado por las mujeres o una especie de casco a imitación del de Pizarro, que adornan con galones de oro y plata; las mujeres, al igual que los hombres, sólo se quitan el sombrero al entrar en la iglesia, como señal de respeto. Otra nota distintiva es que siempre van descalzos, o cuando el suelo lo hace necesario llevan unas simples sandalias.

Se forman en el Altiplano grandes lagunas, y para atravesarlas hacen unas ligeras embarcaciones de totora, que son una especie de juncos que crecen en los pantanos, a las orillas del puerto de Puno, se ven largas hileras de estas embarcaciones.

La vida religiosa, las devociones y las fiestas se nos muestran en este álbum. Las mujeres de la Paz, en ciertos días llevan a la catedral a bendecir sus imágenes, son momentos solemnes, cúbrense con blancos paños bordados como si ellas mismas fuesen un altar ambulante, y al salir del templo la gente las echa confeti. Así, a través de estas bellas fotografías, podemos darnos cuenta de casi todos los aspectos de la interesante vida que aún perdura en la meseta andina.

N. de Hoyos Sancho

Almela Vives, Francisco.—*El traje valenciano*. Valencia, 1946. Monografías de «Valencia Atracción». Arte y Turismo. 66 pág., XLVIII lám. y dibujos en el texto.

El erudito autor de este trabajo nos tiene acostumbrados a que cada pocos meses aparezca una obra suya sobre diversos temas valencianos, de este arte principalmente, aunque también algunas veces ha tratado ya asuntos que como este del traje regional debe reseñarse en esta Revista.

La descripción de los trajes regionales, de un interés grande por no ser de puro capricho sino haber llegado a una forma de adaptación de los materiales y el medio, tiene sin

embargo el inconveniente de que fácilmente se hace monótona y aburrida y, aunque parezca una paradoja, precisamente este inconveniente se acentúa cuanto más detallada es la descripción y presenta por tanto el estudio más interés. Almela Vives, no hace detalladas descripciones; ya él asegura que no es un estudio sobre el traje; tiene realmente un aspecto de artículos, que ameniza con frecuentes citas de literatos o viajeros que de modo más o menos directo han tratado los temas del traje de Valencia.

El libro, que presenta el inconveniente de no tener índice, está dividido en cinco partes. La primera, que titula Generalidades, es un sucinto estudio del reino y la huerta de Valencia. Entrase después en la parte más interesante del libro que es una erudita y completa relación de las fuentes para estudiar el traje en Valencia, desde las literarias y las más o menos técnicas, hasta las esculturas, pinturas y grabados que representan valencianos vestidos con su traje regional, sin omitir los muy interesantes ejemplares de cerámica levantina en que se ven trajes.

La segunda parte la dedica al estudio del traje masculino, analizando cada prenda por separado, deteniéndose en los zaragüelles por ser lo más característico. Análogo es el estudio de la indumentaria femenina, en el que destaca la riqueza de las sedas rameadas de tanta y merecida fama en la industria de Valencia.

Da en la cuarta parte algunas notas del indumento en las otras comarcas valencianas, no de la provincia sino del antiguo reino.

La bibliografía es muy completa y trae alguna explicación del interés de cada libro; deja sin embargo sin reseñar las publicaciones de los últimos años, como son la de J. Vila, «Trajes típicos de España», primera parte, Cataluña, Valencia y Baleares, Barc. 1935, y la del infatigable escritor barcelonense Juan Amades, «Indumentaria tradicional», Barcelona 1939, que al igual que el anterior se ocupa de Cataluña, Baleares y Valencia.

Al final del libro se inserta una serie de láminas de grabados, cuadros y de alguna fotografía que muestran el corte delicado y la luminosidad del traje femenino levantino.

N. de Hoyos Sancho.

José María Goy: *Tucarón*. Novela de paisajes y costumbres de la Montaña Leonesa. Segunda edición. Madrid, Editorial Luz. 1945. 348 págs. (con ilustrs.).

El libro del culto sacerdote leonés don José María Goy no es un libro más de tipo descriptivo, seco y turístico, ni tampoco un canto lírico. *Tucarón* es un librito tejido en forma de novela, donde a través de una trama sencilla, con pocos personajes, se logra realizar una pintura real del paisaje, las costumbres y los caracteres de la comarca que estudia.

Por razones de origen y también por cariño a los habitantes de la región de Lillo, ésta encuentra, gracias a su pluma, un relieve más universal, saliendo de su aislamiento montañés, de sus costumbres y tradiciones austeras.

Muchos libros como este, de unas y otras regiones de España, nos hacían falta para llegar por ellos a conocer los rasgos característicos de las gentes y tierras que nos son desconocidas muchas veces, tanto como si estuvieran separadas de nosotros por mares inmensos. Faltan libros descriptivos de solvencia absoluta, donde no sea móvil la caricatura absurda o el deseo de buscar cosas que no existen por más que se las busque.

Un conocimiento profundo del terreno y de su historia, de las gentes (carácter, ideas, usos y costumbres, conocimientos de todo orden) y del dialecto que hablan, se puede comprobar a lo largo de toda la obra.

Con todo pormenor se describe la vida lugareña. El señor Goy busca los motivos para que jueguen en su obra todas las fases de la vida de la aldea. La cocina como centro vital de la casa y la familia, donde tienen lugar en las noches invernales los *filandones*; las labores del campo, como la siega de la hierba; el carro del que ofrece una escasa nomenclatura (*latillas* < LATTA, REW 4933, *rabera*, *celleras*, *estranguadera*; Cfr. *traguadera* en Ribera del Orbigo, Garrote, p. 253); la elaboración de la manteca; el ganado, que ofrece, entre otras, la particularidad de existir una casa llamada «casa del toro», compuesta de una sala en la planta baja, donde se reúne el Concejo, y tenada en el piso alto, donde se guarda la hierba del semental propiedad del común; el modo de efectuarse las compras en las ferias o mercados de ganado (*la robla* 'alboroque' se emplea como formalización o cierre del trato), etc. Las fiestas de la comarca (la Virgen de las Nieves y San Roque) dan motivo de regocijo a los habitantes, que las celebran con juegos

de bolos, danzas típicas (que van desapareciendo, como se lamenta el autor, al igual que los cantares populares, de tanto encanto) y los típicos *aluches*, lucha de índole semejante a la conocida con el nombre de greco-romana, con su terminología especial (*zancajines, tres pies, cuadriladas, medianas y trancas de la greña* — pág. 157-158). No faltan leyendas populares, como la del Lago de Isoba (pág. 184), según la cual desapareció el pueblo del mismo nombre cubierto por las aguas del lago, como castigo divino, y la de Celadilla (pag. 199), por la que se atribuye este topónimico a la celada que tendieron los habitantes de la región a un moro que tenía aterradas a aquellas gentes, ni tampoco refranes y dichos populares. Referente a la arriería—profesión a la que desde antiguo se dedicaron los naturales de esta tierra y otras cercanas—, la fundamenta en un documento del rey Don Juan (1379) sobre exención de tributos «de las cosas que trujeren o llevaren». El señor Goy pretende lograr una obra moralizadora y de exaltación de la tierra a la vez: por ello se extiende en ocasiones demasiado sobre sus mismos pensamientos o en descripciones que se hacen algo monótonas o fuera de lugar. Las últimas catorce páginas del libro contienen un vocabulario de 135 palabras y modismos de uso en Puebla de Lillo. Nos parece interesante examinar algunos de estos términos. *Murlla* 'bloque de nieve que se desliza unos metros pendiente abajo sin desharcerse' (REW, 5704 MOVITA).—*Tomado*, con el mismo significado que en ast. 'piso alto donde se hacina la hierba hasta el techo' (< *TIGNATUS, 'techado'. García de Diego, Contr. 602).—*Bostecha* 'soportal, cobertizo o sencillo techado que hay en todos los corrales de la Montaña para que el ganado, el carro, los instrumentos de labranza estén bajo cubierto' (< TECTUS).—*Escosar* dejar seca una presa, secarse un río'; como redex. 'cesar de dar leche una vaca, cabra, oveja, etc.'. (Puede añadirse a los derivados de EXCURSA, part. de EXCURRO, estudiados por M. Pidal en Rom. XXIX, 1900, pp. 348-350).—*Marallo* 'hilera de hierba segada que va dejando la guadaña sobre la pradera'. (Cfr. salm. «marallo», Lamano; García Rey «maraño»; también «maraño» en Acevedo y Fernández, Voc. Bable Occ., Canellada, Bable de Cabranes y S. Sevilla Cesp. de Tormes). *Fuyasco* 'rama pequeña y seca de un arbusto o árbol' y *fuyascazo* 'golpe dado con el fuyasco' (< FOLIA).—*Sajar* 'sachar'. (Cfr. «ajajar, jajo» en Astorga, Ribera y Cepeda, Garrote, p. 194; «šišar», «šašo» que encuentro en La Ca-

brera Alta (León).—*Dibura* 'el agua que desprende la leche al natarse'. (M. Pidal cita la misma forma en la región de Lena como postverbal de «deburar» < DEPURARE, RFE, VII, 6).—*Gutir* 'chistar' en «le dió tal puñalada que ni gutió», «que nadie guta», «si gutimos somos perdidos» (posiblemente relacionado con GULA y GLUTTIRE, REW, 3910 y 3807.—*Lontano* 'lejano' (< *LONGITANUS, REW, 5118).—*Sen* 'dirección, lado': «a este sen, al otro sen, al mismo sen». (Cfr. con valor semejante ast. «sen», Rato, p. 111. Parece derivar del germ. SINN, sentido, dirección, REW, 7948 a).

María Concepción Casado.

Juaristi, Victoriano: *Las fuentes de España*. — Madrid, 1944.

«Nunca es tarde si la dicha es buena» es un refrán completamente cierto en este caso, al hacer con retraso referencia a este libro del ilustre cirujano de Pamplona, doctor Juaristi.

Nos anima a ello la modestia de su autor, que, rindiendo culto a su profesión, no le ha debido preocupar que este libro se difunda, ya que, al menos entre la prensa médica, no hemos encontrado reseña bibliográfica del mismo, y justo es que en esta revista de Tradiciones quede constancia de su existencia.

Las fuentes de España, estudiadas por el doctor Juaristi, adquieren un interés que bien pudiéramos llamar biológico, puesto que reúne todos los elementos que dan vida a los veneros de agua, no sólo en el aspecto histórico, sino en el salutífero y folklórico. Estos capítulos de tradiciones de las fuentes, supersticiones y leyendas, así como de las costumbres populares en torno de las fuentes y la fama de las mismas, por las virtudes curanderas unas, agoreras otras, casamenteras y hasta fecundantes, junto a los personajes fabulosos que acuden a las fuentes, como las lumias, «donnas d'aigua», etc., y su literatura popular de coplas y refranes, hace que este libro sea de una originalidad y erudición de alto valor.

Múltiples fotografías ilustran esta obra, que prologa el director de Arquitectura D. Pedro Muguruza, y en la que nos presenta el autor como un eficaz y generoso colaborador de la Arquitectura, comunicando su amor a este arte

y no como un enciclopedista superficial e irresponsable, sino como lo hace esa selecta minoría que encuentra en los afanes ajenos un remanso para su espíritu repleto de inquietudes y que, como en la obra de Juaristi, humaniza la fuente, espiritualizando su noble función de aflorar el agua, que con sensibilidad distinta se estudiaría como una obra material más o menos artística.

CASTILLO DE LUCAS.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

ASTIZ, MIGUEL ANGEL.—*Mozos y toros por las calles de Pamplona.*—Pamplona, 1945.

BETANZOS.—Grandes fiestas en honor del Patrono tutelar de la ciudad, el glorioso San Roque, organizadas por el Excelentísimo Ayuntamiento. Agosto, 1946. (Betanzos. Manuel Villuendas).

BOSCH GIMPERA, P.—*Las razas humanas.* (Su vida, costumbres, historia y arte). Redactada por especialistas españoles bajo la dirección de——.—Barcelona. Instituto Gallach. 1946.

CABAL, C.—*L'alborá de los Malvises.* (Los Madrigales del Bable).—Oviedo. Imp. Región. 1944.

CANÇONER DEL AMOR ANTIGUO.—Selección de F. Gutiérrez (con un breve vocabulario bable-castellano).—Barcelona, G. Gili. 1944.

CASTILLO DE LUCAS, A.—*Folklore oftalmológico* (refranes y remedios relativos a los ojos).—Masnou, Laboratorios del Norte de España. 1944. (Col. de Publ. Med. Hist-Art.).

DALMAU, ANTONIO.—*Tipos populares de Barcelona.* Siglos XIX y XX.—Barcelona, 1945.

DICCIONARIO.— —— *de máximas, pensamientos y sentencias.*—Recopilados y seleccionados por Sintes Pros, Jorge.— Barcelona, 1944.

GARCÍA MATOS, M.—*Lírica popular de la Alta Extremadura.*—Madrid. Unión Musical Española, 1944.

GILBER, J.—*Girona.* Petita Historia de la ciutat i de les seves Tradicions i Folklore.—Barcelona, 1946.

IBÁÑEZ, E.—*Diccionario español-rifeño.* Prólogo de R. Menéndez Pidal.—Madrid, 1944.

MANRIQUE, LUIS.—*Costumbres y ritos.*—Barcelona. Edic. Reguera (Soc Gen. de Publ.), 1944.

MARTÍNEZ KLEISER, LUIS.—*El tiempo y los espacios de tiempo en los refranes...* 3.500 sentencias.—Madrid. Victoriano Suárez (Tip. Clásica Española), 1945.

MOLINA, FRAY ALONSO DE.—*Vocabulario en Lengua castellana y mexicana.*—Madrid. Edic. Cult. Hisp., 1944.

Refranero Español.—8.000 refranes populares, seleccionados por José Bergúa, precedidos del libro de los proverbios morales de Alonso de Barros.—Madrid, 1945.

RODRÍGUEZ DE RIVAS, M.—*Trajes de España.* Prólogo del Excmo. señor Marqués de Lozoya.—Laín de T. Delgado.—Tolosa, 1945.

VIVES DE FÁBREGAS, ELISA.—*Vida femenina barcelonesa en el ochocientos.*—Barcelona. Lib. Dalmau. 1945.

REVISTAS

ALGABA LUQUE, F.—*Origen y arte de los juglares músicos callejeros.*—BRACord, 1944, XV, 253-260.

ALONSO LUENGO, LUIS.—*Signo y estampa de la Maragatería.*—TH, 1945, 21 septiembre, núm. 39, pág. 17-21.

A. L.—*El «Tanguirro» resurrecto.*—Fin, año IV, num. 26, marzo 1946.

ARAQUE, LUIS.—*La canción popular y su trascendencia.*—Har, 1945, octubre-diciembre, pág. 14.

AZCÁRRAGA, J. L. DE.—*Leyenda de la monja Rusinda.*—LN, año XXVII, núm. 7.966, 4 septiembre 1946, pág. 1.

AZÉTALO GARCÍA, A.—*Algo sobre la copla andaluza.*—BRACord, 1944, XV, 315-342.

BLANCO.—A. M. G.: *Tradiciones hebraicas.*—Maur, abril 1945, número 204, págs. 120-121.

BOUZA-BREY.—*Una romería en Bretaña.*—LN, año XXVII, número 7.883, 20 mayo 1946, pág. 1.

CALDERÓN ESCALADA, JOSÉ.—*Nuevo, en su mayor parte nombres de cosas, de uso corriente en estos valles altos de la provincia de Santander, que no están recogidas en el Diccionario de la Lengua Española.*—BRAE, t. XXV, cuad. CXIX, pág. 379.

CARBAJAL CAPELLA, F.—*Apoloxia do «alalá».*—LN, año XXVII, número 7.963, 31 agosto 1946, pág. 3.

CARO BAROJA, J.—*Contribución al estudio de los ritos clásicos conservados hasta el presente en la Península Ibérica.*—TIBS, t. IV. Etnología, 1946, pág. 21.

CARRE ALDAO, E.—*La tarja.*—Gal, núm. 394, pág. 30.

CARRE ALVARELLOS, L.—*Galicia en el cuento: «A santa compaña».*—LN, año XXVII, núm. 7.951, 17 agosto 1946, pág. 3.

CASAS HOMS, JOSÉ MARÍA.—*Refranero Latino-castellano.*—AUH, 1944, núms. I, II y III, págs. 122-184.

CASTILLO-FIEL, CONDE DEL.—*Fray Bernardino de Sahagún (O. F. M.) y la civilización azteca.*—TIBS, t. IV, Etnología, 1946, pág. 129.

COLA ALBERICH, J.—*Estudio etnológico de la vivienda marroquí.*—TIBG, t. IV, Etnología, 1946, pág. 87.

COUCEIRO FREIJOMIL, A.—*La extensión del idioma gallego.*—Gal, numero 393, pág. 25.

CHAO ESPINA, E.—*Estampa de Semana Mayor: Venteando a Judas.*—Fin, año IV, núm. 27, abril 1946.

CHOVER SALOM, ANTONIO.—*Notas folklóricas. Las fiestas caballeras en Tabernes de Valldigna.*—Rit, 1945, junio, núm. 188, págs. 6-7.

DICENTA SEGUÍ, JOSÉ.—*El curanderismo en los pueblos primitivos del Golfo de Guinea.*—Afr, 1945, diciembre, núm. 48, págs. 24-26.

DOMENECH LAFUENTE, ANGEL.—*Tribus del Sáhara. «Los Requeibat».*—Maur, 1945, agosto, núm. 215, págs. 232-236.

FILGUEIRA VALVERDE.—*Cruceiros.*—CEG, fasc. V, 1946, pág. 147.

GALLARDO DE ALVAREZ, ISABEL.—*Del folklore extremeño. medicina popular y supersticiosa.*—REE, junio 1945, núm. 3.

GARCIA BLANCO, M.—*Unos romances del siglo XVIII prohibidos por la Inquisición.*—RFE, 1944, XXVIII, 466-470.

GARCÍA, M.—*Las fiestas del «Muiud» o del Tarab en Tánger.*—Maur, 1945, abril, núm. 209, pág. 115.

FILGUEIRA VALVERDE.—*Quadillas de las nieblas.*—LN, año XXVII, número 7.925, 26 septiembre 1946, pág. 1.

GONZALEZ PALENCIA, A.—*Las fiestas de mayo en la literatura y en el folklore de España.*—Haz, 1945, mayo, núm. 21, págs. 52-55.

GUTIÉRREZ CUÑADO, ANTOLÍN.—*Léxico de Tierra de Campos.*—BRAE, t. XXIV, cuad. CXV, 1945, pág. 177 y t. XXV, cuad. CXIX, 1946, pág. 367.

HERRERO, MIGUEL.—*Estudio de indumentaria española de los siglos XVI y XVII.*—His, 1945, abril-junio, núm. XIX, págs. 286-311.

HOYOS SANCHO, N.—*España a través de sus bailes.*—BI, 1944, diciembre, núm. 35, págs. 123-127.

IBAÑEZ ESPINOSA, VICENTE.—*De folklore. Por la huerta de Rueda.*—ACCV, año VII, núm. 15, mayo-agosto 1946.

IGLESIAS, ISIDORO.—*Del cancionero popular ilerdense.*—Rit, 1945, septiembre-octubre, núm. 190, pág. 11.

KOPPERS, WILHELM.—*El hombre primitivo y la religión primitiva* (contribución al libro «Wissen und Bekenntuis», editado por el profesor Friedrich Dessauer de la Universidad de Friburgo, de Suiza. Otten. Suiza, 1946. (Traducción por José Miguel de Azaola.)

LARREA, ARCADIO.—*El dance.*—EN, 16 noviembre 1943.

LARREA, ARCADIO.—*La música popular aragonesa.*—EN, 6 de octubre 1946.

— — *La Semana Santa en Hijar.*—EN, 6 abril 1944.

— — *Lo español y lo flamenco en nuestras danzas.*—EEsp, Madrid, núm. 99, 16 septiembre 1944.

LARREA, ARCADIO.—*Ritos nacos en Navidad*.—EN, 24 de diciembre, 1944.

— — *Medicina con hojas*.—EEsp, Madrid, núm. 109, 25 de noviembre 1944.

Leyendas gallegas.—Gal, núm. 394, págs. 15-16. («San Amaro el Peregrino», «Constanza, hija del señor de Mondoñedo» «La sierra labradora» y «Santa Enfenia»).

LORENZI, EMILIO.—*El «Fuoco» Aura Kazuza supérstiones*.—Arr, junio 1945, núm. 42-43, págs. 42-43.

LLATAS, VICENTE.—*Folklore villarense*.—ACCV, año VII, núm. 14 (enero-abril 1946).

MAYAN FERNANDEZ, F.—*El culto de las fuentes y las ferias antiguas*.—Fin, año III, núm. 23, 1945, págs. 22-23.

Mayo de enamorados.—LN, año XXVII, núm. 7.897, 1 mayo 1946, pág. 6.

PÉREZ BARRADAS, J.—*El Museo Etnológico*.—TIBS, tomo IV, «Etnología», 1946, pág. 9.

RAMÓN Y FERNÁNDEZ, J.—*Los mayos*.—Fin, IV, núm. 38, mayo 1946.

— — *La feria del pavo*.—LN, año XXVII, núm. 7.902, 29 agosto 1946, pág. 1.

REY SOTO, A.—*La gaita*.—LN, año XXVII, núm. 7.896, 1 mayo 1946, pág. 4.

RISCO, VICENTE.—*Miscelánea vitoriana*.—CEG, fasc. V, 1946, páginas 135-140.

RIVERO, CARLOS.—*Tipos pintorescos de Galicia. Los «Farrapos» y «Marmanzos»*.—Fin, año IV, núm. 39, junio 1946.

ROSLES MENDO, CARIDAD.—*Supersticiones científicas de la Luna*.—TIBS, IV, «Etnología», 1946, pág. 69.

SANTALICES, F.—*La gaita gallega*.—Fin, año IV, núm. 38, mayo 1946.

SARMIENTO GARRA, J.—*La feria*.—LN, XXVII, núm. 7.902, 29 agosto 1946, pág. 1.

Un juego gallego. («Sopla vivo» o «El») juego de prendas.—Gal, núm. 398, pág. 22.

UNZUETA, ABELARDO DE.—*Etnografía de la Cuenca vascongada española*.—TE, 1945, núm. 106, págs. 4 y 5.

VALLE, JUAN DEL.—*Castillos en llamas* (El entierro de los caballos salvajes en Torroña Oya).—Gal, núm. 390, págs. 20-21.

VEGA, LUIS ANTONIO.—*Una cruz de ruta* (costumbres marianas).—El noviembre 1945, núm. 46, págs. 93-107.

PORTUGAL

AZEVEDO, DOMINGOS DE.—*Tradiçoes populares de Vila-do-Conde.*—DL, 1944, 2.ª serie, I, págs. 61-69.

CASTRO PIRES DE LIMA, F.—*S. Joao na alma do povo.*—Porto, «Portucalense Editora», 1944.

LEÃO, ARMANDO.—*Terapéutica Popular Duriense* (Sta. Leocádia Baião-Douro).—AMP, 1945, II, pág. 71.

— — *Notas de medicina popular minhota.*—«Jornal do Médico». Porto, septiembre 1944, núm. 80-85.

— — *Medicina popular antiga em derredor de dois récipes para a cura de enfermos raivosos.*—AMP, 1945, II, pág. 113.

LIMA CARNEIRO, A.—*O Parto.*—AMP, 1945, II, pág. 29.

— — *A Gravidez.*—AMP, 1945, II, pág. 1.

MOREIRA, ANTONIO CARLOS.—*Tradiçoes populares de Paredes.*—DL, 2.ª serie, I, pág. 57-59.

PEREIRA MONTEIRO, A.—*Tradiçoes populares do Marco-de-Canavezes.*—DL, 1944, 2.ª serie, I, pág. 71-75.

PINTO ALMEIDA, A.—*Medicina popular de Valbom* (Novos elementos).—AMP, 1945, II, pág. 96.

PIRES DE LIMA, A. C.—*Nossa Senhora, padroeira dos navegantes.*—DL, 1944, 2.ª serie, I, pág. 3-24.

— — *Maridos cucos* (Subsídios para un estudo sobre o adulterio nas tradiçoes populares).—Porto, fevereiro 1946, núm. 1, pág. 27.

— — *A raiva na tradição oral e escrita.*—AMP, 1945, II, pág. 39.

— — *Mordeduras de cão danado.*—AMP, 1945, II, pág. 17.

RIBEIRO, JOAQUÍN.—*Folklore brasileiro.*—Río de Janeiro, Z. Valverde, 1944.

ROQUE, JOAQUÍN.—*As Resas e as Benzeduras no Baixo Alentejo.*—AMP, 1945, II, pág. 107.

AMERICA

ANTOLÍNEZ GILBERTO.—*El saucel y la luna, mito cosmogónico.*—RNC, 1945, VII, núm. 50, pág. 76-88.

— — *El hombre del Yaracuy frente a su paisaje y su folklore.*—RNC, 1944, VI, núm. 46, pág. 126-134.

ARAMBURU, JULIO.—*El folklore de los niños* (Juegos, corros, rondas, canciones, romances, cuentos y leyendas).—Buenos Aires, Col. «El Ateneo», 1944.

BOGGS, RALPH STEELE.—*Valor práctico del folklore.*—AI, 1945, V, número 3, pág. 211-215.

— — *Folklore bibliography for 1945.*—SFQ, 1946, X, núm. 1, páginas 17-25.

BRAIN, W. RUSSELL.—*Man Society and Religion*. Eastbourne Lecture, 1944.

BREWSTER, PAUL.—*The Geographical Distribution of «The Two sisters»*.—ASFM, 1944, V, pág. 49.

CADILLA DE MARTÍNEZ, MARÍA.—*Hitos de ruta: cuentos tradicionales folklóricos*.—San Juan de Puerto Rico, Imp. Venezuela, 1945.

CAMARA CASCUDO, LUIS.—*Los mitos de las aguas del Brasil*.—ASFM, 1944, V, pág. 11.

CARNEJO, JUSTINO.—*Folklore: cuentos y cantos*.—UA, núm. 71-72 (junio-julio) 1945.

COLLIER, DONALD.—*La danza del sol de los indios de las llanuras*.—RNC, 1945, VII, núm. 94, pág. 113-120.

CONTOS.—*Brasileiros*. Selecção, prefacio e notas de José Osorio de Oliveira.—Lisboa. Liv. Bertrand, 1944, pág. 370.

CORIAT G., JUAN E.—*Tunchi: leyendas toreúmas*.—Lima, Coriat, 1944.

DÁVILA, VÍCTOR M.—*Sentido humanístico y trascendencia social del folklore*.—RMIP, 1944, III, núm. 9, pág. 81-85.

DÍAZ NIESE, RAFAEL.—*La alborada indígena dominicana*.—CDC, 19 marzo 1945.

ESTRADA TORRES, A. A.—*Las cigüapas*.—BFD, junio 1946, núm. 1, año I, pág. 32.

GARCÍA, SECUNDINO.—*Cancionero folklórico nicaragüense. Indígena o Nicaragua y España*. Contribución de la academia «Veritas» al folklore nacional: I. Cantos al Niño Dios.—Managua. Tall. Nacionales, 1945.

GARCÍA, JUAN FRANCISCO.—*Formas de la música folklórica dominicana*.—BFD, junio 1946, núm. 1, año I, pág. 10.

GARCÍA CONDE, ROBERTO.—*Los tinacales, el magüey y sus productos*.—ASFM, 1944, V, pág. 331.

GARRIDO, EDNA.—*Las formas «Los Hermanos» tradicional sureña*.—SFD, junio 1946, núm. 1, año I, pág. 28.

— — *El folklore del niño dominicano*.—BFD, junio 1946, núm. 1, año I, pág. 44.

GÓMEZ DE OROSCO, F.—*Supersticiones, ritos, ceremonias y diversas formas de proceder de los indios de Nueva España*.—Tlacopan, Mexico D. F.), 1945, II, núm. 1, pág. 37-63.

GONZÁLEZ, GUILLERMINA.—*Las reliquias de Arauco*.—AUCh, 3.º y 4.º trimestre de 1944.

GREGORIO LAVIE, LUCILA DE.—*El folklore como manera de amar de los pueblos americanos*.—América, Unión Tegucigalpa, 28 febrero 1945, págs. 1-3.

HARO TAMARIZ, JESÚS.—*Un poco de folklore del Ecuador*.—ASFM, 1944, V, pág. 255.

HILTON, JOHN.—*Sonora Sketchbook*. New York. Macmillan, 1945 (Vida y pobladores del Estado de Sonora en Méjico).

IBARRA DE ANDA, F.—*«El torito de once» y su implantación en México.*—ASFM, 1944, V, pág. 249.

ISLAS ESCÁRCEGA, LEOVIGILDO.—*Vocabulario campesino nacional; objeciones y ampliaciones al vocabulario agrícola nacional publicado por el Inst. mex. de invest. lingüísticas en 1935.*—México, D. F., Ed. B. de Silva, 1945.

— — *El charro a través del tiempo.*—ASFM, 1944, V, pág. 353.

LÓPEZ OSORNIO, MARIO.—*Habla gauchesca.*—Chascomús, Argentina. Imprenta Rossi, 1945.

LUZURIAGA, GUILLERMO.—*Danzas típicas de Jaumave en la celebración de San Isidro Labrador.*—ASFM, 1944, V, pág. 219.

MEJÍA SÁNCHEZ, ERNESTO.—*Romances y corridos nicaragüenses.*—ASFM, 1944, V, pág. 69.

MENDOZA, MARGARITA.—*La noche de «Difuntos» en algunos pueblos michoacanos.*—ASFM, 1944, V, pág. 279.

MENDOZA, VICENTE T.—*La copla musical en México.*—ASFM, 1944, V, pág. 189.

— — *México aún canta seguidillas.*—ASFM, 1945, V, pág. 203.

MITINGER, CAROLINA.—*New Guinea Headhunt.*—New York, 1946. (Es un cuadro de la vida en Nueva Guinea.)

MOYA, ISMAEL.—*Refranero, refranes, proverbios, adagios, frases proverbiales, modismos refranescos, giros y otras formas paremiológicas tradicionales en la Argentina.*—Buenos Aires, imp. de la Univ., 1944.

MÜLLER, M.—*La mitología comparada; los cuentos y tradiciones populares; los usos y costumbres.*—Córdoba (Argentina). Ed. Assandri, 1944.

NAVARRO DEL AGUILA, V.—*La ciencia del folklore.*—Hua, 1944, X, número 56, págs. 21-24, núms. 57-58, págs. 39-42.

NIVAR, CONSUELO.—*Costumbres en los campos de Bani.*—BFD, junio, 1946, núm. 1, año 1, pág. 30.

NOLASCO, FLÉRIDA DE.—*El carabine* (danza).—BFD, junio 1946, núm. 1, año 1, pág. 19.

OLIVARES FIGUEROA, R.—*Observaciones sobre el mal de ojo o «maldiojo».* Educación (Caracas), 1944, V, núm. 33, págs. 23-24, diciembre 1944, junio 1945, VI, núm. 34, págs. 33-35.

PEERY, WILLIAM.—*Proverbs and Proverbial Elements in The Plays of Nathan Field.*—SFA, 1946, X, núm. 1, págs. 17-25.

PÉREZ SERRANO, MANUEL.—*El Duende y la Matlacihua.*—ASFM, 1945, V, pág. 35.

REY, AGAPITO.—*Cultura y costumbres del siglo XVI en la península ibérica y en la Nueva España.*—México DF. Mensaje, 1944.

RODRÍGUEZ DEMORIZI, E.—*Del habla dominicana.*—BFD, junio 1946, número 1, año 1, pág. 15.

VIDAL BATTINI, BERTA E.—*El hombre-lobo y el hombre-tigre en el folklore argentino.*—Folk, 1944, núm. 9, págs. 79-80.

INDICE DE ABREVIATURAS

ACCV.—*Anales del Centro de Cultura Valenciana.* Valencia.
Afr.—*Africa*: Revista española de colonización. Madrid.
AI.—*América indígena*: Organo oficial del Instituto indigenista interamericano (Méjico D. F.).
AMP.—*Arquivo de Medicina Popular*: Ediçao Jornal do Medico. Porto.
ASFM.—*Anuario de la Sociedad Folklórica de México.* México.
AUH.—*Anales de la Universidad Hispalense.* Sevilla.
AUCh.—*Anales de la Universidad de Chile.* Santiago de Chile.
BI.—*Boletín Informativo.* Madrid.
BFD.—*Boletín del Folklore Dominicano.* Ciudad Trujillo. R. Dominicana.
BRACord.—*Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas letras y Nobles artes de Córdoba.*
BRAE.—*Boletín de la Real Academia Española.* Madrid.
CDC.—*Cuadernos Dominicanos de Cultura.*—Ciudad Trujillo.
CEG.—*Cuadernos de Estudios Gallegos.* Santiago de Compostela.
D-L.—*Douro-Litoral*: Boletim da Comissao provincial de Etnografía e Historia. Porto.
EEsp.—*El Español.* Madrid.
EN.—*El Noticiero.* Zaragoza.
Fin.—*Finisterre*: Revista de Galicia. Pontevedra.
Folk.—*Folklore*: Boletín del Departamento de Folk. del Instituto de Cooperación Universitaria de los Cursos de Cultura Católica. Buenos Aires.
Gal.—*Galicia*: Revista del Centro Gallego. Buenos Aires.
Har.—*Harmonía.* Madrid.
Haz.—*Revista Nacional del S. E. U.* Madrid.
His.—*Hispania.* Madrid.
Hua.—*Huamanga*: Organo del Centro Cultural Ayacucho (Ayacucho Perú).
LN.—*La Noche.* Santiago de Compostela.
Maur.—*Mauritania*: Revista de los Franciscanos Misioneros. Tánger.
Port.—*Portucale*: Revista de Cultura. Porto.
REE.—*Revista de Estudios Extremeños.* Badajoz.
RFE.—*Revista de Filología Española.* Madrid.
RMIP.—*Revista del Ministerio de Instrucción Pública.* San Salvador.
RNC.—*Revista Nacional de Cultura.* Caracas.
Rit.—*Ritmo*: Revista de Música. Madrid.
SFQ.—*Southern folklore quaterly*: University of Florida. U. S. A.
TE.—*Técnica Económica.* Madrid.
TH.—*Teoría y Hechos*: Revista de Economía y Etica. Madrid.
TIBS.—*Trabajos del Instituto Bernardino de Sahagún*: Consejo de Investigaciones Científicas. Madrid.
UA.—*Universidad de Antioquía.* Medellín, Colombia.